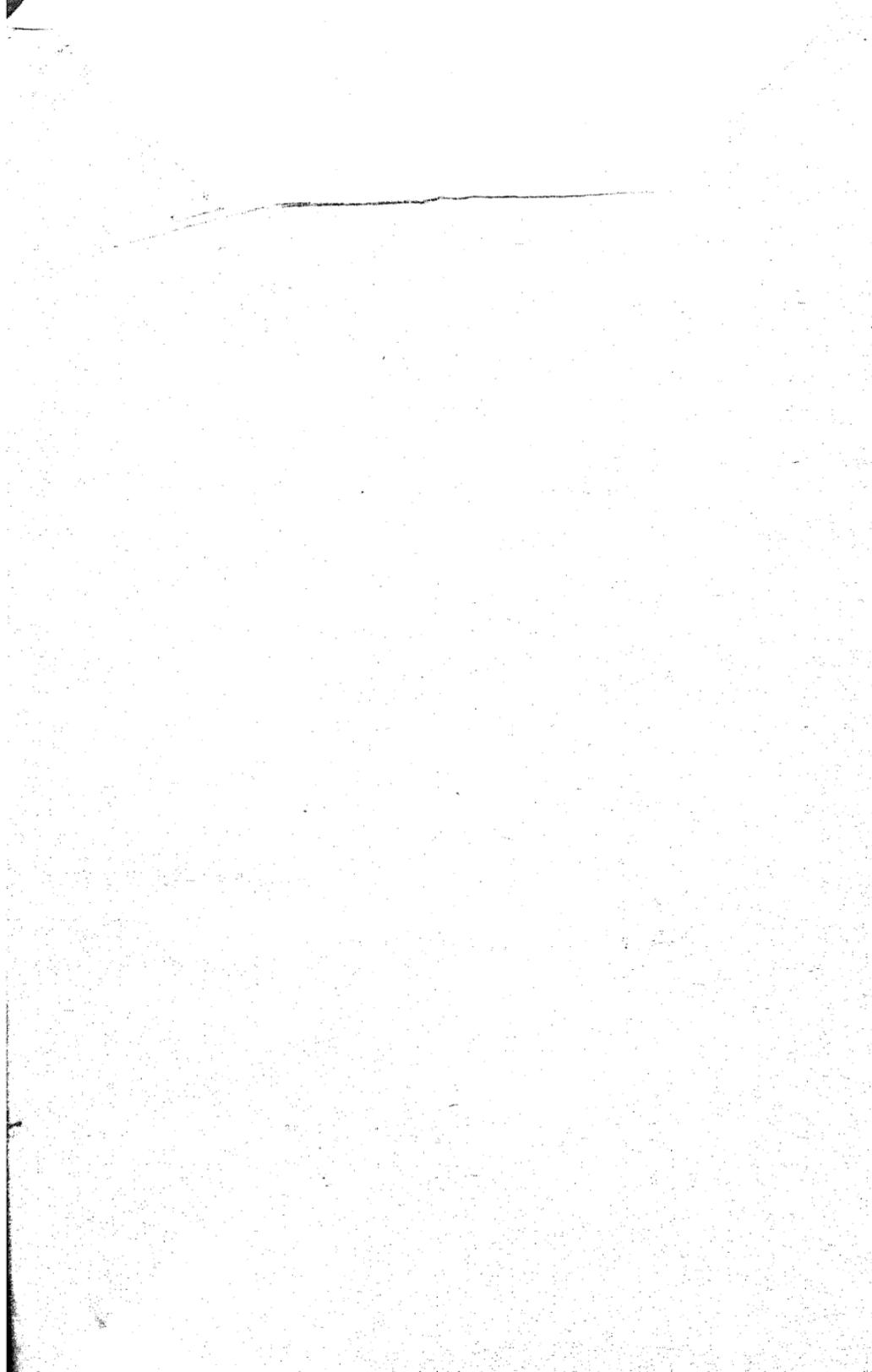




B. Mas y Prat



DA-2-232

R. 42.196

LA REDOMA DE HOMÚNCULUS



Handwritten scribbles and numbers, possibly "273".

Biblioteca "Giraldá"

Fomento, 18. — Madrid

DIRECTOR LITERARIO:

J O S E M A S

OBRAS PUBLICADAS

Escritores andaluces del siglo XIX:

Benito Más y Prat.—*La tierra de María Santísima*, con doce preciosos dibujos de Martínez de León, OCHO pesetas.

La Redoma de Homúnculus, novela fantástica, CUATRO pesetas.

Escritores extranjeros:

Lord Alfred Douglas.—*Oscar Wilde y yo*, con varias fotografías, CINCO pesetas.

OBRAS EN PREPARACION

Escritores andaluces del siglo XIX:

Alejandro Sawa.—*Crimen legal*, novela.

Javier Lasso de la Vega.—*Lucrecia de Monterrey*, novela.

Escritores andaluces del siglo XVIII:

Juan Ignacio González del Castillo.—*Sainetes escogidos*.

Escritores andaluces del siglo XVII:

Rodrigo Fernández de Ribera.—*El Mesón del Mundo*, novela.

Artistas andaluces contemporáneos:

Andrés Martínez de León.—*Historietas sevillanas*, lindísimo álbum con ilustraciones y texto del gran dibujante.

Escritores extranjeros:

Renato Maran (laureado por la Academia Goncourt).—*La novela de un negro*.



OBRAS COMPLETAS DE
BENITO MÁST Y PRAT
(VOLUMEN II)

LA REDOMA DE HOMÚNCULUS

NOVELA FANTÁSTICA



MADRID

COPYRIGHT BY
HEREDEROS DE BENITO
MÁS Y PRAT. — 1926.

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.

CUATRO PALABRAS

De los fantasmas de ese mundo intangible que llevamos en el cerebro, y que parece iluminarse con luces extrañas en nuestras horas de meditación, han salido la mayor parte de los personajes que bullen en estas páginas.

Si no viven en el mundo real sus ascendientes; si las vestiduras que los cubren no les son propias; si tienen alguna semejanza con el monstruo de Horacio, no es mía la culpa: tales como los he visto cruzar en mis noches de insomnio los hago aparecer ante mis lectores. Extravagantes cosmopolitas, tendrán algunas veces lo grosero de este bajo mundo, y muchas, acaso, lo incomprendible del que se agita sobre mi cabeza.

La loca de mi casa, acostumbrada a correr sin

freno como los corceles de los Parthos, ha mezclado de un modo lastimoso los paisajes que abarca la retina con los que percibe el espíritu; y, ora levantando algo de la tierra hasta el cielo, ora bajando algo de lo impalpable hasta el légamo de nuestro globo, ha hecho un indescriptible maremagnum, cuyas confusas líneas y caprichosas agrupaciones necesitarán intérprete o darán por resultado el absurdo.

Voy a trastornar temerariamente la Geografía; a crear perspectivas ilusorias limitadas por montañas azules, y términos bañados por colores que no pertenecen al prisma; a levantar, donde mejor me plazca, heredades, alcázares y monasterios; a vestir a mis heroínas con los ropajes de mi fantasía; a hacer, como Lamartine, una Virgen de una batelera de playa, o, como Rafael, una Madonna de una fornarina.

¿Qué me falta para tanto? Genio tan sólo. Yo he visto cruzar esas extrañas imágenes que no pisan la tierra, por la linterna de mi cerebro, sonriéndome deliciosamente; las oigo a todas horas suplicarme al oído que les abra el encierro; las veo fruncir el ceño cuando dejo la pluma, y las siento, en fin, agolparse sobre mis sienes, como un enjambre de abejas que busca en tropel la salida cerrada por el campesino.

Cuando expira la luz en mi palmatoria, giran con vertiginosa rapidez en derredor de la llama, agitando sus blancas túnicas, y desaparecen lentamente con el último rayo, como una procesión de agonizantes cuando se apagan los cirios. Sus pa-

labras sin sonidos me han inspirado los más queridos trozos de mis Nocturnos.

No sé cómo han venido a refugiarse bajo mi cráneo, ni por qué les agrada tanto dejar el encierro que espontáneamente han elegido: de ellas será la culpa si, al desfilar por la mesa de noche del lector frívolo, o la carpeta del severo Aristarco, sienten la carcajada del uno o el chasquido de la pluma del otro.

¡Pobres imágenes de mis melancolías! ¿Qué seréis vosotras fuera del misterioso fondo que os prestaban mi imaginación y mis recuerdos? ¡Figuras recortadas de un grabado de Gustavo Doré o Alberto Durero; siluetas sacadas a tijera por ese niño eterno que se llama lenguaje!...

Comprendo a Hoffman haciendo constructománias de cartón para representarse la casa extravagante de El violín de Cremona, o buscando en las teclas de su piano las sentidas voces de sus protagonistas. La palabra es insuficiente para dar forma y vida real a esos tipos aéreos que cruzan por el mundo de nuestras visiones.

En cuanto a mí, puedo asegurar al lector que confundiré a cada paso lo real con lo ideal, lo positivo con lo soñado. Mi memoria me ha sido infiel tantas veces, que no será raro que mis protagonistas tengan las líneas y los contornos de alguna de las hermosuras fáciles o difíciles que se han atravesado en mi camino. Recuerdo a este propósito que encontrándome en un baile de trajes dije a cierto amigo con quien apuraba una botella de Champagne:—¡Chico, he bailado con Graziella;

no se lo digas a Lamartine!...—Extravagancia que arrancó a mi acompañante una sonrisita burlona y maliciosa.

Comprendida la indole de este libro, no admirarán sus pequeños lapsus de fechas y de lugares, ni habrá quien pare mientes en que la acción se desarrolle antes de la creación del mundo, o después de la toma de Constantinopla por los turcos. El tiempo y el espacio no son más que abstracciones acomodaticias; Lucrecia y Carlota Corday son para mi contemporáneas, y con tanta familiaridad trato a Napoleón como a Calígula.

El matiz de estas páginas, cuya blancura voy a manchar con la pluma, ha de ser también muy diverso. Muchas veces correrá mi mano trémula de deseo; algunas se borrarán las líneas con mis lágrimas; pocas se reflejará en ellas el color de rosa de los primeros sueños, y una que otra se vestirá de luto aun lo no escrito.

*Voy llegando a la mitad del sendero de la vida, y tengo muy cerca el pavoroso umbral de la ciudad del Llanto. Antes que mis ojos lean claro y distinto el terrible *Lasciate ogni speranza* quiero descansar en el camino, deleitarme con mis fantasmas y contarme cuentos a mí mismo.*

Los que buscáis retumbantes períodos, floridas metáforas, conclusiones metafísicas y pedagógicos conceptos no leáis mi libro.

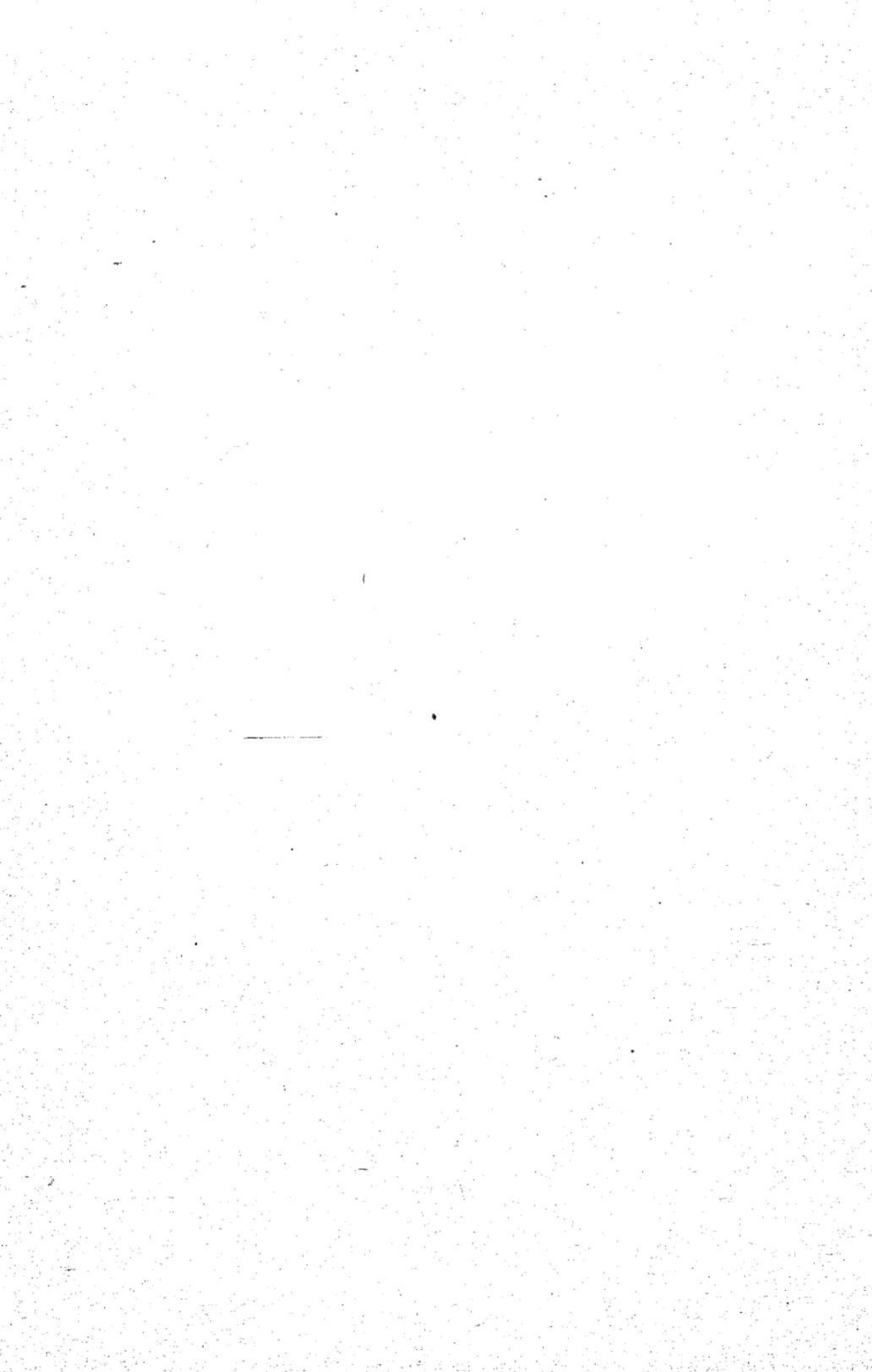
En él flotan las hojas que caen, el crepúsculo que expira, el ataúd que se cierra, el deseo que nace para morir, la luz que se apaga, el labio que pali-

dece al besar, la flor que sólo brilla al rayo de la luna.

Si hubiera de llevar dístico, podría lucir éste sobre su cubierta:

“Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell’ eterno dolore.”

MAS Y PRAT.



LA REDOMA DE HOMÚNCULUS

I

“La Lámpara santa no había terminado sus últimas frases, cuando se detuvo; yo seguía trazando cifras en el pergamino, y esperaba escribir aún, cuando dejé de oír su acento. Quise levantar la cabeza, pero la luz era tan intensa que me deslumbró. De repente escuché, sobrecogido, estas palabras: *Tienes ante ti largos días, muchos años de vida y de felicidad.* Después dijo otra voz: *El te pedía la vida, y tú le das siglos eternos.*”

Estas extrañas líneas leía en un voluminoso legajo de pergaminos apolillados mi compañero Ludovico Eisseman, en su pequeña celda del seminario de Colonia.

Era la hora de estudio y reinaba en el edificio una calma completa: el viento de la noche traía el rumor de las ondas del Rhin, y los pasos acompañados del vigilante del establecimiento atronaban el corredor contiguo.

Ludovico Eisseman había nacido en una pequeña villa alemana, y estudiaba, como yo, Teología en la ciudad predilecta de Rubens y de Cornelio Agripa.

Amigos inseparables desde nuestra entrada en aquel especie de *in pace*, reglamentado por reverendos Escolapios, y cuya atmósfera preparaba al ascetismo, habíamos departido largamente sobre los goces terrenos y celestes, y comprendido, con la sagacidad de la juventud, que estaban más cerca de nosotros los primeros que los segundos.

Dedicado Ludovico, por la voluntad de un padre rígido y sistemático, a engrosar las filas de los sacerdotes católicos, sentía hacia la clausura una repugnancia irresistible, y, no teniendo el valor suficiente para oponerse a los mandatos paternos, pugnaba por romper moralmente la cadena, dejando vagar por los espacios su imaginación calenturienta e infatigable.

Yo, que participaba de muchas de sus aberraciones y que, como él, pensaba ahorcar los hábitos, como se dice vulgarmente, era su único amigo, y todas las noches, a la hora del estudio, cuando los padres celadores daban la vuelta a la llave de nuestras celdas y se alejaban murmurando hacia sus oratorios, sirviéndome de mis dos sillas de nogal, de mi armario y de mi mesa, me encaramaba por el tragaluz del dormitorio, cuyo tabique daba por casualidad a la celda de Ludovico, y charlábamos muchas veces hasta el toque del alba.

Cuantos libros raros podíamos haber a las ma-

nos; cuantos manuscritos profanos lográbamos atesorar, los devorábamos ansiosos, buscando en ellos algo que no nos podíamos explicar, pero que debía de existir seguramente.

Todavía recuerdo aquella fisonomía acentuada y expresiva, en cuyas líneas, correctas como los perfiles de Van-Dik, se adivinaba todo un volcán de deseos en ebullición perpetua; aquella frente espaciosa, en torno de la cual flotaba una ligera nube de tristeza; aquellas mejillas pálidas, cuyos pómulos, un poco salientes, parecían marcados con el signo del deleite; aquella boca sombreada por un leve bozo, cuyos labios, quemados por la calentura, se ensangrentaban al entreabrirse; aquellos ojos, en fin, que parecían perseguir lo infinito en la tierra cuando no se levantaban al cielo escaldados por las lágrimas.

Ludovico frisaba en los veinticuatro años, pero su aire grave y meditabundo le daba toda la apariencia de un hombre avezado a la lid de la vida. Cuando, a la hora del crepúsculo, en esas tardes en que la luna sigue inmediatamente al sol, se paseaba por las sombrías y vetustas galerías del seminario, con su hábito flotando al viento y su negro bonetillo bajo el brazo, parecía uno de esos monjes de las primeras edades que, según afirman los visionarios, salen del sepulcro a rezar sus oraciones, paseándose por los atrios ruinosos de sus conventos.

El seminario de Colonia era un antiguo edificio de orden románico, situado casi en la margen del Rhin, y que, a juzgar por su pesado balconaje de

piedra y por el escudo señorial de berroqueña que se ostentaba sobre la puerta, había servido de solar a algún noble alemán de alto coturno.

Sus descomunales salones habían sido divididos por un sinnúmero de tabiques, y de cada sala de armas y de cada recinto de familia brotaron cien celdillas de seminaristas.

La galería principal, formada por pesados arcos y gruesas columnas de granito, daba vista a un extenso patio limitado por una pequeña tapia de ladrillo, la cual no impedía que desde el alto corredor se divisara la campiña de Colonia y el curso majestuoso del santo río de los grisones. Aquella arcada era nuestro paseo favorito.

—¿Sabes tú lo que es deseo?—me decía una tarde, divisando a lo lejos dos hermosas campesinas que cruzaban cantando por la orilla del Rhin, en tanto que jugaban nuestros compañeros en el patio y nosotros contemplábamos la campiña desde la balaustrada.

—¿Deseo?—exclamé yo, haciendo por esquivar la respuesta para que su corazón se desbordase—es el movimiento de la voluntad por el cual se apeetece alguna cosa.

—¿Y nada más?—repitió clavando sus ojos en aquellas mujeres, que parecían iluminarse como Anadiodemas con los últimos rayos del sol poniente.

—Nada más—le contesté yo, esperando que estallara aquella borrasca del pensamiento que miraba formarse sobre sus cejas.

No fué así. Inmóvil, sin desplegar los labios,

vió desaparecer a las campesinas y permaneció algunos segundos en el mismo sitio. Yo, que lo observaba de cerca, descubrí en sus ojos fija la imagen de las dos mujeres, mucho después de haber desaparecido tras los recodos de la alameda. Después me hizo una seña expresiva y se dirigió a su celda. Yo lo seguí en silencio, y pronto nos hallamos uno enfrente del otro en su pequeña mesa de estudio, alumbrados por la lamparilla del reclinatorio y con las precauciones necesarias para no ser vistos.

II

—Voy a darte la clave de esa palabra extraña, de ese movimiento irresistible de la voluntad, de ese tormento sin nombre que hemos convenido en llamar *deseo*—dijo Ludovico volviendo a su pregunta y a mis respuestas como el que toma el hilo de una conversación interrumpida.

Y sin aguardar mi asentimiento abrió un secreto de su armario, mostrándome por primera vez un rollo de pergaminos, sobre el cual se veían signos mágicos y cabalísticos.

Después, señalándome una de sus amarillentas páginas, con el respeto solemne con que el doctor Fausto indicaba el terrible signo del microcosmo,

me dijo con una voz ligeramente temblorosa y mirándome de un modo que daba lástima:

—¡Este es el Zohar hebreo! ¡Escucha!—y leyó lo que sigue: (1)

“El Santo, alabado sea, no fija su mirada en un lugar en donde no están perfectamente unidos dichos dos principios; no descienden sus bendiciones más que allí donde existe la unión, como nos lo enseñan las siguientes palabras: *Los bendijo y les puso por nombre Adán el día en que los creó, pues no se puede dar el nombre de Hombre sino a un hombre y una mujer unidos como un solo ser.*

”Antes de venir al mundo, el alma se compone de un hombre y una mujer reunidos en un solo ser; al descender a la tierra se separan las dos mitades y van a animar diferentes cuerpos; cuando llega la edad del casamiento, el Santo, alabado sea, que conoce todas las almas y todos los espíritus, los une—como antes en un solo cuerpo y una sola alma.”

Al escuchar los anteriores párrafos, en los que se transparentan algunas teorías socráticas y platonianas, comprendí de lo que se trataba: aquel libro era la *Cábala*, el libro antiguo que redactó Simón Ben-Jochai, y en el cual creían los astrólogos de la Edad Media y creen aún los magos de nuestro tiempo.

Recuerdo que varias veces había querido discutir con Ludovico sobre la autenticidad dudosa de

(1) Para mejor inteligencia de esta parte consúltese a Dupuis, Fontenelle y Pezzani.

este libro, cuyo original más antiguo estaba escrito en dialecto hierosolimitano; habiendo encontrado siempre en aquél, cierta resistencia original a tocar este punto, bajo el pretexto especioso de que era materia muy alta para manoseada.

Había podido conseguir, sin embargo, que me diese algunos detalles sobre esta obra. Según decía, dividíase en dos partes, llamadas *Historia de la Creación* y *Carro Celeste*: la primera de éstas explicaba el mundo material, y la segunda el del espíritu; aquélla sólo podía enseñarse a una sola persona, y esto en el caso de haber llegado a la edad madura; en cuanto al *Carro Celeste*, llamado también *La Mercabad Santa*, no podían conocerla más que los elegidos de la secta. Supe también que en el Zohar se hallan reunidas solamente las tradiciones que vieron la luz el primer siglo de la Era cistiana, terminando con las del fin del séptimo; y que el Zohar, el Sefer y Jesirach, el grande y pequeño Idra y los suplementos del Zohar se remontan al tiempo de los patriarcas y tratan de la pluralidad de almas y de mundos.

Eisseman, que había discutido conmigo cuantas teodiceas y liturgias se conocen; que había analizado y revuelto desde los Vedas hasta el Corán, y desde el Kangur hasta la Biblia; que traducía el sánscrito como la más usual de las lenguas vivas; que se sabía de memoria pasajes enteros de los Naskas y del Zend-avesta; que recitaba como un rabino los cuentos del Talmud y las parábolas del Evangelio, no había querido profundizar conmigo el tenebroso libro de la *Cábala*, ni confesarme,

hasta entonces, que conservaba en su poder un ejemplar del libro sagrado de Simón Ben-Jochai.

Dejando para después el exponer y analizar la versión que Ludovico había dado al pasaje citado anteriormente, voy a referir de qué modo se hizo mi amigo del libro en cuestión, y por qué circunstancias lo tenía en tal aprecio.

Cerca del Seminario, por la parte del Rhin y casi en la orilla del río, se veía una casita de tapias blanqueadas y pobres, cuya azoteilla cuadrangular, puertas de herradura, estrechas ventanas y tejado saliente, decían bien a las claras que su planta estaba calcada en las casas de nuestros barrios moriscos de Andalucía.

Varias veces había yo contemplado desde la galería del Seminario aquella casa, que difería tanto de las construcciones del país, y que por su situación y por su apariencia parecía divorciada de las demás y como trasplantada en aquel sitio.

Conocíase generalmente por la casa del Gnomo y habitaba en ella un hebreo escuálido y pequeño de cuerpo, que se ocupaba en vender bálsamos y perfumes por las calles de Colonia.

Este hombrecillo, al cual veíamos todos los días, por entrar con frecuencia en el Seminario con el propósito de buscar flores y yerbas parásitas en los jardines abandonados del antiguo edificio, era conocido entre nosotros con el expresivo apodo de *Homúnculus*.

En efecto, era un hombre en miniatura, y tan bien le cuadraba el sobrenombre de Gnomo como

el de *Homúnculus*. Tenía la barba larga como los duendecillos de Grimm, y tan pequeño, que lo hubiera encerrado Wagner en su botella.

Su fisonomía era, sin embargo, móvil, inteligente y expresiva; sus ojos brillaban como las luciérnagas en el crepúsculo y su rostro se volvía a todos lados con la prontitud de la del pájaro-mosca. Vestía frecuentemente una túnica gris a la usanza hebrea y resguardaba su pequeña cabeza con un gorro cónico de piel de rata.

Mucho se hablaba en Colonia de las ocupaciones de *Homúnculus*: ya se le hacía alquimista y poseedor de la piedra filosofal; ya iniciado en los secretos medrosos de la magia; ya, en fin, envenenador de oficio; pero aun cuando la justicia, notando la perpetua columna de humo que se escapaba de su chimenea, allanó más de una vez la morada del pobre hombrecillo, sólo encontró extractos aromáticos y cocimientos inofensivos en sus cacerolas y en sus alambiques.

Los seminaristas se burlaban de él con frecuencia. Su figurilla ridícula y caprichosa les sugería chanzonetas y epigramas, y más de una vez hubo conatos de hacerle volar por los aires zambulléndole en una manta. Salvado por Ludovico en una ocasión, de tan inminente peligro, se deshacía en reverencias cuando divisaba al melancólico Eisseman y ofrecíale sus mariposas más pintadas y sus perfumes más exquisitos.

Una tarde de otoño, en la que mi amigo y yo contemplábamos el brillante espectáculo de la salida de las estrellas sentados en un banco rústico

de uno de aquellos grandes patios cubiertos de viejos árboles y de plantas trepadoras, vimos surgir ante nosotros la figurilla inquieta de *Homúnculus*, casi al mismo tiempo que brotaban en el horizonte las tres estrellas del tahalí rutilante de Orión.

—¡Felices noches, amables jóvenes—dijo quitándose respetuosamente su bonetillo y dirigiendo la vista al cielo, que empezaba a cubrirse de constelaciones—; veo que tienen ustedes una ocupación digna de hombres sesudos y pensadores; ese libro azul con páginas de luceros es el más luminoso que puede estudiarse en el mundo!...

Ludovico, admirado del ingenio del hombre-cillo, y comprendiendo que bajo aquella poética imagen se recataba alguna idea particular del hebreo, volvió a dirigir alternativamente la vista a la estrella Rigel y al ojo brillante de Tauro, y le dijo con acento sentencioso, midiendo el horizonte con una de sus miradas indefinibles:

—Y bien, *Homúnculus*, ¿conoces tú el inmenso libro del espacio y las redes infinitas de los astros como la serie de los hongos y las cadenas interminables de las trepadoras?

—No tal, señor Ludovico—contestó *Homúnculus* con voz solemne y poniéndose de puntillas sobre sus babuchás como si quisiera levantarse del musgo que le servía de alfombra—; el cielo está sobre nuestras cabezas y la tierra bajo nuestras plantas. Lo que está sobre nosotros domina: lo que está debajo debe ser dominado.

Recuerdo que a este punto de la conversación

la voz áspera de uno de los celadores se dejó oír en la arcada del patio en que nos hallábamos, y yo, menos preocupado que Ludovico y más pronto a dejar mis sueños por las realidades, acudí presuroso al llamamiento, dejando a *Homúnculus* en su compañía.

Pocas horas después fui a buscar a mi amigo a su celdilla; lo encontré más caviloso que de costumbre y apenas despegó los labios. Sólo pude saber que *Homúnculus* en una rara lección de astronomía le había ofrecido *la clave del libro de los cielos*.

En efecto, al día siguiente, que fué domingo, y que no salió Ludovico de su celda, oí distintamente en ella desde la mía la voz chillona de *Homúnculus*, y observando por el tragaluz noté que guardaba aquél en su armario el libro que ya conocemos y que había traído el hebreo bajo su ropilla.

III

—Y bien, Ludovico, ¿cómo se han de calmar los perpetuos deseos del hombre, según tu autoridad cabalística?

—¡Buscando el complemento de su ser! ¡Hallando el alma de su alma!...—me contestó clavando en mí sus ardientes ojos, rodeados por un círculo color de violeta—. ¡Este libro, inspirado por

el Ser de los seres, me lo dice terminantemente! Yo debo buscar el espíritu complementario de mi espíritu; el cuerpo por el que se estremece mi cuerpo; el vaso perfumado de alabastro en que he de beber la plenitud del goce en la tierra...!

Y al decir esto, sus mejillas se colorearon como las de una doncella que escucha por primera vez la voz del deleite. Después, recordando con prodigiosa exactitud los versículos ardientes del *Cantar de los Cantares*, añadió, como si respondiera a sus propios pensamientos:

"Besóme con el beso de su boca, porque mejor es su seno que el vino.

"Sus ojos son de paloma; sus cabellos como manadas de cabras que suben al monte de Galaad.

"Ponedme como sello sobre su corazón, como marca sobre su brazo, porque fuerte es como la muerte el amor, duro como el sepulcro el celo; sus brasas son brasas de fuego y de llamas.

¡Oh, sí! "Sostenedme con flores y cercadme de pomas, porque desfallezco de amor."

Terminadas estas citas bíblicas, que decían bien a las claras que en aquel pecho, destrozado por los deseos, se había elevado de repente la imagen ideal que le atormentara, cayó desfallecido sobre su sitial de pino y escondió su rostro entre las manos.

Yo lo contemplé con lástima y presagí desde entonces grandes desgracias. En efecto; aquella fiebre pertinaz, indestructible y abrasadora, debía conducirle al manicomio o a la tumba. Naturaleza

de fuego, imaginación impresionable, genio fogoso y apasionado, sentía la hoguera de todos los goces y de todos los sueños, y se consumía en la atmósfera a que se le condenaba.

Desde aquel día no le volví a hallar cariñoso ni comunicativo. Su carácter se fué tornando cada vez más sombrío; la nube de tristeza que oscurecía su frente se extendió sobre su rostro como un paño fúnebre, y concluyó por hablar solamente lo indispensable, a pesar de las amonestaciones de los Padres y de las amistosas reconvenciones de los compañeros. Nuestra antigua y franca amistad fué entibiándose poco a poco, y con gran sentimiento mío concluimos por no dirigirnos la palabra. No ocurrió lo mismo con *Homúnculus*; las visitas del hombrecillo se hicieron cada vez más frecuentes, y tanto menudearon, que los Padres Escolapios, apercibiéndose de sus continuas conferencias, cerraron las puertas al perfumista, amonestándole severamente. En cuanto a Eisseman, trataron en vano de corregirlo y domeñarlo: aquella naturaleza, de acero por lo flexible y por lo resistente, se rebelaba de hecho cuando parecía doblegarse.

Cierta mañana, un obeso clérigo que desempeñaba las funciones de celador nocturno, durmiéndose como un cachorro en los descansos de la escalera, nos despertó con sus gritos y sus exclamaciones de asombro.

Volví y revolví entre sus manos un papel cuidadosamente doblado, y saliendo y entrando en la celdilla de Eisseman, mostraba a los Reverendos la cama revuelta de Ludovico, cuyas sábanas

de lino colgaban en tiras de lo alto del tragaluz hacia la parte de afuera, sujetándose en la de adentro con un grueso clavo timonel.

Los seminaristas acudieron a sus voces en bulliciosos grupos, y yo, que tuve poco espacio que recorrer, puesto que estaba al lado, me uní a aquel enjambre que se revolvía y volteaba en los corredores.

—¡Se ha fugado, se ha fugado!...—repetía el Padre celador con su profunda voz de sochantre—. ¡El pícaro, el relapso, el hereje!...—Y girando sobre sí mismo como las esferas de cartón de nuestra cátedra de Geografía, mostraba a todos el papel hallado en la celda de Ludovico, y que sólo contenía estas palabras:

*“¡No volveré!
Ludovico.”*

El papel corrió de mano en mano, entre calurosos comentarios, a pesar de los esfuerzos del clérigo, y sólo después de grandes trabajos logró recogerlo el Padre Anselmo, nuestro áspero catedrático de retórica, que tenía predilección por Ludovico, y que pugnaba por explicarse, hacía tiempo, las extrañas melancolías de su discípulo.

Púsose, pues, orden en los curiosos, tomáronse las oportunas declaraciones sobre el terreno, siendo yo uno de los que sufrieron más largo y minucioso interrogatorio, y se concluyó, como se había empezado, por no saber nada de cierto.

Procedióse acto continuo a la incautación de los

efectos que quedaban en la celda del prófugo, y sólo se hallaron algunos libros de estudio; una carta astronómica del siglo XIII, que había pertenecido a un libro hebreo; el poema *De natura rerum* del suicida Lucrecio y algunas odas de Saffo y Anacreonte traducidas por Eisseman en bellas rimas alemanas.

La evasión se había verificado, según todas las apariencias, de la manera más fácil del mundo. Cayendo el tragaluz de la celda de Ludovico, como todos los del lado del río, a las desnudas campiñas de Colonia, y estando el edificio por aquella parte cubierto de ángulos salientes y de pesados arcos románicos, el fugitivo, ayudado por los trozos de lienzo, se había deslizado poco a poco hasta el suelo, perdiéndose en la alameda cercana.

En vano se pusieron en juego los medios más eficaces para encontrar al rebelde educando. Ni las pesquisas de los Reverendos, ni las indagaciones de su familia, ni los esfuerzos reunidos de los rebuscadores de oficio, pudieron dar la más pequeña luz en el asunto.

Se lo había tragado la tierra.

IV

Pasaron algunos años. Yo colgué los hábitos, según mis intentos, y dejé las riberas del Rhin por las márgenes del lago de Nápoles y las lagunas venecianas.

Varias veces, cuando en alas de los recuerdos trasladábame al sombrío seminario de Colonia, creyéndome colocado en mi oscura celdilla de seminarista, recordaba al melancólico Eisseman y hubiera dado cualquier cosa por haber sabido su paradero.

La suerte, cuya perpetua inconstancia me ha traído como alga perdida en las olas, llevóme otra vez a Colonia, después de los sucesos que he referido.

Como viajero que vuelve a riberas consagradas por esos recuerdos de la primera edad, que dejan tan profunda huella en el alma, al llegar a las orillas del Rhin quise visitar el seminario de Colonia.

Acerquéme al antiguo edificio trémulo de deseo, y al divisar su vetusto pórtico, su colosal escudo cubierto de musgo, sus pesadas balaustradas y las veletas mohosas de sus torres rectangulares, sentí una de esas emociones que no se pueden expresar. Pregunté al portero por el padre Anselmo, con la ansiedad de aquel monje incrédulo que pasó dos siglos oyendo el canto del ave del Paraíso, y recibí la misma respuesta que el anciano de la leyenda: el padre Anselmo hacía tres años que había entregado su alma a Dios, y los rostros de los seminaristas que cruzaban el patio me eran completamente desconocidos.

No sé por qué estrambótica inspiración me ocurrió la idea de preguntar al portero por mi antiguo compañero de estudio, y digo que la inspiración fué estrambótica, porque si el portero no

tenía noticia de los antiguos directores del Seminario, mal podría tenerla de un muchachuelo desconocido y sin vocación para el grave ministerio del sacerdocio.

Sin embargo, con gran extrañeza mía, y casi haciéndome dúo, el portero abrió desmesuradamente los ojos como maravillado de la pregunta, y levantando el dedo índice de su mano derecha y señalándome una de las celdillas de la galería de enfrente, me dijo con acento entrecortado y misterioso:

—¡Hola!, ¿conocíais también a fray Ludovico? ¡Allí le tenéis de cuerpo presente, mañana mismo lo enterrarán!...

Confieso que al escuchar estas palabras no pude refrenar un movimiento de asombro; mis dientes chocaron de un modo involuntario unos con otros, y por un momento no supe darme cuenta del efecto que me había producido este natural acontecimiento; el portero, entretanto, había desaparecido sin reparar en mi turbación.

Impresionado profundamente, subí las anchas gradas de la antigua escalera de mármol, como práctico conocedor de aquellos tortuosos corredores; y, confundiéndome con los grupos de jóvenes que iban y venían por aquel lado, me encontré a la puerta de la celda en la que debía hallarse el cuerpo de Ludovico, según afirmaba el portero.

En efecto, a riesgo de sufrir algún indiscreto reproche, penetré en la sala mortuoria y vi el cadáver de mi desgraciado amigo sobre un catre de tijera, cubierto con un hábito gris y oprimiendo

con la rigidez de la muerte un pequeño crucifijo de ébano. Me costó gran trabajo reconocerlo: su rostro surcado de profundas arrugas, sus cabellos escasos y plateados, sus pómulos descarnados y salientes, su piel oscura y curtida, en la que campeaba el timbre propio de la senectud; todo su cuerpo, en fin, enjuto y apergaminado, le daban el aspecto de uno de esos ancianos que han luchado cuerpo a cuerpo con la muerte, y que sólo se han dejado vencer en la última trinchera de la vida.

Tan extraordinario suceso era suficiente para suspender el ánimo más refractario a lo maravilloso. Ludovico Eisseman debía contar apenas treinta y cinco años, y aquel cadáver parecía el de un viejo de setenta y tantos.

Mi curiosidad por descifrar el misterio fué tal y tan viva, que, sobreponiéndome a mi sentimiento, busqué con angustia en torno mío un rostro conocido o simpático al que poder interrogar con mis miradas.

Afortunadamente una cara amiga apareció bajo el dintel de la puerta: era Flatow, el organista del Seminario, al cual profesé gran predilección en otro tiempo. Hícele una seña expresiva, tirándole de su largo levitón, y él, mirándome fijamente y recordando por fin al antiguo educando, vino tras de mí, acompañándome hasta la opuesta galería.

Allí, después de las explicaciones lógicas entre dos antiguos conocidos que se vuelven a ver tras larga fecha, la conversación tomó el giro que yo deseaba; recayó sobre Ludovico.—“Largo es de

contar lo que ha ocurrido”—me dijo el grave maestro sorbiéndose un polvo de tabaco que cogió con sus largos dedos de una mugrienta caja de cornerina—. La muerte de Ludovico es de lo más original que puede verse en el mundo.

Y dejando flotar sobre la balaustrada sus largas piernas, y rascándose la oreja izquierda con el dedo meñique de su mano derecha, comenzó el siguiente relato, que concluyó más tarde ante una botella de Jamaica en la cervecería de los Estudiantes.

Tomando yo el hilo del relato en el punto de la fuga del seminarista, lo transmitiré minuciosamente, pero sin las interjecciones y paráfrasis del maestro Flatow.

Los detalles íntimos de esta historia extraordinaria, le habían sido referidos por el mismo Eiseman pocos días antes de su muerte.

V

—Cuando, cansado de la vida grave y monótona del Seminario—dijo el organista empezando la historia—, se decidió Ludovico a romper la clausura, hizo llamar a *Homúnculus*, que desde larga fecha le enseñaba los secretos de la Cábala y los prodigios de la vida ultraterrena, y le comunicó su atrevido proyecto.

Homúnculus, que era un gran práctico del corazón humano, y cuyos conocimientos en la ciencia fisiológica llegaban al infinito, lo alentó en su peligrosa idea, y, facilitándole los recursos necesarios para realizarla, le ofreció un asilo en su pequeña casa morisca.

En efecto, una noche, convenida la hora y el modo de llevar a cabo la evasión, esperó a Ludovico al pie del muro, por la parte del río, y aprovechando el joven la hora de queda, y confiado en el sueño eterno del presbítero celador, rompió sus sábanas en mil pedazos, y, sirviéndose del clavo que visteis, logró deslizarse felizmente por los salientes del muro, hallándose pocos momentos después en compañía del hebreo.

La luna estaba en la mitad de su carrera y las campanas de la Catedral resonaban melancólicamente; el cielo, cubierto de estrellas, parecía un inmenso pabellón azul salpicado de brillantes, y allá a lo lejos, al través de los árboles, como un fuego de San Telmo, brillaba una débil lucecilla. Era el farol de la casa de *Homúnculus*, que parecía atraerle con sus cariñosas oscilaciones.

Cinco minutos después se hallaron en el portal de la casita blanca, cuya puerta se abrió de par en par al contacto de la mano del hebreo.

Ludovico me ha confesado—dijo con profunda convicción el organista—que nada había visto más bello que el pequeño vestíbulo de mármol de aquella casa, que parecía fabricada por las hadas. A la luz de una lámpara de cobre pendiente del techo, aquella especie de atrio con columnas jónicas

adornadas de airosas volutas, y las cuatro estatuas de alabastro que ocupaban los ángulos y que parecían iluminadas por dentro con luces de ópalo, cautivaron de tal modo su atención, que, comparando rápidamente aquel lugar con el que había abandonado, creyó que lo trasportaban al país de los sueños.

—¡Ya veis, mi amado discípulo—dijo *Homúnculus* con cierto acento de superioridad, que parecía un sarcasmo en aquel ser pequeño e inquieto como un lepidóptero—, que no puede juzgarse de lo que existe por la corteza, y que tan fácil es hallar un palacio encantado tras un pobre muro de ladrillo, como un sistema solar en el seno gris de una nebulosa!...

Ludovico no contestó; encantado, absorto, seguía paso a paso al hombrecillo, que atravesó una estrecha galería adornada de preciosas esculturas y lo condujo a una pequeña habitación cubierta de arabescos y perfumada a la oriental, que recibía la luz del sol por un pequeño ajimez abierto al Mediodía y que estaba a la sazón alumbrado por una lámpara color de rosa.

—¡Este es vuestro dormitorio!—dijo al joven, que apenas tuvo tiempo para contestar una palabra—. ¡Descansad y hasta la vista!—Y, sin esperar respuesta, salió de la habitación, dejando a Eisseman estupefacto.

Cuando Ludovico quedó solo, recorrió con avidez el dormitorio y quedó agradablemente sorprendido de verse en una habitación tan bella, tan poética, tan deliciosa. Los ajimeces tenían parte-

luces de alabastro; los muros capas de estuco y zócalos de azul y oro; el pavimento alfombras de Persia y blandos almohadones de Damasco; el resto, en fin, parecía labrado por los alarifes de Medina-Azahara y alhajado por los aposentadores de Alhamar.

El seminarista sintió dilatarse todo su ser en aquel recinto, y dejando volar su imaginación calenturienta, se creyó rodeado de huríes y sintió el rumor de sus guzlas y de sus crótalos.

Trémulo de emoción, se dejó caer sobre aquellos almohadones de pluma y aspiró con delicia el aroma de nardo que se escapaba de los pebetes. Después inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció inmóvil como una estatua.

Ya no vivía la vida real.

VI

Era poco más de media noche cuando Ludovico, saliendo de sus abstracciones, sintió sus sienes oprimidas como si llevase una diadema de acero. Su respiración difícil y fatigosa le advirtió que lo perseguía la asfixia en aquel ardiente foco de perfumes.

Dando tregua a la serie interminable de sus encontrados pensamientos, se dirigió a uno de los ajimeces, y abriendo de par en par sus puertas de

ébano, y reclinándose en su alféizar, aspiró con delicia el aire puro de la noche.

La luna descendía majestuosamente, y el cielo, cubierto de constelaciones, parecía un inmenso mar azul salpicado de luces fosfóricas, suspendido por arte maravilloso sobre su cabeza. Ludovico empapó su pupila en aquel piélago sin orillas, y como si sus olas inmóviles se derramaran sobre sus sienes, despejóse su cerebro poco a poco, y se sintió dispuesto al éxtasis y a la contemplación.

Sin embargo, estaba decretado por la suerte que aquella noche no había de ser sacrificada en aras de la ciencia de Herschel. Al divisar la constelación de Casiopea, recordó involuntariamente las lecciones de *Homúnculus*, y, por uno de esos cambios tan frecuentes en la inconstancia humana, descendió instantáneamente del cielo a la tierra, derramando la mirada en torno suyo.

He aquí el espectáculo que se ofreció a sus ojos:

El ajimez daba a la azoteilla de la casa, especie de terrado cuadrangular limitado por una balaustrada de ladrillo y cubierto de búcaros y flores, a la manera de las azoteas andaluzas.

En medio de la explanada, un macetero, también de ladrillo, con gradas llenas de jarrones vidriados, se elevaba como una pirámide florida, proyectando un cono de sombra y despidiendo un raudal de deliciosos perfumes.

Algunos plátanos, cipreses y magnolias enanas, colocados en cajuelas y distribuidos con encantador desorden en los ángulos del terrado, le daban el extraño aspecto de aquellos jardines aéreos don-

de se solazaba Semíramis, y contribuían, elevándose caprichosamente, a desvanecer las tintas del cuadro.

Ludovico se creyó trasportado a Nínive y oyó distintamente las maldiciones bíblicas que pesaban sobre la gran Babel de los asirios. No había, sin embargo, llegado al colmo su admiración.

Apenas hacía dos segundos que contemplaba aquel jardín, que se perdía en el viento como los edenes de los visionarios, cuando vió surgir entre las flores, bañada a medias por la luz de la luna, y bella y vaporosa como las vírgenes que ve el poeta en la primera mitad de la vida, a una joven vestida de blanco como la amada de Alighieri y más interesante aún que la encantadora niña que inspiró los tercetos del *Paraíso*. ...

Su cabeza, que delineábase teniendo por marco el azul del cielo salpicado de estrellas, estaba coronada de blondos rizos, cuyas lucientes ondas caían en deslumbrantes cascadas sobre sus hombros. Su seno, levantado como una montaña de cristal, parecía querer desbordarse en el escote cuadrado de su túnica; su talle prolongado y esbelto se mecía como el junco de las márgenes y la espiga de las praderas; sus manos podían cubrirse con un nardo y sus pies ocultarse en una azucena. Ludovico recordó haber visto un rostro parecido en una reproducción alemana del célebre retrato de mujer de Leonardo de Vinci.

Con el descuido de quien no teme ser observada, la hermosa joven iba y venía de una en otra flor como una abeja, examinando a la luz de

la luna, ya las hojas plegadas de la campanilla azul, ya las pintadas corolas de esas flores misántropas que sólo abren sus cálices al beso de las auras de la noche.

Ludovico quedó absorto, extático, sumido en uno de esos éxtasis, en que parece que no vivimos más que para el objeto que nos suspende; trémulo, con los ojos extremadamente abiertos, conteniendo la respiración, dudando del testimonio de sus sentidos. Aquella aparición era para él la iniciación de un nuevo sacerdocio, la primera hieródula del templo de Chipre, que se atravesaba en su camino.

¿Quién era aquella mujer? ¿Qué lazo la unía al misterioso *Homúnculus*? ¿Qué poética naturaleza era la suya, para surgir como una Driada aérea entre aquellas plantas que parecían crecer junto al cielo? Tales fueron las rápidas preguntas que Ludovico se hizo a sí mismo, en tanto que la hermosa niña, inclinándose sobre las flores aterciopeladas, dejaba entreabrir su justillo haciendo adivinar a Eisseman todo el misterio de un santuario de alabastro. Nada, sin embargo, pudo contestarse el joven: *Homúnculus* jamás le había revelado la posesión de semejante tesoro, y tenía que resignarse a morir de curiosidad y de impaciencia, por lo menos hasta el nuevo día.

Sea como quiera, el caso es que aquella celeste aparición era el complemento de su felicidad. Lejos de los muros sombríos del Seminario, envuelto en la templada atmósfera de una mansión orien-

tal, teniendo el cielo abierto ante sus ojos, sólo faltaba a su dicha un objeto digno de compendiar y absorber todo el efluvio de vida que se escapaba de su ser, de recibir como un vaso sagrado el torrente de amor en que se anegaba su alma.

Pasó un espacio de tiempo, que Ludovico creyó un segundo, y la joven de las trenzas blondas, después de regar sus flores y contemplar el cielo, cuyas estrellas parecían despedir más brillantes rayos, descendió por la escalerilla de ladrillo del terrado, recogiendo su airosa falda y llevando en ella nardos, dalias y campanillas. Las orlas de su traje desaparecieron poco a poco, haciendo un ligero ruido, y Ludovico creyó aspirar el perfume de sus cabellos, que pasaba en una ráfaga de la brisa nocturna, en tanto que su sombra aérea se perdía en la oscura penumbra de la escalera.

Eisseman permaneció inmóvil, esclavizado por una de esas impresiones que traen al cerebro en un solo segundo todo un mundo de deseos absurdos y de proyectos irrealizables; después volvió a reclinarse en sus almohadones y quiso en vano conciliar el sueño. La luz del alba lo halló todavía viendo girar en torno suyo esas voluptuosas imágenes que levanta el deseo, cuyos besos de fuego ponen ardientes nuestros labios y dejan alrededor de nuestros ojos un ancho círculo color de violeta.

Cuando una ráfaga de viento impregnada de rocío vino a orear su frente; cuando oyó el alegre cántico de la alondra y los primeros rumores del día, cerró los ojos, cansados de tan larga lucha,

y exclamó con el profundo acento del que juega el todo por el todo:

—¡Será mía esa mujer!...

VII

—Y bien, querido huésped, ¿qué tal se ha pasado la noche?—dijo *Homúnculus* penetrando en el cuarto del joven a la décima hora del día y midiéndole de alto a bajo con sus ojillos escrutadores.

—Perfectamente — contestó Ludovico haciendo por ocultar su emoción y procurando esquivar la mirada profunda del hombrecillo.

—Nadie lo creería, sin embargo—repuso éste con voz un tanto trémula—, tenéis el sello del insomnio en el rostro; si estáis arrepentido de vuestra empresa nos volveremos al Seminario.

—No tal, querido maestro; mi resolución es irrevocable y sólo dejaré este asilo para predicar nuestra doctrina.

—Quizá os falte mucho para que alcancéis tan alto puesto—añadió el hebreo con acento extraño—; por ahora, tan sólo os advierto que las meditaciones pitagóricas no deben dejar en el rostro señales color de violeta.

Ludovico se estremeció, pero sin duda hubiera podido disimular su turbación, a no haber sur-

gido en este momento un misterioso incidente. Los preludios armónicos de un arpa, pulsada por una mano hábil, dejáronse oír a lo lejos, y, poco después, una voz dulce, apasionada e insinuante, comenzó a entonar una de esas baladas alemanas, melancólicas como una tarde de otoño y ardorosas y penetrantes como rayos de sol.

Las mejillas de Ludovico se colorearon súbitamente, sus labios se entreabrieron como para lanzar una exclamación involuntaria, y, sin ser dueño de sí mismo, dejóse caer en uno de los reclinatorios del salón, olvidándose de que estaba en presencia de su cauteloso maestro.

En cuanto a *Homúnculus*, frunció el áspero entrecejo, dejó plegar sus labios con una expresión indefinible, y, acercándose con señaladas muestras de solicitud, le dijo con el acento más natural del mundo:

—¿Qué es eso, mi querido discípulo?, ¿os dan vahidos? Venid, ¡vive Dios!, ya es hora de que os desayunéis; la colación de los seminaristas es muy poco a propósito para los espíritus fuertes, y no es maravilla que estéis desfallecido; mi mesa, abundante aunque frugal, os devolverá las fuerzas que os faltan.—Y ayudando al joven a incorporarse, y guiándolo cariñosamente, descendieron en silencio por la caprichosa escalera de mármol.

Calló la voz, enmudecieron las cuerdas del arpa y Ludovico fué recobrando su presencia de ánimo. Así pudo observar al paso, y con la luz del día, el delicado gusto arquitectónico de aquel pa-

lacio en miniatura y el orden que reinaba en sus galerías y en sus aposentos.

Después de atravesar un pequeño patio arábigo, cuyos arcos de herradura estribaban en graciosas columnas de jaspe, y en cuyo centro se elevaba el trasparente saltador de una fuente de alabastro, pasaron por un estrecho corredor, en el fondo del cual se abría una especie de atrio limitado por un jardinillo.

Las plantas más raras alternaban reunidas en una extraña rotonda, y se enredaban bajo pequeñas estufas formando deliciosas guirnaldas. En el centro del atrio una mesa de mármol, rodeada de lechos a la usanza griega y cubierta de flores y frutos, parecía incitar a la gula con su delicioso aparato, en tanto que los follajes de las plantas trepadoras prestaban su escudo verdoso para resguardar del sol a los comensales.

Homúnculus parecía gozarse en el asombro de Eisseman y seguía con cuidado todos sus movimientos. Al penetrar en el atrio, el joven volvió a estremecerse: en un ángulo, reclinada indolentemente en un almohadón de Damasco, más incitadora y deslumbrante que nunca, estaba la hermosa aparición del terrado, la niña de las trenzas blondas, la primera mujer con que Ludovico había soñado en la tierra.

La luz del día no le robaba ninguno de sus sobrenaturales encantos, antes bien parecía sostenerlos y acrecentarlos. Sus delicadas y mórbidas formas brillaban, como las facetas del diamante, con más intensidad al resplandor del sol que a los ra-

yos de la luna: Ludovico se halló ante ella tan admirado como debió hallarse Adán ante la primera mujer en las deliciosas florestas del Paraíso.

Homúnculus se dirigió hacia la hermosa niña, llevando de la mano a Eisseman, que temblaba como un azogado, y se lo presentó diciéndole:

—Hija mía, te presento a nuestro huésped y caro discípulo; espero que lo atenderás como a un amigo, y procurarás quererlo como a un hermano.

La hija del hombrecillo, que no era otra la joven que Ludovico tenía delante, se ruborizó, bajó los ojos, cuyas largas pestañas dieron leve sombra a sus mejillas color de rosa, y siguió deshojando un ramo de jazmines que tenía entre sus manos blancas y menudas como ellos.

—¡Sed bien venido!...—contestó únicamente, sin mirar al seminarista y con ese miedo encantador que en vano procuran parodiar las cultas bellezas de nuestras ciudades.

En cuanto a Ludovico quiso formular en vano cuatro palabras de esas que ha sancionado la etiqueta y que no dicen nada para el que siente.

Homúnculus midió a entrambos jóvenes con una de sus eternas miradas y sonrió ligeramente; después mandó servir el almuerzo, y se sentaron todos a la mesa, preparándose a comenzar el desayuno.

VIII

Sobrio fué éste, aunque compuesto de los más sanos manjares. Durante él, tres doncellas vestidas al uso corintio tocaron algunas piezas en el arpa, haciendo recordar a Ludovico las costumbres griegas y el oficio de las aulétridas, por las cuales tanta predilección tenían los filósofos del Pórtico y de la Academia.

Eisseman estaba trémulo, embebecido, pendiente de los ojos de la niña y de las notas armónicas de las arpas, que parecían convertir aquel lugar en un ángulo del Elíseo; sólo había para él una ligera nube: la mirada chispeante de *Homúnculus*, especie de relámpago funesto que alumbraba de vez en cuando aquel cielo diáfano y refulgente.

La conversación giró en los intervalos naturales sobre la doctrina pitagórica, objeto de la devoción de *Homúnculus* y a cuya filosofía había logrado afiliarse al joven seminarista; bien es verdad que Ludovico contestaba maquinalmente a las observaciones del hebreo, y se gozaba en analizar y oír las de la hermosa Floraia, que así se llamaba la hija del hombrecillo.

A los postres se habló de la fuga de Ludovico; púsose en claro que el joven había huído del Seminario para dedicarse de lleno al estudio de los fundamentos de la doctrina secreta de Pitágoras, que había de difundir por Europa bajo el principio de *Pluralidad de almas y de mundos*, con-

viniéndose en que los meses de aprendizaje que había de tener serían pasados en la casita de *Homúnculus*, cuya puerta secreta continuaba siendo un enigma para los agentes de la justicia.

Ludovico hablaba con fuego, sobre todo de la parte de doctrina referente a la unión de los espíritus gemelos en la eternidad del tiempo y del espacio, y miraba de cuando en cuando a la joven, que se estremecía escuchándole, como un junco besado por las ondas.

Terminado el almuerzo, levantóse la niña y se despidió de Ludovico, no sin dejar sobre el seminarista una larga mirada, que penetró en su alma como una espada de fuego.

El hebreo acompañó a Eisseman al estudio y continuaron la conversación interrumpida, tratando largamente de algunos puntos de las conferencias filosóficas que el hombrecillo había de darle cotidianamente.

Ludovico estuvo torpe en el análisis de los enunciados, y cometió en la síntesis mil errores lamentables: su pensamiento gravitaba, por decirlo así, en las pupilas azules de Floraia, y no podía profundizar los laberintos de la dialéctica, que le parecieron desde aquel momento fríos, áridos e insoportables.

Homúnculus conoció, con su natural perspicacia, lo que pasaba en el alma de su discípulo, y dando con habilidad nuevo giro a la conversación, hízola venir al punto que Ludovico deseaba.

—Y bien, ¿qué os parece mi habitación, caro huésped? Aquí, ya lo veis, la vida transcurre rá-

pida y tranquila, y el alma se prepara para el viaje inevitable. ¿Qué os agrada más de cuanto habéis visto en torno vuestro?...

Eisseman iba a contestar sin duda que Flo-raia, pero se contuvo a pesar suyo; *Homúnculus* volvió a adivinar su pensamiento y exclamó con aparentada jovialidad:

—Decidme, Ludovico, ¿preferiríais pasar los años en nuestra compañía, a alcanzar en el mundo profano la aureola del innovador y del filósofo?

—¡Seguramente, querido maestro!...—dijo el joven, cuyos deseos se revelaban a pesar suyo—; todas las glorias mundanas pueden sacrificarse sin duelo por la paz del hogar y los placeres sagrados de la familia.

—Pronto habéis cambiado de opinión, mi caro discípulo—repuso con intención el hebreo—; aparte de que no os acordáis del hogar vuestro, ¿tenéis presentes aquellas tardes pasadas en el Seminario, durante cuyos crepúsculos, seguidos de estrellas, soñabais con los lauros de la predicación, y creíais la mayor de las felicidades la de difundir la verdad por la tierra?

Ludovico hizo un movimiento de disgusto. Conocía que *Homúnculus* adivinaba algo de lo que pasaba dentro de él, y le mortificaba esta sospecha.

—Recuerdo perfectamente mi obligación, amado maestro—dijo un poco contrariado—, así es la verdad; estoy dispuesto a cumplir la misión que me está encomendada.

—No os impongo nada—contestó el hebreo, cu-

ya pequeña personalidad parecía haber tomado grandes proporciones—; libre nacisteis y libre sois; si persistís en vuestro empeño, tomad la llave de nuestra secta; este libro os guiará por el camino del infinito, cuya imagen material hemos admirado en la vía láctea durante el estudio de las nebulosas—y al decir esto puso en manos del seminarista un libro cuidadosamente encuadernado, sobre cuyo lomo se leía la inscripción siguiente: “*Armonía de las esferas.—Pitágoras.*”

Ludovico calló, tomó el libro y se retiró lentamente sin volver la cabeza: su imaginación no estaba en el cielo, sino en la tierra; la armonía de las almas era la única armonía que podía estudiar y comprender en aquel momento.

IX

Los quince primeros días que siguieron a la llegada de Ludovico, se ocuparon en graves estudios filosóficos. Estos, sin embargo, se interrumpían más de una vez con distintos pretextos, y como el deseo es atrevido y el amor sagaz para aprovechar ocasiones, más de una vez Floraía y el seminarista se encontraron en las galerías al amanecer, o en el jardinillo al caer la tarde.

Lo que pasó entre ambos fácil es de adivinarse. El, joven y apasionado, y ella, niña y hermosa,

debían cumplir a su pesar con la ineludible ley de la vida. Explicáronse poco a poco; entendiéronse al cabo, y se juraron mutuamente fidelidad y amor inextinguible. Cuando salía *Homúnculus* a sus precisas tareas, Ludovico desde el ajimez de su dormitorio, y Floraia desde su jardinillo aéreo, hablaban de sus eternos sueños de felicidad, y hacían castillos en el aire, que se desvanecían siempre con una ráfaga helada: la partida de Ludovico.

Los días corrían para Eisseman con tanta celeridad al lado de Floraia, que no se daba cuenta del tránsito de las horas; según ha dicho después muchas veces, el recuerdo de aquellos días, saturados de inocentes placeres y de risueñas esperanzas, constituyó en la época de su soledad uno de sus tormentos más tenaces.

Pasaron dos meses y *Homúnculus* pareció olvidarse por completo de Floraia y de Ludovico. El hombrecillo daba lecciones de filosofía al joven con menos frecuencia y afectaba no enterarse de la correspondencia de su hija. Los amantes aprovechaban estos descuidos, y sus entrevistas se hicieron tan frecuentes, que acabaron por ser continuas y cotidianas.

Este fué acaso el origen de sus desgracias.

X

Al sexto mes de su estancia en la quinta del hebreo, éste participó a su discípulo, de la manera más natural del mundo, que se preparase para partir. Ludovico oyó la orden como un condenado a muerte la lectura de su sentencia, y se resistió a cumplir lo convenido.

Homúnculus, afectando gran extrañeza, quiso saber con qué derecho se oponía su huésped al cumplimiento de lo tratado y qué móviles le impulsaban a habitar, contra la voluntad de su dueño, una casa que no le pertenecía bajo título alguno.

Eisseman no supo qué contestar; sus primeras excusas fueron dadas balbuceando y se le trabó la lengua varias veces. Por último, viéndose asediado por la mirada penetrante del hombrecillo, se rindió con armas y bagajes, y le reveló su pasión por Floraia y sus deseos de no separarse jamás de ella.

Homúnculus, con gran asombro de Ludovico, no se alteró en lo más mínimo; antes al contrario, la sonrisa que vagó por sus delgados labios dió a su rostro una expresión de contento que dejó al joven estupefacto.

—Nada nuevo me contáis, mi caro huésped— repuso con acento natural—; yo accedo gustoso a vuestra demanda con una pequeña condición, cu-

yo cumplimiento me garantizará la eterna felicidad de mi hija.

El asombro de Ludovico llegó a su colmo al escuchar estas palabras. ¿Cómo había notado *Homúnculus* su pasión por Floraia? ¿Por qué con tanta facilidad accedía a una pretensión tan descabellada como atrevida? Verdaderamente aquello era anómalo e incomprensible, y no sabía qué pensar de conducta semejante. *Homúnculus* continuó así:

—La condición que os impongo no es en verdad difícil para un verdadero amante; consiste en tener pureza, resignación y confianza.

Pasados treinta días, a contar desde hoy, repetiréis aquí vuestra petición y yo mismo enlazaré vuestras manos y bendeciré la unión, que se confirmará como cumple al ritual de mis antepasados. Mas durante esos días de prueba guardaos de estrechar la mano de vuestra prometida, o de acercaros a la orla de su túnica: un solo deseo desbordado os la hará perder para siempre. Haced cuenta con vos mismo si Floraia es el alma gemela de vuestra alma; si, como dice la Cábala, mi hija es el espíritu de vuestro espíritu y la carne de vuestra carne: si así fuese, sacrificad a su felicidad y a su cariño esos voraces deseos que os han consumido siempre, y esas locas ambiciones que en otro tiempo os despertaron a la vida profana.

Al decir esto, el hombrecillo pugnaba por levantar a Eisseman, que, loco de placer oyendo el ra-

zonamiento de *Homúnculus*, había caído a sus plantas y ocultaba su rostro entre las manos.

—Vamos, tranquilizaos, mi querido discípulo—dijo el hebreo, cuya pequeña personalidad tenía la propiedad de crecer y menguar, como las visiones de Fausto, a medida que los acontecimientos le llevaban a instantes supremos; y ayudando a incorporarse al seminarista, dejóle que expresara en frases balbucientes el supremo placer que en aquel instante le embargaba.

Cuando Ludovico fué dueño de sí mismo, *Homúnculus* había desaparecido, repitiendo con su voz extraña y chillona:

—“¡Ya lo sabéis, mi caro discípulo, si tocáis uno solo de sus cabellos, si os acercáis a la orla de su túnica, abandonad toda esperanza!...”

Estas frases, repitiéndolas el eco poco a poco, pasaron ante los ojos de Ludovico grabadas en caracteres de fuego como las del festín de Baltasar...

—Veo con pena—dije yo interrumpiendo en este punto al que me refería la historia—que este *Homúnculus* es una figura extravagante y contradictoria, que no se parece en nada al vulgar herbolario que yo conocí en mis tiempos de seminarista.

—Estáis engañado—repuso el narrador, que no se inmutó lo más mínimo por mi interrupción—; el curso de los sucesos probará suficientemente que los móviles que guiaban las acciones aparentemente antinómicas del hombrecillo eran los más naturales del mundo.

Después siguió así la relación de las aventuras de mi antiguo compañero de estudio:

—Aunque el afecto que profesaba a Floraia era casto y sin límites, la imaginación calenturienta de Ludovico iba acariciando, sin darse cuenta de ello, esos sueños ardientes y voluptuosos que nos llevan a la pendiente de la culpa.

Cuando tenía cerca de su mano la mano blanca y diminuta de Floraia; cuando sentía su aliento templado y aromático; cuando medía con los ojos del deseo el escote cuadrado de su justillo, que se abría sobre un seno de alabastro cruzado por venas azules, nublábase su frente, negábase su lengua a formular la palabra y temblaba como un ladrón sorprendido infraganti. Floraia mirábalo con doble ternura, sin comprender la tempestad que estaba a punto de estallar en aquella frente nublada, y Ludovico alejábase entonces de su lado vacilante y meditabundo.

Una hermosa tarde de primavera, próximo ya a expirar el plazo señalado por *Homúnculus*, se hallaban los dos jóvenes en el terrado, viendo caer el sol entre grupos de nubes rosadas y entretenidos sabrosamente en traducir un pasaje de Horacio. El fuego y la armonía imitativa de aquellos exámetros latinos pintaban tan al vivo la pasión de Menandro y las complacencias de Glicere, que Ludovico, ardiendo en la hoguera de sus deseos comprimidos y presa de uno de los arrebatos de su imaginación calenturienta, rodeó el talle de la niña con su brazo y logró besarla en la boca.

Floraia lanzó un grito ahogado y miró con an-

gustia en torno suyo; aquel beso, no tan criminal como el de Francesca de Rímini, pero sí tan infausto como él, había destilado en su alma toda la miel del deleite y todo el acíbar de la culpa. Pronto, como si respondiera a aquel ardiente y suave estallido, un grito salvaje, parecido al del gato montés, resonó a espaldas de Ludovico, que permaneció inmóvil y petrificado como una estatua: era la voz de *Homúnculus*, que los había observado desde el ajimez de enfrente, y cuyo rostro, descompuesto, espantoso, iluminado fantásticamente por las ráfagas rojas del sol poniente, se destacaba en el fondo oscuro del marco, como el perfil siniestro de Mefistófeles.

Ludovico cerró los ojos para no contemplar aquella aparición fantástica; pero siguió viéndola al través de sus párpados por mucho tiempo. Cuando volvió a abrirlos se halló solo en el terrado. Floraia había desaparecido, y el ajimez de su dormitorio, en cuyo marco había visto delinear la faz irritada del hebreo, estaba cerrado herméticamente.

¿Qué había pasado? Ludovico se estremeció al reflexionarlo. La vergüenza y el remordimiento vinieron a decir a su razón que pagaba con la más negra de las ingratitudes los favores y distinciones recibidos por parte del hombrecillo, y que la ofensa era de las que no tienen disculpa ni se pueden perdonar.

Algo hubiera dado por hallarse en su celda del seminario de Colonia, pues sentía miedo de verse otra vez bajo la mirada penetrante de *Homúncu-*

lus, por haber tocado aquella boca de llamas, cuyo contacto parecía sentir todavía sobre sus labios secos y calenturientos.

Al cabo fué serenándose poco a poco, y viendo que estaba desierto el terrado, y que sólo las brillantes pupilas de las estrellas lo contemplaban en silencio desde el horizonte, dirigióse hacia la escalera y descendió por ella lentamente.

Aunque tenía costumbre de dar las buenas noches a Floraia, y pasar algunos instantes al lado de *Homúnculus*, no quiso salir de su habitación ni se atrevió a presentarse en la antesala del dormitorio de la niña, donde solía pasar algunas veladas en unión del viejo y de su hija. Tal vez como castigo de su falta, también dejó de oír, después del toque de ánimas, los armoniosos acordes del arpa de Floraia, que venían muchas veces, en alas de la brisa, a llenar su cerebro de voluptuosos fantasmas y deliciosas imaginaciones.

XI

¡Qué noche tan larga fué aquélla para Ludovico!
¡Qué encontradas ideas de placer y pesar embar-
garon su ánimo!

Asomado al ajimez del dormitorio unas veces;
reclinándose otras en el lecho sin poder conciliar
el sueño; escribiendo, las más, el nombre de Flo-

raia en las márgenes de sus libros de estudio, sorprendieronle las primeras luces del día, y oyó el toque del alba en los campanarios de Colonia.

Había forjado el proyecto de separarse de *Homúnculus*, pero no se sentía con fuerzas para llevarlo a término; pensaba en Floraia, y sus deseos rebeldes le fingían sin cesar los placeres que podía gozar en sus brazos, a pesar de su padre y del mundo entero. Tras tan larga lucha consigo mismo había comprendido que la vida sin poseer a la mujer amada era despreciable.

Un solo camino le quedaba para conseguir su intento después de lo que había acontecido: solicitar la gracia y el perdón del hebreo. Acariciando esta idea, y decidido a salvar cuantos obstáculos pudieran oponérsele, Ludovico compuso su semblante, peinó con cuidado sus cabellos enmarañados y bajó a la rotonda donde cotidianamente almorzaba en unión de *Homúnculus* y de la niña.

Con gran sorpresa suya encontró, como siempre, a Floraia sentada bajo las enredaderas, y a *Homúnculus* cerca de ella; éste se le acercó sonriente, tranquilo, motejándole por su tardanza, puesto que ya había sonado la novena hora del día.

Floraia, sin embargo, estaba pálida y meditabunda; sus ojos parecían menos brillantes, y no se alzaron ni una sola vez para clavarse, como siempre, en los ojos de Ludovico.

Este, por su parte, advirtió otra pequeña particularidad: ella, que frecuentemente usaba un justillo de escote cuadrado, a favor del cual podía admirarse su cuello de cisne y el redondo arran-

que de su seno, lo había sustituido con otro de terciopelo gris, abotonado hasta la barba, cuyas amplias mangas ocultaban del todo el torneado marfil de sus brazos, perpetua tentación del seminarista.

A pesar de estos detalles, no se explicaba la extraña indiferencia de *Homúnculus*, y hasta llegó a persuadirse de que la imagen airada surgida en el ajimez del terrado había sido sólo una creación fantástica de su cerebro, o una sombra importuna de su conciencia.

Acabó el almuerzo como siempre, y pasó el día sin más particularidades que la ausencia de Floraia, que había ido, como ocurría algunas veces, al mercado de Colonia. También notó el joven la dilación de la conferencia filosófica, que el hebreo dejó para la noche, pretextando tener que ocuparse en uno de sus experimentos químicos.

A las oraciones volvió, según costumbre, Floraia, y Ludovico se apresuró a esperarla en el jardinillo, como otras noches; mas, al cruzar uno de los pequeños patios que conducían a él, *Homúnculus* salió a su encuentro, saludándolo con su eterna sonrisa, y le dijo con acento un si es no es sarcástico y cariñoso:

—Querido discípulo: os olvidáis de nuestra lección cotidiana. ¿Queréis seguirme y cumpliremos con ese deber?...

Ludovico no supo qué contestar, y siguió al hebreo sin atreverse a objetar una sola palabra. Nada, sin embargo, tenía de extraña la petición de su maestro, y no pudo sospechar el influjo que

había de ejercer en su vida la lección que iba a recibir de él aquella noche.

XII

Uno tras otro, y silenciosamente, entraron en el estudio de *Homúnculus*.

La habitación estaba casi por completo en tinieblas, y los raros objetos que en ella se hallaban parecían rebujarse en paños de sombra. Una lamparilla moribunda, colocada sobre la mesa y casi cubierta por esferas, libros y receptáculos de vidrio y porcelana, vertía sobre el mugriento tapete una luz enfadosa e insuficiente.

Ludovico fué a ocupar el asiento que tenía señalado desde las primeras conferencias; pero el hebreo lo detuvo con un gesto, y, señalándole una puertecilla estrecha y baja, que se abría en el muro de enfrente, cuyo umbral jamás había traspasado, le dijo con entonación suave y cariñosa:

—Querido discípulo: ya veis que aquí no podremos leer una sola línea, y que las tinieblas de esta habitación se avienen muy mal con los esplendores etéreos, que son el encanto de nuestras lecciones: pasemos a mi laboratorio, por esta noche, y disfrutaréis la primera vez de los encantos de la luz y de las brillantes combinaciones del prisma.

Y, sin esperar respuesta, *Homúnculus* oprimió un pequeño resorte y dejó franca la puertecilla, por cuyo vano se derramó un mar de irradiaciones que deslumbró a Ludovico por un momento.

Cuando pudo darse cuenta del fenómeno, se halló en una pieza cuadrangular, de techo alto y no muy reducida extensión, decorada tan sólo por grandes estanterías de ébano con ligeros entrepaños de cristal, sobre los cuales, y al modo de nuestras farmacias, se escalonaban simétricamente una multitud de redomas, llenas, al parecer, de agua luminosa de diferentes colores.

El efecto que producían aquellos transparentes receptáculos, escalonados con escrupuloso orden en sus escaparates aéreos, era parecido al que nos ofrecen esas iluminaciones a la veneciana que hacen aún las delicias de los que se solazan en el Adriático. Bien es verdad que las combinaciones luminosas de las redomas de *Homúnculus* les llevaban gran ventaja, y sólo participaban del misterio de aquéllas.

Todo contribuía a dar color y originalidad a tan extraño laboratorio. El techo, decorado por frescos mitológicos al estilo del Renacimiento, recogía los reflejos múltiples que se escapaban de las redomas y velaba sus libres ficciones bajo gasas fantásticas y deliciosas; el fondo de los escaparates, cubierto de grandes cristales azogados, repetía las imágenes de las vasijas, alejando el muro por ilusión óptica, y centuplicaba los matices y las irradiaciones; sólo la alfombra, de ese color oscuro que toma el musgo en los murallones, apagaba un

tanto aquellos espléndidos cambiantes, y dejaba a la retina cansada un necesario punto de reposo.

El mueblaje de aquella cámara inexplicable consistía en una mesa de ébano de un solo pie tallado, colocada en uno de los frentes del salón y cercada por dos lechos o reclinatorios griegos de blanda pluma. Sobre ella descubrió Ludovico dos pequeñas linternas cerradas, semejantes a las que usaban los rondadores del siglo XVII, y dos largas pipas, que parecían haber pertenecido a un sultán de Constantinopla. Una especie de ánfora de bronce, de poco más de veinte centímetros de altura, completaba el adorno del minúsculo velador, cuyo destino era difícil averiguar.

Todo esto no despertó, sin embargo, su curiosidad tanto como el objeto que ocupaba el centro de la cámara, en el cual se detuvieron sus miradas más tiempo del que convenía al estado de su ánimo.

Era éste una redoma de cristal de tan gran tamaño que hubiera podido encerrar en su seno a las tres Gracias: colocada en un trípode de metal, adornado de esfinges, subía más de un metro sobre la cabeza de *Homúnculus*, y se hallaba dispuesta de tal modo que concentraba en sí misma todos los rayos de color que partían de las demás redomas que la cercaban.

Contenía un agua incolora y transparente, y, bajo el trípode, una especie de brasero de hierro parecía darle calor con su llama azul y juguetona.

Ludovico contempló cuanto le rodeaba, y sintió una impresión indefinible de asombro y curiosi-

dad. Por un momento olvidó a la misma Floraia, y empañó su pupila en aquel océano de irradiaciones, que tenía mucho de sobrenatural y de prodigioso.

Homúnculus no pareció hacer alto en su asombro; le invitó cortésmente a que tomara asiento en uno de los reclinatorios próximos a la mesita de ébano, y, acomodándose en el otro, quedaron los dos frente a frente.

—Os he traído aquí, mi caro discípulo—dijo el hebreo después de una leve pausa—, para que disertemos sobre puntos menos metafísicos que los que llenan frecuentemente nuestras conferencias. La primavera empieza a vestir los árboles; las flores rompen sus broches empapados en ambrosía, y las aves viajeras llegan a nuestras costas en amorosas bandadas. El concierto de la vida palpita, de seguro, en vuestras venas, y yo os quiero mostrar esta noche los encantos de la belleza plástica y el panorama eterno de la juventud y de los placeres.

Homúnculus, al decir esto, encendió con una candela las dos linternas que se hallaban sobre el velador, y alargaba a Ludovico una de las largas pipas orientales, invitándole a fumar, y, dándole ejemplo, poniendo fuego a la suya en la lamparilla que tenía más cerca.

—Cuando la lava del deseo bulle en las venas—siguió diciendo el hebreo, arrojando al techo una bocanada de humo y tendiéndose en su reclinatorio con la indolencia de un sultán—; cuando se desborda el mar de las pasiones; cuando el hombre cree tener ante sí *largos días de vida y de fe-*

licidad, no es extraño que, como David y Salomón, olvide alguna vez el camino recto y exclame, cerrando el libro de la sabiduría: "Bésame con el beso de tu boca, porque mejor es tu seno que el vino. Sostenme con flores y rodéame de pomas, porque desfallezco de amor..."

Eisseman no sabía qué pensar de esta extravagante peroración del hombrecillo; sus recelos se despertaron, y pensó de nuevo en su falta, a la que sin duda se refería *Homúnculus* recordándole los pasajes de sus lecturas favoritas. Dispuesto a dejarse llevar hasta el fin de aquella singular conferencia, encendió también su pipa en la lamparilla y dijo al hebreo con acento trémulo y entrecortado:

—Y bien, maestro, estamos en la noche del equinocio; ¿qué queréis de mí, y qué significan estos fantásticos objetos que me rodean?

—Nada que os pueda preocupar, mi querido joven; váis a ver surgir ante nosotros los tipos acabados de la belleza plástica, cuyos hermosos reflejos podéis encontrar en la tierra. Esa redoma contiene el agua sagrada del Mediterráneo, de cuya espuma brotó la madre del amor y de los placeres, ciñendo el cinturón de las Gracias y ostentando la corona de mirto, emblema del deleite amoroso. Recorramos un poco la Historia; evaquemos los manes de aquellas mujeres de redondo seno, de cuya posesión se enorgullecía Atenas, y veréis deslizarse esta velada con todos los encantos de la fantasmagoría más deliciosa.

El asombro de Eisseman era cada vez más in-

tenso; a las incomprensibles frases del hombrecillo se unía el aroma penetrante de su pipa, que le envolvía en una atmósfera desconocida, derramando sobre sus párpados una voluptuosa pesadez. Al propio tiempo recordó, casi inconscientemente, que lo que aspiraba podía ser esa deletérea sustancia a que son tan aficionados los chinos, la cual produce en los fumadores desde el sueño del deleite hasta el horroroso *delirium tremens*.

A pesar de esto, una fuerza desconocida le hacía escuchar al hebreo y conservar encendida su pipa: sus ojos, fijos en la redoma, parecían no poder buscar otro objetivo, y su imaginación, tomando, a pesar suyo, el rumbo que le marcaba la palabra del hebreo, se mecía ya sobre el archipiélago y se preparaba a contemplar las correctas formas de Frinea, o las voluptuosas actitudes de las aulétridas corintias.

Pasando por el cristal con la facilidad de un rayo de sol, y destacándose poco a poco, cual si respondiera al eco de las narraciones de *Homunculus*, Ludovico vió aparecer dentro de la redoma las imágenes vivas de aquellas célebres hetarias que hicieron las delicias de Atenas, sobre cuyos senos desnudos habían reclinado la frente tantos y tantos hombres ilustres.

Estas tentadoras apariciones sucedíanse unas a otras con la lentitud y el misterio de los cuadros fantasmagóricos; sus contornos suaves y palpitan-tes, tomaban color poco a poco dentro del transparente líquido, y, cuando llegaban a una plenitud deslumbradora, volvían a palidecer lentamen-

te, hasta confundirse de nuevo en el cristal del receptáculo que las había contenido.

El orden de estas encantadoras fantasmagorías, que Eisseman devoraba con ojos ardientes, estaba marcado por las narraciones del hebreo. Cada nueva aparición arrancaba al joven un grito de entusiasmo, y una carcajada a su maestro: el uno pasaba por todos los grados de un deleite sin tregua; el otro parecía gozarse en una obra satánica e incomprensible.

Homúnculus, dando una prueba de su erudición vastísima, recorrió en su discurso desde los bosques sagrados de Chipre hasta el celebrado parque de las Ciervas. Durante su larga narración, la redoma reprodujo, con una exactitud tentadora, desde las musas de Tíbulo y Propercio hasta las nobles entretenidas de Enrique IV y de Luis XIV.

Servilia, ceñida con las célebres perlas que costaron a César seis millones de sextercios; la voluptuosa Glicere, con la cabellera empolvada de oro y el seno palpitante y mal cubierto; Julia y Mesalina, tiñendo sus frentes con el humo del candil lupanario; Lucrecia Borgia, coronada y desnuda como una bacante; Francesca de Rímini, hojeando las aventuras de Laneclot; Diana de Poitiers, reclinada en el lecho de Enrique II; Emna, Fornarina, Catalina Howard; toda la serie, en fin, de bellezas desenvueltas y provocativas de que hacen mención las crónicas del libertinaje, pasaron por la redoma en procesión incitante y encantadora, trastornando el cerebro del seminarista.

¡Cosa extraña! Ninguna de esas mujeres cuyo

casto amor logró hacer mártires, héroes o grandes hombres, tomó su turno en aquel cortejo fantástico: ni la Beatriz de Dante, ni la Laura de Petrarca hubieran podido brillar en aquel sitio.

La larga estola, el púdico velo, la túnica severa y plegada, no constituían el adorno de aquellas imágenes. Las formas palpitaban desnudas bajo el tisú y el brocado: los hombros nevados y curvos, las gargantas torneadas y mórbidas, los senos elevados y palpitantes, se sucedían y se completaban en aquel flujo y reflujo de voluptuosidad: era un cuadro perpetuo de tentación, en el que las bocas se entreabrían rojas y suspirantes, los ojos se entornaban dulces y lánguidos, los miembros caían cansados y perezosos.

Aun temblaba en el seno de la redoma la imagen deliciosa de la última querida de Luis XIV, cuando Ludovico, ebrio, perdida la razón, exaltado por el deseo y por el opio, alzóse rápidamente de su asiento y se arrojó como un relámpago sobre la redoma diabólica, que se rompió a sus pies en mil pedazos. Un grito penetrante y una carcajada larga y sardónica acompañaron al estruendo del vidrio que se esparcía sobre la alfombra. Poco después, *Homúnculus*, con las lágrimas en los ojos, contemplaba el cuerpo del joven, que yacía al pie del trípode de bronce, y vendaba su frente, herida por un trozo de cristal, con un paño de lino empapado en bálsamos aromáticos.

XIII

—No es posible soñar más extravagantes sucesos—dije yo interrumpiendo al narrador al llegar a este punto—. El carácter doble de *Homúnculus* resalta aquí de una manera incomprensible, y no creo que haya medio de hacer verosímil esa mezcla de odio y de cariño, de compasión y de venganza, cuyo fondo antinómico parece formar el carácter del hombrecillo.

—Nada más fácil—replicó el señor Flatow— que daros la clave de las aparentes contradicciones del hebreo: oidme hasta el fin y comprenderéis su conducta a las mil maravillas.

La memoria de Eisseman flaqueaba en el período que os he referido últimamente, y no pudo recordar jamás lo que siguió a su desvanecimiento.

Sólo tenía presente, de un modo vago, que había sido llevado en un barco de vela a lo largo del Rhin, y que, arribando a un olvidado desembarcadero, fué encajonado en uno de esos coches cubiertos que en algunas poblaciones sirven para conducir los cadáveres, teniendo sólo en aquella especie de calabozo portátil algunas provisiones de boca y un cántaro de agua suspendido de una argolla de hierro.

La oscuridad casi completa que reinaba en el vehículo le permitía apenas distinguir el día de la noche; a no ser por las débiles rendijas que dejaban las tablas, al través de las cuales sorprendía, a

veces, una delgada línea de luz, no hubiera podido darse cuenta de la presencia del sol en el horizonte. Comprendiendo, sin embargo, vagamente que todo aquello era obra de *Homúnculus*, dejóse arrastrar un largo espacio de tiempo sin protesta, y esperó con resignación el fin de su cautiverio.

Al cabo, las caballerías se pararon; esos ruidos que denuncian los grandes centros de población llegaron distintamente a su oído; las puertas del sombrío carruaje giraron sobre sus mohosos goznes, y un hombre alto, seco, amarillento, vestido sencillamente de negro, le dijo con acento grave y ceremonioso:

—¡Podéis bajar, señor Ludovico!...

Estaban en el centro de una de las calles más concurridas de Strasburgo, y a la puerta del hotel de *Los Mantos Rojos*.

XIV

Ludovico miró con extrañeza al cicerone que parecía depararle el destino, y penetró en la fonda, en pos de él y de un grueso auvernés que llevaba auestas una gran caja y dos sacos de noche. Bien hubiera querido escapar en aquel punto; pero la curiosidad por una parte, y la falta de metálico por otra, le hicieron ser cauto y aguardar

con cachaza a que los acontecimientos llegaran a su natural desenlace.

Instaláronse en una cómoda habitación, desde cuyos altos balcones se divisaba la esbelta torre de la Catedral, célebre por su elevación y por su estructura.

Ludovico abrió las maderas para respirar mejor el viento delicioso de la tarde, en tanto que el de lo negro ordenaba el mobiliario de la habitación, colocando en su lugar las maletas y los sacos de noche y poniendo con esmero sobre el velador la caja de cedro que había subido el auvernés y que parecía merecer sus más prolijos cuidados.

Cuando Ludovico volvió el rostro se halló frente a frente con su misterioso acompañante, y pudo observarlo a su sabor de pies a cabeza.

Era un hombre que parecía frisar en los cincuenta otoños; tenía los ojos redondos y la nariz encorvada como ciertos pájaros americanos; en sus labios, delgados, vagaba una sonrisita entre burlona y sarcástica, y sus largas piernas aumentaban su estatura por un extraño efecto de perspectiva.

Ludovico, a quien no había sido simpático desde el primer momento, sintió una instintiva repulsión hacia aquel personaje, que tenía algo de lúgubre a pesar de su sonrisa amable y de sus finas maneras.

Venciendo, sin embargo, sus escrúpulos, procuró afectar el aire hipócrita que tantas veces había visto usar a sus compañeros de Seminario, y preguntó al de lo negro, con las frases más corteses

que pudo hallar en su vocabulario; cómo, cuándo y por quién había sido conducido hasta aquel sitio.

El desconocido hizo el gesto de asombro más natural del mundo, y le aseguró, bajo su palabra, que él mismo había tomado su pasaje en la góndola cubierta, y que por su libérrima voluntad se hallaban hacía una hora en la ciudad de Strasburgo.

—Bien es verdad—añadió—que tendréis que cumplir más tarde cierta delicada misión que os fué confiada; pero, como es vuestra voluntad visitar los grandes centros y vivir algún tiempo la vida profana, así se hará punto por punto.

Respiraba una energía tan extraña la respuesta del enlutado, que Ludovico, que comenzó a recordar su última aventura, no pudo menos de estremercse. A pesar de esto, quiso aventurar una pregunta indiscreta y exclamó con débil acento:

—¿Y vos me acompañaréis?...

—Seguramente; tengo encargo de serviros de piloto en esos mares humanos, y confío en que no quedaréis descontento de mí. Por otra parte, como soy vuestro cajero general y vuestro ayuda de cámara, sería muy difícil que os pudiérais pasar sin mí en la travesía.

Ludovico conoció toda la fuerza de aquel golpe, y no se atrevió a replicar una sola palabra. En efecto, se hallaba sin experiencia, sin hogar, expuesto a todas las peripecias de la suerte y sin una sola moneda con qué atender a lo indispensable. En esta difícil situación no podía hacer otra cosa que abandonarse en brazos de aquel extraño edi-

tor responsable que Dios o el Diablo le depa-
raban.

—¡Sea como queráis, mi caro guía!—dijo le-
vantando la cabeza con el orgullo del ángel caí-
do—. Puesto que ello ha de ser, estoy a vuestras
órdenes.

—Yo he de recibirlas de vos, mi señor Ludo-
vico—contestó con afectada humildad el de lo ne-
gro—; esta noche pernoctaremos aquí, y por la
mañana a París, con vuestro permiso.

—¿Y si yo deseara dirigirme a otra parte?...

—Procuraría disuadiros *por todos los medios*
—repuso el enlutado, acentuando de un modo som-
brío sus últimas palabras.—En seguida añadió,
cambiando de tono e inclinándose respetuosamen-
te:—¡Siempre con vuestro permiso y por vuestra
libre voluntad!...

Ludovico se estremeció ligeramente al notar la
extraña mezcla de amenaza y sumisión que ence-
rraban las frases de su Mentor desconocido. Sién-
dole difícil continuar la conversación en tan res-
baladizo terreno, tendió la mirada en torno suyo
buscando algún objeto sobre el cual pudiera ha-
cer recaer el diálogo, y sus ojos tropezaron con la
caja colocada en el velador. A pesar de la curio-
sidad que le inspiró aquel mueble, notable por más
de un concepto, no quiso articular una sola pala-
bra y se entretuvo en hojear un volumen de rimas
inglesas, cortando de un modo brusco la conver-
sación comenzada.

Su acompañante no pareció notar tan descor-
tés punto y aparte; antes bien, arrellanándose en

una butaca, cerró los ojos, estiró las piernas en la descuidada actitud de un criado de casa grande durante la ausencia de sus amos, y se durmió profundamente.

XV

Nada digno de mención ocurrió durante la estancia de Ludovico en Strasburgo. Al día siguiente, el mozo auvernés volvió a coger la caja y los equipajes, y a las pocas horas, tomando plaza en las postas del Este, se prepararon a salvar las ochenta y cuatro leguas que les separaban de París.

Pocas palabras se cruzaron durante el largo trayecto; sólo en la penúltima parada, aprovechando el joven la ocasión de hallar a su guía más amable y comunicativo, se atrevió a preguntarle *si la caja de cedro pertenecía también al equipaje que se le había destinado.*

—Seguramente—respondióle el de lo negro—, esa caja es el mejor presente que se os ha podido hacer en el mundo. ¡En ella va guardada vuestra felicidad eterna!...

El asombro y la curiosidad de Ludovico subieron de punto con esta respuesta; pero en vano forjó sutilezas para saber algo de cierto. Su acompañante, menos fogoso que él y más ducho en las

lides de la palabra, esquivó con exquisito tacto sus argucias, y el seminarista sólo consiguió tener un motivo más de curiosidad para seguir, encantado, el hilo incomprensible de aquellos fantásticos acontecimientos.

En París hospedáronse en un hotel del boulevard Montmartre, cuyos departamentos parecían destinados a príncipes rusos.

Mucho sorprendió esta circunstancia a Ludovico, que no podía comprender el móvil que guiaba a *Homúnculus* para llevar a cabo tan caprichosa venganza; así, pues, temiendo algo terrible bajo aquella magnanimidad aparente, se decidió a hablar claro a su guía y a romper de una vez los misteriosos lazos con que empezaban a aprisionarle.

Las doce de la noche pregonaban las cien lenguas de bronce de los relojes de París, cuando Ludovico, viendo pasar por la habitación contigua al enlutado cicerone, se decidió a interrogarle, con el propósito de romper la última lanza.

Volganf, que tal era el nombre del desconocido, acudió al llamamiento de Ludovico con su sonrisa acostumbrada.

—Y bien—dijo Ludovico, después de cambiar algunas frases indiferentes y estudiando el efecto que sus palabras producían en su interlocutor—, ya estamos en París; ¿queréis explicarme cuál es el objeto de mi viaje?...

El de lo negro, a quien seguiremos llamando por su nombre, no pareció extrañar la pregunta, y repuso en un tono que tanto tenía de grave como de amistoso:

—Mejor lo sabréis que yo, puesto que por vuestra voluntad estáis a mi lado; pero ya que sois tan flaco de memoria tendré que ayudaros un poco. Hemos venido, sencillamente, a que conozcáis el valor de los placeres profanos.

La respuesta de Volganf fué un rayo de luz para el seminarista, que se atrevió a hacerle algunas arriesgadas preguntas: a juzgar por la condescendencia de éste en contestarlas puede asegurarse que al hacerlo cumplía sus más ocultas instrucciones.

—Ha llegado la hora—dijo—de que las cosas aparezcan tales como son; de que sepáis lo que tenéis que esperar y temer en esta Babel de los tiempos modernos. Destinado por el maestro *Homunculus* a la predicación de la santa doctrina de la pluralidad de almas y de mundos—de la que soy indigno rapsodista—, venís aquí bajo mi guardia a sufrir la última prueba. El choque perpetuo de la materia y el espíritu, aun cuando esto parezca incomprensible, forma la cadena sin fin de las vidas siderales en la plenitud del tiempo y el espacio. Vos, como yo, debéis provocar esos choques en el primer lugar de tránsito. La hidra de las pasiones debe salir al paso: recordad la pantera que acosó a Dante en la mitad del sendero de la vida.

Tenéis cuanto podéis desear; luego que recéis esta noche la última oración de las estrellas, comenzaréis la vida profana: yo soy vuestro cicero y os allanaré el camino que media entre el cuchitril del boulevard y el imperial salón del trono.

—Y ¿cuál será mi egida para no ahogar mi espíritu en ese océano inexplorado y tentador?—dijo Ludovico olvidándose de todo y divisando ya en lontananza el horizonte de deleites que la revelación de Volganf le deparaba.

—¡Vuestra razón!...—respondió Volganf con voz profunda y haciendo una larga pausa.

En seguida, aprovechando un momento en que Ludovico meditaba dirigiendo los ojos a la alfombra, levantóse rápidamente, y tomando la caja de cedro que parecía olvidada en un ángulo del salón, y colocándola sobre el velador que decoraba el centro, añadió con acento más jovial y comunicativo:

—¡Sin embargo, señor Ludovico, este presente que por mi mano os hace nuestro caro maestro, os servirá de efficacísimo regulador para el caso!

Y, abriendo la caja misteriosa con una llavecita de oro, puso al descubierto su contenido, que consistía en una redoma de cristal, alta, como de treinta centímetros, llena hasta el esmeril de agua de rosado color, tan transparente y luminosa como la que guardaban las expuestas en los escaparates del laboratorio de *Homúnculus*.

Al descubrir la redoma, los objetos esparcidos a su alrededor se tiñeron con el leve tinte que dan los arreboles al caer la tarde, y la palidez de Volganf desapareció por completo. Ludovico dejó escapar a su vista un grito ahogado. Aquella redoma le había vuelto a la vida de los recuerdos: pensó en Floraia, en los días pasados en la casita blanca del hebreo, en la sucesión de voluptuosos fantas-

mas cuyos trazos conservaba aún en su cerebro, en las lamparillas del opio, cuyas llamas azules y móviles parecían titilar ante sus ojos.

Así como una sola nota despierta en el oído del músico toda una serie de melodías olvidadas; así como una flor trae a nuestra mente el conjunto aromático de muchas flores reunidas; así como un sólo lucero nos recuerda el sereno espectáculo de todo un cielo salpicado de estrellas, la redoma fantástica descubierta por Volganf trajo a la memoria atrofiada de Ludovico las horas dulces transcurridas al lado de Floraia, el timbre delicioso de su voz argentina, las líneas suaves de su seno, la voluptuosa contracción de sus labios, el beso, en fin, ardiente y amoroso, cuyo imprudente estallido había resonado con eco fatídico en el corazón de su misterioso maestro.

Vacilante como el viajero que llega a la cruz del camino y contempla dudoso dos sendas opuestas abiertas ante él, Ludovico pensó en volver al lado de Floraia, en reanudar la existencia oscura y tranquila que parecía brindarle el amor de la hija del hebreo; quiso parar el corcel de sus deseos fogosos, y pedir de nuevo perdón al padre de su amada.

En aquella alegre mansión podían correr sus días sin duelos y sus noches sin rumores; el aire puro de las campiñas, el fuego templado del hogar, las caricias y los cuidados de la esposa, el sueño tranquilo del tálamo, el grato peso de la educación de los hijos; todo parecía brindar goces más caros y duraderos que esos placeres de los

grandes centros, tan falsos como deslumbradores, tan fáciles como costosos.

Volganf, en tanto, sonreía de una manera imperceptible, como si asistiera a la lucha interna que tenía lugar en el alma del joven. Sabía perfectamente cuál podía ser su resultado, y esperaba la resolución sin desplegar los labios.

Pasó lo que debía pasar, dado el temperamento y las inclinaciones del seminarista: fueron desapareciendo poco a poco las castas imágenes del hogar y tomaron plaza en su cerebro las formas del placer y los fantasmas ardientes. Pasóse la mano por las sienes, lanzó un profundo suspiro, el último, tal vez, arrancado por el recuerdo de la tierna Floraia, y convirtió sus ojos al gran mundo y a la vida agitada de París, cubriendo con una mortaja de oro el cadáver de su primer amor y de sus primeros sueños.

XVI

—Y, ¿cómo he de servirme de este presente original?...—dijo a Volganf, después de la larga pausa que he hecho notar, mirando ya, con desenfado, al de lo negro y a la redoma alternativamente.

—Váis a saberlo—contestó Volganf volviendo a tomar su aire sombrío y su entonación misteriosa—; tales servicios os hemos de prestar, yo y esa

redoma fantástica, que sea poca vuestra vida entera para recompensárnoslos.

"Ambos estaremos dentro de vos, sin forma, como está el instinto del bien y del mal, como está la conciencia, como están las ocultas entidades de los genios servidores de Ormuzd en el cerebro de los mundanos.

"Mi silueta oscura, recortándose sobre el foco luminoso que proyectará esa redoma, estará siempre ante vuestros ojos, en los momentos en que la pasión os arrastre o el vicio os lance por el plano inclinado. Recordad a aquel Sire Olaf que en la noche de sus bodas tenía al verdugo tras de la puerta: podéis saborear el vaso de los placeres, pero habéis de dejar en él alguna gota. ¡No nos es dado en la tierra apurarlo todo entero!...

"Nada os está vedado; llanos estarán para vos todos los caminos que la humanidad parece sembrar de rosas; gloria, poder, amores, vicios acaso, todo os será permitido hasta el penúltimo escalón; ¡oidlo bien!, ¡hasta el penúltimo!... ¡Es la gota que no podéis apurar del vaso, el escalón que os está prohibido tocar en la escala; gota última y paso postrero que han de pagarse fatalmente con la felicidad y con la vida!

"Cuando sintais próximas las heces; cuando estéis al borde del despeñadero, mi mano amiga separará la copa, y la luz rosada de esta redoma os mostrará el fondo del abismo. Libre sois, sin embargo, para beber la cicuta, o lanzaros hacia la sima; pero entonces...—Aquí Volganf hizo una pausa inexplicable y continuó de este modo:—Si

a pesar de mis cariñosas advertencias apuráis el vaso o bajáis el último escalón, la luz de esa redoma cambiará de color y se tornará más opaca. Esto acaecerá tres veces, ¡tres tan sólo!... Veréisla alternativamente azul, violada y amarilla. ¡Desdichado de vos cuando os alumbren los rayos pálidos de su color postrero!... ¡Ese es el reflejo de las lamparillas de la muerte!...”

Calló Volganf, y aprovechándose del asombro de Ludovico cerró la caja misteriosa y volvió a reclinarsse en la butaca tranquilamente. En cuanto al seminarista, procuró, en vano, balbucear algunas frases; parecíale que se hallaba bajo el influjo de alguno de sus fantásticos ensueños, y se frotaba los ojos con movimientos convulsivos.

Cuando pudo salir de su abstracción, Volganf le daba ceremoniosamente las buenas noches, y sus pasos se perdían en el corredor contiguo, resonando de un modo extraño sobre el pavimento.

Los relojes de París, asemejándose a los centinelas de un castillo sin límites, daban la una sucesivamente, turbando con sus lenguas metálicas los ruidos nocturnos.

XVII

A la mañana siguiente, el mozo de cuarto despertó a Ludovico, entregándole una carta urgente, según acusaba el sobre, cuya letra le causó gran asombro. Era de su padre, al parecer, y no creía verosímil que éste hubiera adivinado tan pronto su paradero.

Rompió la nema con viva curiosidad y examinó la firma para convencerse de que no sufría ningún género de alucinación. En efecto, la rúbrica era la propia del autor de sus días y no había traza de engaño alguno.

Leyó en seguida con avidez el contenido de la inesperada epístola y la arrojó al suelo en un raptó de cólera: la carta aquella venía a poner más oscuro el intrincado laberinto de su existencia.

Su padre le escribía perdonándole su escandalosa fuga—que había sabido *por azar*—, noticiándole con benévolas frases que debía su perdón a las cariñosas gestiones de su buen amigo Cristián Volganf, el cual le tomaría bajo su tutela, proporcionándole los medios necesarios para completar su educación hasta su vuelta al hogar paterno.

Al final, y como *postdata*, le preceptuaba una ilimitada sumisión a las órdenes del referido amigo; suplicándole, por último, que le dispensase algunas rarezas de carácter, propias del buen señor, muy dado a rodearse de *fantasmagorías y de inocentes misterios*, pero cuyas intenciones eran las

más nobles y desinteresadas, puesto que se trataba de un antiguo amigo de familia.

Excusado es decir el asombro de Ludovico, y bien hizo, por tanto, en arrojar al suelo el intempestivo billete, que venía a involucrar de un nuevo modo los acontecimientos. ¿Era o no era cierto lo de las redomas fantásticas? ¿Volganf mentía, o no decía verdad la carta escrita por su padre?... ¿Soñaba despierto, o se veía preso en las redes de una conspiración pérfida y desconocida?...

Ludovico saltó del lecho como un ciervo herido y reconoció el lugar donde se hallaba. Nada había cambiado; estaba en París, en su lujosa y *confortable* habitación del boulevard Montmartre; sobre la tapa de piedra del velador del centro veíase la misteriosa caja de cedro, con su tapa labrada y su cerradura con guarda-llave de oro.

En el momento en que pensaba romper de un puñetazo el maravilloso mueble, tres amistosos golpecitos resonaron en la puerta de entrada, y la voz reposada de Volganf se dejó oír tras las maderas, paralizando la acción atrevida de Ludovico. Este abrió sin ceremonia, y se adelantó hacia Volganf en actitud casi amenazadora, mostrándole la carta que había recogido, y que estrujaba con mano nerviosa.

—¡Caballero—le dijo—, lo sé todo!... ¿me comprendéis?... ¡todo!... y espero que no persistiréis en el propósito de entretenerme con vanas consejos...

—Perdonadme, querido joven—contestó Volganf, afectando la mayor candidez—, la manera

original que he tenido de presentarme a vos, y hacdme la merced de no enfadaros por haberos hecho víctima, hasta cierto punto, de mis manías romancescas y de mis inocentes excentricidades. Soy, efectivamente, el abogado Cristián Volganf, antiguo amigo de vuestro padre. Habiendo sabido la escapatoria del Seminario y vuestra estancia en casa del perfumista, procuré sacaros de allí con el propósito que se os anuncia en esa carta. Tengo amplios poderes para el caso, y mis relaciones sociales pueden servirlos admirablemente. Preparáos, pues, a la nueva vida que os tengo trazada, y poned en mí toda vuestra confianza.

En este momento, y aún no vuelto Ludovico de su asombro, un desconocido tomó por asalto la habitación, presentando al joven un traje del mejor gusto, que procuró acomodarle.

El espejo, de cuerpo entero, cuya ancha luna reflejaba su imagen, dió a entender al rebelde educando que podía pasar por un doncel elegantísimo.

XVIII

Por la tarde, y a hora conveniente, una carretela tirada por dos soberbios caballos le aguardaba para conducirlo al bosque de Bolonia.

Ludovico, presa de rebelde melancolía y luchan-

do con su palpitante desconfianza, se dejaba conducir como un niño al que cambian el número y la naturaleza de los juguetes: las dudas estaban vivas en él, pero no daban fuerza a su voluntad, presa de los acontecimientos y halagada por una serie de impresiones nuevas, llenas del encanto de lo desconocido.

La conversación animada de Volganf, sus exquisitas complacencias y sus cariñosos cuidados, disipaban por intervalos sus vagos temores y dábanle poco a poco grata y tranquila confianza. Aquella misma noche escribió a su padre dándole gracias por su benévola acción y ofreciendo fielmente sumisión y respeto al Mentor que se le señalaba.

Para colmo de felicidad, la caja de cedro que contenía la redoma fantástica había desaparecido de su dormitorio, sustituyéndola un elegante armonio, que Ludovico solía pulsar de vez en cuando.

XIX

Pocos meses después de estos sucesos, reclinado indolentemente en una mecedora, fumaba un aromático entreacto y reía a carcajadas estrechando la mano de Volganf y recordando sus fantásticas aventuras.

—Decididamente—decía a Volganf con aire sa-

tisfecho—soy muy feliz en haberos encontrado: la vida profana me place sobremanera, y la consideración de que gozáis en la capital del mundo me da la norma de vuestro valor inapreciable.

Volganf plegó ligeramente los labios, clavó su intensa pupila en Ludovico, envolviéndolo en un relámpago indefinible y, dándole un golpecito sobre la rodilla, contestó al joven en tono jovial y afectuoso:

—¡Apuesto a que queréis catequizarme para que os acompañe al Turf, al Circo Parisien o a la Opera bufa! Si a eso tienden vuestras insinuaciones, sabed que me he anticipado a la demanda y que asistiremos esta tarde, en Longchamps, a la inauguración de las carreras de otoño.

Por el anterior diálogo se comprenderá perfectamente a qué altura se hallaba Ludovico en su vida profana y cuáles eran sus ocupaciones favoritas. En efecto, los paseos, las *soirées*, los teatros, los pasatiempos de todo género formaban el nudo principal de la comedia fantástica de su existencia.

Olvidábaseme decir que la educación de Ludovico se había completado: jugaba al tresillo, conocía un poco las combinaciones de la ruleta, montaba a caballo con la agilidad de un jockey y manejaba regularmente las armas de moda. Volganf accedía a todos sus caprichos y pagaba todas sus obligaciones.

Amontonados en un rincón de su memoria, como esas estatuas empolvadas que yacen en los desvanes de un anticuario, dormían a la sazón sus recuerdos: sólo alguna que otra vez, en tanto

que se fumaba el cigarrillo que llamamos del sueño, la imagen de Floraía aparecía flotando sobre la columna de humo, desvaneciéndose con la rapidez de la blanca nube que le servía de pedestal.

¡Cosa extraña! A pesar de esta existencia rodeada de hechizos, el deseo, fondo de su carácter voluptuoso y soñador, parecía dormir profundamente.

No había tenido tiempo de apreciar más que el conjunto de aquel gran cuadro de la vida; y, a la manera del verdadero *amatore*, que abarca antes el tono general del lienzo que los perfiles y los esbozos, se preparaba para el estudio.

La deliciosa muchedumbre de mujeres hermosas que desfilaba sin cesar ante él, ya en los anchos boulevares, ya en los Campos Elíseos, ya en los pórticos del Odeón o de la Opera, contribuía poderosamente a aumentar la especie de hechizo que le rodeaba, sin dejar punto de reposo a su imaginación calenturienta.

Pasaban y pasaban, ya la ligera *cocotte* con su estrecho corsé, su traje ceñido y su garganta desnuda; ya la alta *entretendida*, envuelta en crujiente seda y disimulando las palpitantes formas entre tules delatores; ya la gran señora, altiva y triunfante bajo sus adornos, como aquellas matronas de la Vía Apia provocativas a pesar de la estola: aquí contemplaba unos hombros curvos y mórbidos; allá un brazo escultural y torneado; más lejos un talle inverosímil unido a una cadera no soñada por Cánova: en todas partes, en fin, sucedíanse, como las olas en el mar y las estrellas en el cielo, for-

mas, contornos y perfiles, cuya pureza y suavidad, cuya proporción y encanto eran como revelaciones sucesivas, como deseos encadenados, como sueños hechos reales por el capricho de la naturaleza.

Ello había de acontecer. Del fondo de aquella tabla gigantesca debían destacarse, al fin, algunas figuras, como se destacan los rostros de los Descendimientos de Rubens, o las lanzas del cuadro de Velázquez. La ocasión era llegada; el velo del templo iba a romperse en cumplimiento de las profecías.

La excursión a la pradera de Longchamps en el equinocio de otoño debía dar al encantado joven el primer modelo plástico.

XX

El Turf, o, lo que es lo mismo, el Hipódromo de Longchamps, en el bosque de Bolonia, estaba en la tarde escogida por Volganf lleno de aficionados a esas luchas inglesas en las que suelen caer las honras y las fortunas bajo los cascos de los corceles.

Caballos y jockeys, envueltos en ligeras nubes de polvo, volaban entre las empalizadas, en tanto que el espumoso Champagne se deslizaba no menos rápido por las graderías, henchidas de lujosas damas y decidores caballeros.

Cuando Volganf y Ludovico dejaron su carruaje y penetraron en las gradas, un grave inglés, mayordomo del Jockey Club, dejaba sobre la gigantesca pizarra el resultado de la cuarta carrera y anunciaba el primer descanso.

La fiesta estaba en ese interregno interesante en que los que ganan reciben las felicitaciones, y los que pierden acarician la esperanza de un próximo desquite; en ese período encantador en el que se concierta entre los jóvenes la manera de pagar el precio de la apuesta; en esos momentos, en fin, heraldos de la saciedad y de la borrachera, que dan pábulo a conversaciones peligrosas y a empeños que suelen costar más libras que un corcel de sangre inglesa.

Volganf penetró, seguido del joven, en el elegante semicírculo formado por los balconajes de preferencia, y un océano de blondas, flores, perfumes y piedras preciosas pareció rodearlos con su deslumbrador oleaje.

Las risas, los *calembourgs*, el choque de las largas copas de Champagne, los amorosos cuchicheos y el hervir vividor de la ligera espuma formaban en aquel espacio un suavísimo desconcierto, al que Ludovico se abandonó voluptuosamente. Completando el cuadro, a uno y otro lado, los jockeys con sus ropillas de colores, los caballos que esperaban el turno, los grupos de bebedores tendidos sobre el musgo, y las animadas ruedas de *fashionables* eran como los segundos términos de aquel paisaje de buen tono.

Ludovico abarcó todo esto con ávida mirada;

pero muy pronto se fijó su pupila en un solo objetivo: el semicírculo de balconajes, sobre cuyos airosos antepechos, colocados de intento al alcance de la mano, se reclinaba indolentemente un verdadero mundo de hermosas.

En tanto, unos cuantos jóvenes, que bebían y charlaban ante un balconcillo ocupado por cuatro bellas asiáticamente ataviadas, cerraron el paso a Volganf, presentándole una copa, y cogieron del brazo a Ludovico, haciéndole penetrar en el centro.

—¡Presentamos a ustedes—dijo uno de ellos dirigiéndose a las que ocupaban el palco y elevando su copa cubierta de espuma—a nuestros distinguidos amigos Cristián Volganf y Ludovico Eiseman, dueños de toda una margen del Rhin y agregados a la Embajada de Prusia!

Volganf y Ludovico acogieron riendo la inesperada *bomba* de presentación y saludaron cortésmente a las jóvenes, que se excusaron con gracia, reprendiendo al introductor por lo brusco del acontecimiento. Esto, por lo demás, nada tenía de extraño: aquellos calaveras eran sus compañeros de gimnasio, y el calor del champagne les ofrecía la mejor de las disculpas.

Y en verdad que no podía quejarse el nuevo *dandy* de la peregrina ocurrencia de sus amigos. Ante él, envueltas en esa atmósfera perfumada que siempre rodea a la belleza, se hallaban cuatro huríes del cielo parisién; cuatro tentaciones a las cuales se hubiera rendido el mismo San Antonio.

Dos de ellas eran rubias, blancas, aéreas como las Concepciones de nuestros santuarios: de las

restantes, una tenía la gravedad y el lujo de formas de Agripina; la otra la ardorosa pasión y el torneado seno de Diana de Poitiers o María de Padilla.

XXI

Ludovico dejó caer una larga mirada sobre la última y sintió algo parecido al estremecimiento que produce la pila de Volta. Aquella mujer tenía algo del cielo en la frente y mucho del abismo bajo las cejas; su cuello, su seno, sus brazos, el breve arranque de su pie, coquetamente asomado bajo la seda, formaban uno de esos conjuntos que hablan a los sentidos el lenguaje irresistible; y pensábase entonces en esa lógica de la materia que avasalla al espíritu tantas veces.

Las maneras distinguidas de aquella mujer, el lujo asiático de su traje, las llamaradas de sus brillantes deslumbraron a Ludovico, que permaneció un instante en silencio; con todo, sobreponiéndose a su turbación por un esfuerzo supremo, tomó parte en el animado diálogo que se había entablado y propuso una apuesta a la joven, preguntándole respetuosamente su nombre, después de aceptado el reto.

Supo que se llamaba Stella Lucy, que pertenecía a una distinguida familia napolitana y que

vivía en un lujoso hotel del boulevard des Capucines en unión de su señora tía, solterona y anciana.

El champagne había llevado la confianza a aquel pequeño núcleo, y las apuestas por una v otra parte quedaron definitivamente ajustadas. La de Ludovico y Stella consistía en una flor, que ella debía arrancar de entre sus cabellos en el caso de ser vencida, o en un *bouquet* de rosas blancas que Eisseman debía presentarle en la mañana del día siguiente.

Entretanto la carrera se ordenaba, los corceles alineábanse impacientes en el punto de partida y los delegados del Jockey Club hacían la señal, levantando a un tiempo sus banderines tricolores.

Stella, Volganf y las jóvenes rubias apostaban por el corcel llamado *Vent*, de pura sangre inglesa, con *jockey azul y oro*. Ludovico y otros dos de los jóvenes llevaban el alazán nombrado *Feu*, de sangre inglesa también, cuyo jinete ostentaba la divisa de la esperanza.

Rápidos como copos de espuma que impulsa al ábrego o como viras que escapan del arco tendido, dieron los jinetes la vuelta a la empalizada, resonando al poco tiempo la voz metálica que anunciaba la victoria. Un ¡hurra! inmenso resonó en el espacio y poco después campeó sobre la gran pizarra el nombre del corcel afortunado.

¡Fuego había perdido la carrera!...

XXII

Stella dió el pésame a Ludovico con la más encantadora de las sonrisas y el joven quedó obligado a presentar su *bouquet* al día siguiente, no sin asegurar a su competidora que había ganado perdiendo. En cuanto a los demás del grupo, tiroteáronse galantemente, doblaron las partidas, buscando el desquite, o disculparon la pérdida con descrédito de los vencedores. Ludovico notó con despecho en los picadillos de aquellos animados diálogos que Stella y el joven que los había presentado se permitían de vez en cuando algunas impertinentes familiaridades.

Al cabo las horas volaron, como siempre, y el espectáculo tocó a su fin, repitiéndose las mismas exclamaciones, duplicándose los mismos empeños, renovándose los mismos diálogos y apurándose las mismas copas. Las damas dejaron sus asientos y se colocaron sus albornoces; los mayordomos rellenaron los cestos con las vajillas y las copas restantes; los *jockeys* se embozaron en sus capisayos y cubrieron a los corceles con las mantas de abrigo. Todo aquel mundo voltario y risueño se dirigió lentamente a la explanada *des voitures*, y el hipódromo quedó al poco tiempo mudo y silencioso como las llanuras de Olímpia.

Stella, Ludovico, Volganf, las niñas rubias y sus amigos se confundieron también, poco a poco, en

aquel océano de cabezas salpicado de pamelas y sombreros de copa, y diéronse el último adiós desde sus respectivos carruajes.

Al atravesar los Campos Elíseos, todavía el pañuelo blanco de Stella seguía advirtiéndole al seminarista que no olvidara el *bouquet* de la apuesta, ofreciéndole enigmáticamente algo que ya cruzaba por la mente del incorregible Lovelace.

Por la noche Ludovico volvió a ver a Stella, que ocupaba un elegante entresuelo en el teatro de la Opera. Los gemelos de marfil de la niña lo buscaron más de una vez con persistencia encantadora; en cuanto a los del seminarista, no se separaron un punto de tan encantador objetivo.

Volganf convino con su educando en que Stella era la mujer más bella del Universo; en que Arturo Law, el amigo del joven, podía ser el más feliz de los hombres, puesto que poseía la confianza de aquel prodigio de hermosura; y, por último, en que Ludovico obraría cuerdamente llevando a su linda acreedora, no ya un pobre *bouquet* de blancas flores, que a más de ser pesado y voluminoso se marchitaría a las pocas horas, sino un caprichoso grupo de diamantes rosas, comprado en la joyería de Kobbey, y que ostentaría el brillo perpetuo de sus facetas en un estuche aromático de piel de Rusia y raso mate de Florencia.

Aquella noche, durante el soliloquio de Ludovico ante su palmatoria, la imagen voluptuosa de Stella ahuyentó por completo la de Floraia, y el clavel entreabierto de los labios de aquélla y la

curva incitante de sus hombros esculturales formaron el núcleo de sus nuevas imaginaciones.

XXIII

A la mañana siguiente, Ludovico, que había madrugado y se acicalaba al espejo con la pulcritud de una *cocotte*, halló sobre el velador de su dormitorio una cartera repleta de billetes de mil francos, cuya procedencia se explicaba, según nota unida, por un envío de fondos de su casa paterna.

Algún genio protector parecía anticiparse a sus frívolas necesidades, puesto que aquellos francos no podían arribar más a tiempo. Su primer impulso fué dedicar una parte de la suma a la compra de los diamantes de Stella, y así lo comunicó a Volganf, que se dispuso a acompañarle, no sin advertirle cariñosamente lo peligroso del paso. En efecto, según misteriosos datos que Volganf había logrado adquirir, y que acaso no eran desconocidos por Ludovico, Stella Lucy era una de esas elevadas entretenidas, legítimas sucesoras de las Dianas de Poitiers y las Dubarry, cuya posesión había adquirido penosamente Arturo Law, arrojando a sus plantas su tranquilidad y su fortuna.

No fué esto parte para que Ludovico desistiese. Tras leves indecisiones fueron comprados en casa de Kobbey los diamantes rosas, y mentor y edu-

cando se dirigieron al boulevard des Capucines, hallándose poco después en el hotel de Stella, cuya lujosa antesala estuvo franca para ambos apenas dieron sus nombres.

XXIV

El hotel era un verdadero paraíso de buen tono. Frescos deliciosos en las techumbres, blandas alfombras en los pavimentos, espejos y cuadros notables en los muros, caprichosos y cómodos prodigios de ebanistería y tapicería acá y allá y en todas partes.

Poco se hicieron esperar la hermosa Stella y su amable tía, especie de aristocrática quintañona, la que les hizo pasar sin ceremonia a un precioso saloncito de confianza: era el santuario azul donde se rendía culto cotidiano a aquella diosa benigna.

Al levantarse el portier Ludovico frunció el entrecejo y Volganf sonrió imperceptiblemente. Reclinado con indolencia en una mecedora, y bromeando con las niñas rubias hallábase Arturo Law, que palideció un tanto al descubrir a sus amigos y los saludó fríamente.

Las sospechas de Ludovico se trocaron en realidad a las pocas frases cambiadas, y desde aquel punto quedó la liza abierta y partido el sol entre ambos jóvenes. Arturo Law conoció, acaso un po-

co tarde, lo peligroso que es a veces apurar el champagne a mesa redonda y presentar al amigo la mujer querida.

Después de uno de esos rápidos diálogos durante cuyos vertiginosos giros suele tratarse del cielo y de la tierra, de las soirées y de los entierros, Ludovico aprovechó la ocasión para justificar su visita, presentando a Stella el estuche que contenía los diamantes rosas, cuyas facetas, empapadas en luz, derramaron en torno un mar de irradiaciones coloreadas por tintes prismáticos.

La joven, sorprendida por aquella preciosidad inesperada, dejó escapar una imprudente exclamación de alegría: la ilustre quintañona abrió los ojos cuanto pudo. En cuanto a las niñas rubias, agrupándose artísticamente, exclamaron a dúo:

—¡Magníficos, magníficos!

—Arturo Law miraba entretanto desdeñosamente la esfera de su *remontóir* y se mordía los labios con ira.

Sólo por una transfiguración fantástica podía comprenderse que Stella, acostumbrada a los costosos caprichos de la moda y a la posesión de joyas de valor inestimable, se hallase presa de aquel talismán deslumbrador y olvidase hasta cierto punto la proverbial indiferencia con que solía mirar los regalos de Arturo.

Ludovico, por su parte, quedó admirado también. Los diamantes en casa de Kobbey no le parecieron tan limpios ni tan deslumbradores: aquel brillante grupo de piedras preciosas tenía la atrac-

ción de lo incomprensible; no podía haber ido más allá el arte misterioso del lapidario.

—¡Siento mucho no admitir este obsequio, que me obligaría demasiado!—dijo Stella clavando sus voluptuosas pupilas en Ludovico y oprimiendo con mano nerviosa el pequeño muelle de oro del estuche—. Nuestra apuesta no vale tanto, y diríais que os costaba demasiado caro haberme conocido.

Estas palabras hicieron sonreír a Volganf y resonaron en los oídos de Arturo como el rumor del martillazo que clava la caja mortuoria. Mme. Eduvigis, contrariada, se desquitó poniendo cuidadosamente su pie colosal sobre el menudo pie de la que se decía su sobrina, y las niñas rubias suspiraron *in pectore* sin apartar los ojos del estuche perfumado.

Tan embarazosa situación fué terminada por una extravagancia de Volganf. Este volvió a abrir la cajita, arrancó con sus largos dedos las piedras preciosas de su lecho de raso, y, sepultándolas con desenfado en el joyero de ágata y oro colocado sobre la chimenea, exclamó sonriendo cándidamente:

—No se hable más de bagatelas. En la próxima liza buscará Ludovico el desquite...

En vano quiso Stella oponerse; la suerte estaba echada: César se decidía a pasar el Rubicón.

XXV

A la atrevida maniobra de Volganf siguió otra peligrosa tregua, preludio de fatales complicaciones. Arturo Law dejó bruscamente su asiento y se despidió pálido como la cera; Mme. Eduvigis se colocó estratégicamente entre el joyero y su sobrina; las niñas rubias acompañaron con una sonrisita burlona la retirada del joven amigo, y Stella, después de decir adiós al que se ausentaba, con una leve inclinación de cabeza, señaló a Ludovico el mismo sitio que Arturo Law ocupaba, como si quisiera expresar sus deseos por medio de un delicado simbolismo.

Libres del importuno testigo, Volganf y Ludovico pudieron contemplar en todo su esplendor las gracias de Stella. Afable, de finísimo trato y graciosas maneras, saturada de esa erudición de buen tono que tan agradables hace a las mujeres, vestida con el voluptuoso abandono de las hijas de París; Stella parecía llamar hacia sí a los que la contemplaban a la manera irresistible de Lorcley, la maga del mar de las baladas alemanas.

A los pocos momentos Ludovico estaba preso en las redes de aquella mujer, sin que hubiese poder humano bastante a librarlo de tan delicadas mallas. Preguntábase a sí mismo si era posible hallar más gracias reunidas en un solo rostro, y seguía arrobado las líneas curvas de aquel cuerpo encantador, limitado paraíso en el que no faltaba

ni la suave altura cubierta de nieve, ni el delicioso oasis de jazmín y rosa, ni la abundante cascada salpicada de perlas.

Eisseman, poco avezado aún a esas conversaciones de sociedad, en las cuales rastrea la frase como la culebra, rozando suavemente cuanto importa a cada cual de los interlocutores, se descubrió varias veces, haciendo comprender a madame Eduvigis y a las niñas rubias lo que ya Stella tenía casi olvidado: todo el talento de Volganf hubo de estrellarse en el imprudente ardor del educando.

Al despedirse, un trémulo "¡hasta la noche!", cruzado entre Stella y Ludovico, fué como el primer signo de esas intimidades peligrosas, cuyos lazos son a veces tan difíciles de romper como los del célebre carro de Gordio.

XXVI

Arturo Law, entretanto, corría como un loco por el boulevard, dirigiéndose maquinalmente hacia el despacho de la casa Giraud, sus prestamistas y cajeros.

Era Arturo Law *sobrino* único de un anciano canónigo que había cometido la imprudencia de legarle en vida su cuantiosa fortuna, y a quien el joven había matado a disgustos en justa recompensa.

La existencia borrascosa de Law hubiera podido agotar los tesoros de Creso; los del canónigo, que no eran tan vastos, se hallaban a la sazón en las postrimerías, y Arturo soportaba con gran dificultad la enorme carga de sus vicios, entre los que podía principalmente contarse el sostenimiento del fausto y los caprichos de Stella Lucy.

Las complacencias de la casa Giraud, la próspera bola de la ruleta y su constante ventura en el Faraón, eran como los ángeles protectores del calavera y le ayudaban a conservar sus últimas naves. Su tronco inglés, su lacayo y su querida estaban, por tanto, en grave peligro de muerte.

Orgullosa con la difícil posesión de Stella y conociendo por instinto que sólo podía conservarla colmando a la joven de presentes y satisfaciendo sus menores caprichos, sufría horriblemente cada vez que la voz melíflua del cajero de Mr. Giraud recorría partida por partida el largo estado de su cuenta corriente.

La presentación importuna de Ludovico en el hotel de su amada, había venido a hacer más crítica esta insoportable situación y sumirlo en un abismo de inquietudes. Si la munificencia de Ludovico llegaba a cegar a Mme. Eduvigis y a despertar la vanidad de Stella, estaba perdido irremisiblemente.

He aquí por qué volaba hacia el escritorio de la casa Giraud. Necesitaba oscurecer el presente de Ludovico, haciendo a Stella otro más rico todavía; creía fatal y necesario ahogar en la cuna tan peligrosa intimidad y recobrar por medio de

un esfuerzo supremo el puesto que con tantas amarguras había conquistado.

Aquella hermosa mujer, por cuya posesión hubiese dado su alma al diablo, iba a pasar a otros brazos adornada con las mismas joyas que representaban una buena parte de su perdida fortuna.

XXVII

Al penetrar en el escritorio, que no muy lejos del hotel se hallaba, encontró al señor Giraud gravemente colocado ante un atril, con el Mayor abierto y calados los anteojos.

Admirado de que el joven Law tuviese tan frecuentes necesidades, nególe rotundamente los diez mil francos que le demandaba y le hizo recorrer, según costumbre, las dobles partidas del gran libro de verde piel y cantoneras de latón dorado.

Arturo rogó, por la primera vez en su vida, e hizo heroicos esfuerzos por ablandar la sólida corteza de comerciante que encerraba el alma *mercachifle* de Mr. Giraud. Empeño vano; la cuenta corriente arrojaba un saldo de seis mil francos a favor de la casa y el elegante joven salió del escritorio trémulo y sombrío, como un condenado a la última pena.

XXVIII

Por la noche, y en uno de los círculos más concurridos, los salones de *L'Etincelle*, especie de club de Crockford en París, Arturo y Ludovico jugaban al golfo frente a frente, procurando disimular, con esa fina hipocresía del trato, la profunda rivalidad que los separaba. La suerte, propicia al primero, había hecho pasar los diferentes restos del segundo ante su contrario, y la partida tocaba a su término. El rostro de Law, que en aquel punto era vencedor, resplandecía de un modo extraño, a pesar de su probada indiferencia en el tapete.

Al alzarse el juego, el antiguo amante de Stella se encontraba con tres mil quinientos francos, que le venían como de perlas para cumplir en parte su propósito. Podía regalar a su querida un precioso brazalete de estilo mudéjar, maravilla de oro mate y diminutos mosaicos, superior, en su concepto, a los importunos diamantes de Ludovico. Por esta vez había triunfado del destino y creía poder eclipsar la munificencia de aquel César profano, que se había introducido furtivamente en el camarín de su diosa.

El brazalete morisco fué quitado del escaparate aquella misma noche, colocado cuidadosamente en una cajita de cristal japonés con almohadillas de raso rojo, y remitido a Stella con una sencilla tarjeta en blanco.

XXIX

Casualidad inexplicable. El brazalete mudéjar no pareció a Stella del mejor gusto. Más aún: adivinó sin esfuerzo la procedencia.

Las mujeres tienen intuiciones peligrosas, y Volganf supo cometer la imprudencia de revelar a Stella que el afortunado Arturo había ganado a Ludovico un piquillo de miles de francos.

Cuando a la noche siguiente, y según costumbre, Arturo llamó suavemente al vestíbulo del pabellón de Stella, Dominica, su camarera de confianza, lo despidió cortésmente, pretextando que su señora se hallaba indispuesta y necesitaba descansar, a lo menos por aquella velada.

Lo que había pasado fácil es adivinarse.

Ludovico, apasionado y pródigo, contando con las invencibles armas de la fortuna, se había formado en el hotel de Stella un formidable ejército de servidores. Las niñas rubias, Mme. Eduvigis, Dominica, la camarera de confianza, hasta el cochero auvernés de la hermosa *entreténida* ponían cara de vinagrè a Arturo y cara de pascuas al antiguo seminarista.

La admiración llegó a su colmo el día en que dos magníficos y caprichosos carruajes, tirados por sendos troncos de pura raza, se detuvieron a la puerta del hotel y se pusieron al servicio de Stella. Los carros de Alejandro entrando victoriosos

en Babilonia hubieron de admirar menos, seguramente, a los habitantes de la ciudad prostituta.

Madame Eduvigis, conocedora de los caprichos de Stella, estaba intranquila y contribuyó por su parte al desprestigio de Arturo. Convínose en que el antiguo amante no tenía una sola gota de sangre dorada que sudar y en que debía pasar al espoliario lo antes posible.

Recibíasele pocas veces, y alguna que otra se le devolvían las camelias que enviaba con su lacayo; los palcos que venían de su parte se llenaban frecuentemente con las amigas de Dominica, y no volvió a admitírsele una sola cena en la *Maison Dorée*, desde el último convite de Ludovico.

Arturo sufría horriblemente. Revolviéndose contra su suerte, jugaba y perdía; acudía a sus amigos y a sus compañeros de crápula, y encontraba las puertas cerradas: sentía que se le escapaba la presa; que huía como un fantasma hacia otros brazos aquella mujer cuya posesión era su ruina y su felicidad; que no pasaría más noches de locura al lado de aquella estatua de alabastro con labios de fuego.

Los esfuerzos más desesperados fueron inútiles por completo. Dos o tres objetos, comprados a peso de oro con el producto de su tronco inglés y de su rico mobiliario de soltero, alcanzaron la misma suerte que los palcos y las camelias: decididamente los presentes de Eisseman eran más regios o más numerosos.

Sólo teniendo en cuenta la ceguedad de su pasión podía comprenderse que el elegante joven es-

perase resignado una ocasión favorable para volver a los brazos de Stella, y que sufriera impasible los repetidos desaires de que era víctima cotidianamente.

En este estado las cosas, y dos días después del regalo *alejandrino*, Arturo logró penetrar en el hotel de Stella, y, hallándola sola en el jardín, aprovechó la ocasión para pedirle cuenta de su desvío y echarle en cara su frivolidad y su codicia.

Recuerdos evocados, favores traídos a cuento, súplicas amorosas, reproches tiernos, amenazas encubiertas, todo fué en vano: Stella le contestó que había sacrificado su pureza en aras de la libertad, y que cedería sus besos y sus noches cómo, cuándo y a quién quisiera, sin que fuesen parte a torcer sus caprichos ni las lágrimas ni las imprecaciones.

Arturo dejó en el umbral del pabellón su última esperanza.

XXX

La tenacidad de un amante traspasa los límites imaginables y entra en el dominio de lo increíble.

Arturo, después de forjar mil proyectos distintos, entre los que se contaban la fuga, el duelo a muerte, la venganza a mano airada, el suicidio y todo el cortejo de lúgubres proyectos que siguen

como espectros a las imaginaciones de una pasión contrariada, se resolvió a recorrer aún el camino del crimen, si en su espinoso y sangriento tránsito había de encontrar oro que esparcir a las plantas de Stella.

Razonador en medio de sus espantosas alucinaciones, había comprendido que no era la personalidad de su rival la que tenía que vencer en la lucha, sino la poderosa fortuna de que parecía disponer a su antojo.

Perdido en este mar de encontrados pensamientos, y caminando, caminando como un sonámbulo, pasó toda la tarde en los boulevares, sin saludar a los amigos ni detenerse un punto, hasta que el cansancio y las insinuaciones de su estómago le hicieron tomar la ruta de su habitación.

XXXI

Al salir del hotel, después de anochecido, hallóse con el cajero de Mr. Giraud, especie de pájaro con nariz larga y ojos saltones, que envuelto en su largo redingot de paño verde tarareaba en voz baja un vals del *Fausto*, encaminándose a la cervecería de *l'Etoile*, su frecuente paradero.

Durantes las repetidas visitas de Arturo al escritorio de Giraud habían tenido ocasión de conocerse mutuamente y de convenir *sotto voce* en

que el dinero había sido, era y sería, único raudal y fuente perpetua de todos los placeres de la tierra.

Esta comunión de ideas estableció entre ambos cierta correspondencia simpática, incomprensible dado el opuesto estado social de uno y otro, pero perfectamente explicable por la identidad de sus vicios y de sus pasiones.

Con este acompañante, y después de desahogar su cólera en imprecaciones y apóstrofes al amor, a la amistad y a la fortuna, penetró Arturo Law en la cervecería, tomando plaza en el ángulo más sombrío y en la mesa más solitaria.

Lo que hablaron aquella noche Arturo y el estrambótico cajero de la casa Giraud, jamás ha podido saberse, pero es fácil colegirlo por la sucesión de los acontecimientos.

Cuando en la noche del día siguiente Arturo volvió a ver a Ludovico y a Stella en el teatro de la Opera, los saludó con una de esas sonrisas que expresarían para el fisónomo Lavater todo un mundo de proyectos tenebrosos y de alegrías satánicas e incomprensibles.

XXXII

Ludovico entretanto no perdía el tiempo. Pasaba la mayor parte del día en casa de Stella y equivalía la presencia de Volganf, que lo contem-

plaba de una manera misteriosa cuando por casualidad lo veía encaminarse al hotel de la hermosa *entretenida*.

Las familiaridades que Ludovico había conseguido permitirse en casa de Stella costábanle, es cierto, bien caras, pero en cambio le proporcionaban goces inestimables, por cuya conservación estaba dispuesto a sacrificar raudales de oro.

Asistía al tocado de Stella, admiraba la deslumbradora coquetería de su elegante *deshabillé* y dejaba vagar su imaginación de fuego por los horizontes de la posesión absoluta.

Las mañanas cerca del piano o de la mesa de labor, las tardes en los merenderos y los kioscos del jardín, las noches en el palco de la Opera o en los estrados del Circo, pasaban y pasaban rápidamente, sin otra sombra importuna que la presencia de Arturo o las insidiosas preguntas de Volganf, que de vez en cuando les acompañaba.

Stella, siempre deslumbradora de voluptuosidad y hermosura, sólo sonreía para él; sólo a él envolvía en sus largas y embelesadoras miradas; sólo en las suyas solía dejar su mano blanca y pequeña como la flor del almendro; sólo él, en fin, podía contemplar sus brazos ebúrneos y sus hombros curvos, medio velados por los encajes de un peinador ligero y provocativo.

Los deseos corrían como bacantes, unos tras otros, y se atropellaban atizando la hoguera que lo devoraba. Había llegado la hora de vencer a aquella virtud de diamante... y *pedras preciosas*, de apurar la copa de los placeres que rebosaba

en el altar del deleite. La noche siguiente a aquella en que Arturo hacía el último esfuerzo por detener la voltaria rueda de la desgracia, combinando algo extraño con el del verde redingot, fué la designada por Stella para recibir a Ludovico en su amoroso santuario.

La ley de los contrastes ha sido siempre la eterna ley de la vida.

XXXIII

En las primeras horas de aquella noche rica en placeres y desventuras, Cristian Volganf entretenía sus ocios contemplando al joven, que, gravemente colocado ante su espejo, se acicalaba con el esmero de una doncella que aguarda la revelación vedada a Psiquis.

Concluídos los más minuciosos detalles, abierto el esenciero, que contenía los perfumes de moda, y calzados los guantes de suavísima piel y menudos respuntes, Ludovico hizo presente a Volganf que por aquella velada no podía tener el gusto de estar a su lado.

Volganf no pareció hacer alto en la noticia y le replicó que no se ocupara de tan insignificante contratiempo. Según añadió con cierta soflama "su educando iría siempre con él, a pesar de todo, no importando gran cosa la proximidad de los cuer-

pos, una vez preestablecida la unión armónica de las almas”.

Colocado en otra situación cualquiera la respuesta impertinente de Volganf y las preguntas insidiosas que siguieron, hubieranle hecho meditar seriamente, mas llegadas las cosas a tal punto, las palabras debían pasar por sus oídos sin dejar la menor huella.

Volganf, recordando el *Vox clamantis in deserto*, no volvió a despegar los labios. En cambio abrió su colosal cartera de piel, y, sacando un rollo de billetes de a quinientos francos, se los entregó diciéndole:

—¡Es cuanto necesitáis por esta noche!...

Sobre la faja que contenía los billetes se veían escritas en letra clara y redonda estas palabras:

————— *Stella Lucy.—Primer precipicio.*

XXXIV

Quando Ludovico se dirigía al hotel de Stella, una de esas noticias tan frecuentes como terribles esparcíase por los bulevares de la gran ciudad, llenando de tristeza y pavor a los ánimos rectos y a los pechos misericordiosos.

La reputada casa banquera Giraud & Cie. había sido robada a la caída de la tarde y cosido a

puñaladas, sin exhalar un solo grito, el anciano y honrado gerente Mr. Charles Giraud.

Los malhechores habían huído milagrosamente, llevándose ciento cincuenta mil francos y varias alhajas, entre las que se contaba un magnífico collar de perlas negras, joya familiar de un valor inestimable.

La razón social Giraud & Cie., por ser cajeros de Arturo Law, era bastante conocida de Ludovico, y no tuvo a buen presagio, en aquella noche, ser uno de los depositarios de la noticia.

Ciertos acontecimientos son como los nublados; hacen sombra desde lejos. Sin embargo, las claridades del deseo y el calor de la pasión, acentuándose a medida que se acercaba a la morada de Stella, colorearon la bruma de los pensamientos de Eisseman y despertaron una aurora completa.

La hora había llegado: Dominica asomaba su bujía desde un cómodo observatorio, y la voluptuosa Stella debía esperarle en su nido azul y blanco.

Las sombras se quedaban, como Abrimanes, a las puertas del cielo.

El hotel de Stella Lucy parecía levantado por los arquitectos de Francisco I, y según los preceptos de su Diana. Las precauciones exquisitas observadas en su construcción debían dar misterioso realce a las aventuras que tuvieran lugar en su seno.

En sus escaleras, cubiertas de alfombras, morían los pasos, y se lanzaba el ánimo en esas indecisas penumbras, présagas de raudales de luz

inmensos. Ludovico se perdió en las revueltas de una de esas espirales de antepecho y pasamano labrados, maravillas de las fundiciones de hierro de nuestros días y disimulados caminos de la casa moderna.

Al abandonar el último escalón y poner el pie en un pequeño vestíbulo que conducía seguramente al dormitorio de Stella, tuvo necesidad de aguardar a Dominica, que aún no había llegado, y permaneció un momento a oscuras.

¡Cosa extraña!... Iluminado, como un relámpago rojizo, este corredor cubierto y en un espacio de tiempo casi indivisible, vió Ludovico, o creyó ver, la negra silueta de Volganf, que pasaba ante él silenciosamente, llevando sobre el costado izquierdo la misteriosa redoma de *Homúnculus*.

A la manera de un vaso que rebosa, o de un ánfora que se vuelca, los recuerdos de Ludovico rodaron rápidamente por su cerebro, sumiéndolo en un abismo de indescriptibles confusiones.

¿Era tiempo aún de retroceder?...

La gentil presencia de Dominica, que apareció en la puerta de enfrente, envuelta en su bata blanca y tibiamente iluminada por la luz de la palmaria, disipó aquella visión fantástica y trajo de nuevo la tranquilidad a Ludovico.

Era la hora de los misterios: media noche en punto.

XXXV

Ludovico siguió a la doncella al través de habitaciones conocidas. Al llegar a la antesala del dormitorio de Stella, la discreta servidora se retiró cortésmente.

Stella apareció ante Ludovico vestida con delicioso abandono, haciendo gala de la corrección de sus hombros y de las perfectas curvas de su seno, deslumbradora de belleza, con uno de sus pequeños dedos sobre los labios, a la manera del ángel del silencio, y deslizándose sobre la alfombra como una silfa de *Las mil y una noches*.

Eisseman se encontró a solas por la primera vez de su vida con aquella mujer, toda suya, a juzgar por las apariencias. La indecisa luz de las lámparas, cubiertas de bombas opacas; el tibio reflejo que daban aquellas mismas luces en las paredes forradas de raso, tenían algo de la languidez oriental o del refinamiento de la época del Aretno y Julio Romano.

Para el soñador de Ludovico aquella primera aventura tenía tanto de estética como de erótica; su principal encanto era la relación de plasticismo que parecía compenetrar a la hornacina y a la imagen, al camarín y a la divinidad que lo ocupaba.

Cuanto la coquetería y el buen gusto habían podido reunir para hacer agradables las horas, resaltaba allí, sin aglomerarse, en aquellas habi-

taciones, especie de templo de Isis, cuyos pesados cortinajes no debían levantar manos profanas.

El cómodo *puf*, la indispensable duquesita, y ese mueble moderno que recuerda por lo voluptuoso el lecho romano cubierto de flores, habían sido colocados por brazos hábiles en lugar expresivo y conveniente.

Las anchas lunas de Venecia llenaban los frentes; las figuritas de Sèvres, tan prodigadas en tiempo de Luis XIV, decoraban las tapas de mármol de las chimeneas y de los centros; una copia de la Danæ de Rubens, para cuya obra parecía haber servido la joven de modelo, se inclinaba graciosamente sobre la puerta del dormitorio.

Stella hizo sentar a su lado a Ludovico; dejó que este asiera apasionadamente su mano, aristocrática y diminuta, y comenzaron las confesiones y las confianzas.

—Siguiendo el hilo de aquel diálogo encantador, lleno de giros peligrosos, de reticencias inevitables y de éxtasis imprevistos, pocos imaginarán que aquella niña pudiera vender sus gracias por un rollo de billetes de Banco o un puñado de piedras preciosas.

Estremeciase como una novicia y se ruborizaba como una virgen: su frente estaba tersa y tranquila como esos lagos en cuyo fondo se oculta el lé-gamo, pero en cuya superficie nada el cisne y riela la luna. Lord Byron la hubiera llevado a su góndola del Lido, y Juan Jacobo Rousseau a su casita de Chambéry.

El alma humana tiene sinuosidades incompre-

sibles. La educación había refinado las pasiones y los vicios de aquella mujer, dando a sus manifestaciones los caracteres de la virtud y de los afectos desinteresados. Cómo y por qué se obran estas transformaciones, puede preguntarse a Ignacio de Loyola, a Luis Onceno y a Catalina de Médicis.

Ludovico recorrió en esta sola noche, y por una gradación inesperada, esa difícil escala que comienza en la súplica y acaba en la posesión. El nombre de Arturo Law y el siniestro de la casa Giraud se desvanecieron como un nubarrón que se traduce en lluvia.

Cuando el alba penetró suavemente por los cristales del aposento, Ludovico halló uno de sus sueños realizados a la luz del día y experimentó una deliciosa fruición al contemplar los vidrios del cielo empañados por su aliento y el de su amada, que se reclinaba aún sobre su seno.

Dominica, tocando con discreción a la puerta de aquel santuario de Eros, dió a entender al feliz Romeo, que callaba el ave de la noche, y era preciso partir.

XXXVI

Ludovico salió del aposento de Stella radiante de orgullo y de felicidad, como César de las Galias y Aníbal de Capua.

Pero, como suele acontecer a los conquistadores,

salió al paso algo terrible como el puñal de Bruto o el veneno de Bitinia. Sobre el centro de mármol de la antesala vió distintamente, y con los ojos de la carne, un estuche de gran tamaño entre cuyas tapas se sostenía un pequeño billete con estas palabras en el sobrescrito: "De Arturo".

El nuevo amante de Stella palideció profundamente y se lanzó como un loco sobre el estuche, apoderándose al propio tiempo de la importuna misiva. En vano Dominica, que le precedía, trató de interponerse y estorbarle: la evolución fué tan rápida que no hubo medio de conseguirlo. Las tapas se abrieron, a la manera de las mandíbulas de un plesiosauro, y dos filas o sartas de hermosas perlas negras, que formaban el más rico y primoroso collar del mundo, aparecieron ante Ludovico como por encanto.

La vista de aquella joya fatídica hízole tal impresión, que castañetearon sus dientes y se erizaron sus cabellos. El collar era, seguramente, el mismo que había figurado en el drama sangriento de la casa Giraud, y el nombre de Stella, el suyo acaso, unidos a aquel horroroso proceso, iban a resonar, para baldón perpetuo, bajo los artesones del Palacio de Justicia.

Ludovico permaneció un momento inmóvil, petrificado, sin atreverse a avanzar ni a retroceder un solo paso. Quiso interrogar a Dominica, pero ésta había desaparecido intencionadamente, cerrando la puerta que conducía al gabinete de su ama y echando la llave por dentro.

Irresoluto, trémulo, y sin saber qué partido to-

mar, recordó que tenía aún entre las manos el billete de Arturo, y se decidió a abandonar aquel lugar para poder leerlo a sus anchas.

Al descender por la escalerilla secreta le pareció llevar ante sí un terrible triunvirato: Stella, Arturo y el cadáver de Mr. Giraud.

El castillo de naipes de sus deleites de la noche se había desplomado al impulso de una débil racha de viento.

XXXVII

Los alegres ruidos de la mañana y el paso indiferente de los transeuntes hicieron a Ludovico volver a las realidades de la vida ordinaria, separando de sus sienes el círculo de hierro.

Compuso su semblante, para no llamar la atención de los curiosos, y aceleró su marcha con la idea de buscar un sitio a propósito donde pudiera devorar el billete y entregarse a sus meditaciones.

Presto consiguió su propósito. Abriáanse a la sazón las puertas de un pobre establecimiento, dedicado a servir almuerzos a los mozos de cuerda, y Ludovico penetró en él sin ceremonia.

Sirviéronle una tostada, que no tocó; pero, en cambio, pudo leer el billete de Arturo a la escasa luz de una sucia claraboya.

La fatal misiva, que parecía escrita por la mano

de un calenturiento, estaba concebida en estos términos:

"Stella: fuí vencido por el oro de mi rival en la subasta de tu cuerpo, y sé que no volveré a poseerte sin doblar el precio del remate.

"El pugilato entre mi destino y yo, vuelve a entablarse con probabilidades de éxito; seré rico o dejaré de existir. ¡Qué es la vida sin oro!... o, mejor dicho, ¡¡qué es la vida sin riquezas que arrojar a tus plantas!!...

"Acabo de llevar a feliz término una de esas empresas que abren al hombre todos los senderos... ¡hasta el del patíbulo! El collar de perlas que recibirás con esta carta es una de esas joyas que no tienen precio: trabajo costaría a tus rivales del Bosque de Bolonia llevar al cuello otra alhaja semejante.

"Como eres el ídolo de mis placeres, a pesar de todo, como he vendido mi alma a Satanás para comprar tus noches, te juro que no perderás el tiempo conmigo y que puedes impunemente despedir, por medio de Dominica, a ese barbilampión que acabará por ridiculizarte.

"Te advierto que he jugado el todo por el todo, y que volverás a ser mía, de grado o por fuerza. ¡No se arrojan en vano a las plantas de una mujer el corazón, la honra y la fortuna!... ¡Adiós!

"ARTURO."

El último párrafo de esta alocada epístola y la firma de Arturo estaban trazados con tal vehemen-

cia, que los puntos de acero de la pluma habían rasgado el papel en dos mitades. Los caracteres eran iguales, angulosos y confusos.

Ludovico leyó y releyó el billete una y otra vez, costándole gran trabajo desentrañar el verdadero sentido de aquellas líneas.

Al conocer a Stella no había creído hallar la virgen de los primeros amores: deslumbrado más bien que avasallado, ávido de sensaciones nuevas y no de afectos ideales, la había seguido como se sigue a la seducción, en cualquiera de sus revelaciones externas, sin cuidarse de los medios y vislumbrando un fin probable; pero esto había acontecido como podía acontecer tratándose de un soñador perpeúo, cual Ludovico; afectando Stella todas las plenitudes, siendo la falsa imagen de la virtud y de la pureza. La grosería de la verdadera hetaira. la franca debilidad de la *entretendida*, tal como es ella, no hubieran logrado atarle al carro de las liviandades.

El vicio había alcanzado en Stella tal alteza de manifestación, que no produjo en Ludovico el desencanto. Acaso, al acercarse a ella, la vanidad satisfecha y el aguijón de la rivalidad llenaron el vacío, que sin duda alguna, dejara en su ánimo el conocimiento de una realidad, bella también, pero no en el orden de las bellezas incorpóreas.

El billete de Arturo había venido a descorrer el velo y a despojar al ídolo de sus coruscantes vestiduras. Stella, a juzgar por aquellos períodos reveladores, era algo más que una hetaira vulgar, era una mujer criminal y peligrosa.

No se trataba ya de vender sus gracias a un tanto alzado; no eran sus empeños el fausto y las riquezas conseguidas por el medio fácil de una conquista amorosa, quería más aún; ambicionaba mucho más que eso; ansiaba llegar al pináculo de la fortuna, pasando por encima de las honras y de los cadáveres de sus adoradores.

Ludovico dejó caer la frente entre las manos y ahogó un suspiro de despecho. En sus extravagantes imaginaciones, maldijo a la educación que, avivando, según él, los sentidos al par de las inteligencias, había producido mujeres como Aspasia, Safo, Lucrecia y Mesalina, y hombres como Salomón, Julio César, Enrique IV y Luis XIV.

Sin el baño de oro de la educación, decía el antiguo seminarista, se conocería la falsedad de ciertas monedas de mala ley, a pesar de la majestad y pureza de sus bustos.

XXXVIII

No obstante la elocuencia de los hechos y la triste verdad de las revelaciones anteriores, Ludovico salió del figón dudando aún; preso todavía en la dorada tela de araña que Stella Lucy le había tendido.

Neófito en la terrible iniciación de los vicios, se retorció y flaqueaba en la primera prueba.

Quedábale la última tabla, la duda; esa especie de comodín multiforme que se adapta a las combinaciones más descabelladas y hace verosímiles los más absurdos argumentos.

Hizo a sus mismas afirmaciones una y otra objeción; quiso no creer lo del collar de perlas y la carta de Arturo, y se decidió por último, a esperar los sucesos, descansando, como en un oasis en el recuerdo de las caricias de Stella.

Cuando se halló en su habitación arrojóse en el lecho, sin desnudarse apenas, durmió, o, mejor dicho, intentó dormir hasta bien entrado el día.

El golpe del timbre que anunciaba la hora del almuerzo, le hizo dirigirse al comedor, donde se hallaba Volganf amenizando los postres con sus genialidades y agudezas.

Eisseman inmutóse un tanto al verle, recordando acaso la aparición nocturna en casa de Stella; pero presto le tranquilizó una de sus afables sonrisas.

En el momento en que Ludovico tomaba plaza en la mesa redonda, un moffetudo napolitano, célebre entre los compañeros de hotel por su insaciable curiosidad y su charlatanería sempiterna, leía con voz campanuda, en *La Patrie*, los detalles del drama sangriento de la casa Giraud, y acompañaba la lectura con enfáticos comentarios de su cosecha.

—Sí, señor—decía dirigiéndose a un alsáciano coloradote que lo escuchaba con tanta boca abierta—, aquí está Mr. Eisseman, que no me dejará mentir; ese Arturo Law parecía un buen chico, y a

poder interrogarle se probaría su inocencia indisputablemente.

—Estáis equívocado—replicábale un jovencillo imberbe y presuntuoso que se preparaba para el doctorado sin recordar las asignaturas del bachillerato—. ¿Cómo se explicaría entonces el encuentro de esos billetes de banco sobre su cadáver?...

Ludovico, que se preparaba a contestar una vulgaridad cualquiera a la alusión del napolitano, quedó sin aliento, cual si se hallase bajo una campana neumática, y disimuló mal su turbación apoyándose en el respaldo del asiento.

—¿Pero ha muerto Arturo Law y se le cree cómplice del cajero?...—preguntó al fin con voz temblorosa y bajando los ojos ante la penetrante mirada de Volganf, que salió al encuentro de la suya.

—Vamos, sois un témpano del Rhin por lo pesado y por lo indiferente—repuso el estúpido napolitano—. ¿Quién ignora que el antiguo cajero de la casa Giraud y el calavera Law son los presuntos autores del crimen? ¿Quién no sabe que al amanecer ha sido hallado el cadáver de Arturo, deshecho el cráneo y atravesado en las losas del Puente Nuevo?...

—¡Permitidme!...—dijo Ludovico presa de una emoción delatora y arrancando el periódico de manos del napolitano—; no tengo detalles del suceso y me sería imposible emitir mi opinión sin conocerlo. Y más que leyendo, devorando la relación de la catástrofe, supo con sorpresa que Artu-

ro Law había sido muerto de un martillazo en la nuca, poco después del terrible acto, y, según todas las probabilidades, por no haber querido entregar a su compañero de infamia una de las ricas joyas alzadas en aquella recolección sangrienta.

El desasosiego y la emoción de Ludovico llegaron a tal punto, que se hicieron perceptibles para los circunstantes. En vano trataba de dominarse: tal suma de desdichas y tal cúmulo de sorpresas hubieran logrado rendir al mismo Anteo.

Volfanf acudió como siempre al auxilio de su educando, haciendo comprender a los que lo rodeaban que la desgracia de su conocido Arturo, elegante calavera antes de ser asesino, había afectado naturalmente a Ludovico por lo trágica y lo inesperada.

XXXIX

Los detalles publicados por *La Patrie* eran rigurosamente exactos: por lo demás, el suceso nada tenía de extraño en la gran ciudad, donde los dilapidadores y criminales solían pertenecer a las clases sociales más elevadas.

Para Eisseman estaban claros los acontecimientos: no pudiendo soportar Arturo la ruinosa competencia entablada fatalmente entre ambos, había

acudido al último extremo: las perlas negras enviadas a Stella con tal premura fueron pagadas por su rival demasiado caras. Le habían costado la vida.

Ya más tranquilo, y solos en el saloncillo de fumar, Ludovico refirió a Volganf cuanto le había ocurrido, ocultándole, sin embargo, la aparición de la redoma fantástica, por creerla una de sus alucinaciones.

—¡Aconsejadme, prescribidme cuanto he de hacer!—decía el antiguo seminarista, dando vueltas a los acontecimientos en su enardecido cerebro.

—En vano me pedís mandatos y consejos, mi joven amigo—decíale Volganf con su pasividad eterna—; ni ellos habían de ser tales que os satisficiesen, ni os harían cejar un punto en vuestros deseos impetuosos.

—¿Cuál es entonces vuestra misión cerca de mí?—repuso Ludovico vivamente contrariado—. ¿Qué os proponéis siendo el mediador complaciente de mis pasiones y el fiscal impasible de mis actos...?

Cristián Volganf (1) se estremeció ligeramente y habló así:

—Ya os lo he dicho en otra ocasión. Señalaros el precipicio, conservar íntegra vuestra voluntad y consolaros en las imaginarias desventuras de la tierra.

Ludovico iba a replicar aventurando una negación rotunda; pero recordó la nota escrita por

(1) C. V.—Conciencia.

Volganf sobre los billetes de banco, y se mordió los labios con despecho.

—Además—siguió diciendo el misterioso inseparable de Ludovico—, vuestras niñerías y calaveradas no deben preocuparnos por ahora. Tenemos en casa, y como quien dice sobre el tapete, cuestiones muy arduas, de que voy a daros cuenta.

Ya sabéis que por razones de amistad y mutua conveniencia, vuestro padre y yo reunimos nuestros capitales en el giro y en los transportes marítimos; pues bien, dos de nuestros hermosos vapores de la carrera del Atlántico y una de nuestras respetables casas banqueras de Escocia acaban de irse a pique en estos momentos: los barcos, a causa de la inconstancia de las olas, y la banca, a impulsos de la perfidia de los hombres. Esto quiere decir—concluyó Volganf, como para contestar a un movimiento de fastidio de Ludovico—que tenemos que arreglar para el ejercicio entrante nuestro presupuesto de gastos.

Eisseman no comprendió al pronto lo trascendental de la noticia, y se encogió de hombros por contestación única. Le era imposible concebir cómo un hombre tan fabulosamente desprendido como Volganf daba tanta importancia a la pérdida de algunos millones de francos, y tan poca a la serie de *graves acontecimientos* que a la sazón le rodeaban.

—Sea como queráis, caro protector—dijo después de una pausa, durante la cual pensó sin duda en su querida—; haremos economías, y Cristo con todos. En cuanto a Stella...

Los labios un tanto mefistofélicos de Volganf se dilataron imperceptiblemente. En aquella cándida reticencia de Ludovico había sorprendido un ensamiento de que el mismo Eisseman no hubiera osado darse cuenta.

—No será tal nuestra crisis financiera—dijo esquivando hábilmente lo que se refería a Stella Lucy—, que os prive de lo necesario y os arrebatte todo lo superfluo. Los buenos oficios de nuestro procurador Andersen lograrán tal vez reintegrarnos de las pérdidas, y en ese caso...

Esta otra reticencia de Volganf pareció contestar satisfactoriamente a la inconsciente e incompleta declaración de Ludovico. Creyéndolo así, el asendereado seminarista no se detuvo en nuevas consideraciones.

—¿Queréis mis billetes?—dijo alargando a Volganf su elegante tarjetero.

—No tal, mi caro joven—contestó Volganf intencionadamente—; pero os advierto que no los prodiguéis, porque sería penosa tarea reponerlos.

Y diciendo esto, y pretextando la terminación de una venta urgente, que Ludovico entendió ser la de sus lujosos trenes, salió del salón, estrechando cariñosamente la mano de Ludovico y excitándole a sufrir con paciencia las inesperadas burlas de la suerte.

XL

Solo con sus pensamientos, el antiguo seminarista ensayó, como siempre, la lógica de la pasión para trazarse la línea de conducta que habría de seguir.

Sus primeros pasos en la vida profana habían sido dados sobre rosas; pero al hollarlas sentía los pies ensangrentados: estaba sujeto a esa ley incomprensible que une la espina a la flor, el deseo al hastío y el placer a la amargura.

A pesar de esto, su maravillosa fuerza de abstracción pasional, servíale como de ardiente bálsamo; atenuaba el dolor de la insidiosa picadura; dábale fuerzas nuevas para continuar el comenzado viaje: Ludovico no era el caminante que retrocede, sino el que avanza a pesar de las dificultades y los obstáculos del sendero.

Dada la tregua necesaria, y considerados en primera relación cada uno de los acontecimientos que tan rápidamente se habían sucedido, se tranquilizó, hallando en ellos aquellas determinaciones que le podían ser favorables.

En efecto, vistas las cosas como podían ser, ni Stella Lucy era culpable, ni él tenía responsabilidad alguna en la fatal catástrofe de Arturo, ni importaban gran cosa para el éxito de sus planes algunos millones más o menos.

Indudablemente su imaginación visionaria y romancesca le había llevado demasiado lejos, dan-

do a los acontecimientos un valor fabuloso y una trascendencia, que ni tenían ni podían tener en modo alguno.

La carta de Arturo explicaba satisfactoriamente el hallazgo de las perlas negras en casa de Stella, siendo cosa indudable que la joven no tenía de ello la más ligera noticia. Stella, por su parte, había sido villanamente engañada por Law, y sólo por costumbre amaba el lujo y la molicie. Ser pobre o rico en nada podía influir para conservar el predominio que da, en ciertos casos, la posesión absoluta: en cuanto a la exigua sombra de criminalidad que parecía flotar sobre Stella, nadie podía señalarla sino por conjeturas anómalas, según estos apasionados razonamientos.

Ahora bien: ¿debía abandonar la posesión de aquella hermosura, huir de tan enloquecedora tentación por necios escrúpulos de conciencia, por fútiles exageraciones, por vagas reminiscencias de seminario?

¡No, y mil veces no! Stella era desdichada, pero no vil; sentía, pensaba, era capaz de amar; lo amaba por sus méritos y no por sus dádivas.

La prueba terrible, el fatal collar de perlas negras, había desaparecido ya, o podía desaparecer por cualquier medio, sin comprometerla, sin manillarla, sin empañar su nombre enloquecedor y rutilante. Stella recibiría con la misma indiferencia con que él la había recibido, la noticia de su pobreza, y ambos olvidarían los crímenes y los naufragios para mecerse de nuevo en las suaves ondas de la ilusión y de los deleites. Respecto a Ar-

turo, Ludovico tomaría sobre sus hombros la legal tarea de hacer ahorcar al cajero de Mr. Giraud, aplacando de este modo sus manes y se impondría a más la obligación de colocar, el 2 de noviembre de cada año, una corona de pálidas flores sobre su mancillada tumba.

El cerebro humano es con frecuencia un colosal cajón de sastre, de donde suelen salir retazos que valen un *mundo*. En este cajón inmenso hay recortes de todos los colores, solicitados por la razón, y con ellos vestimos nuestros fantasmas cotidianamente.

Ludovico, durante sus soliloquios, había extraído del cajón de su mente todos los retazos color de rosa.

XLI

Las horas de aquella tarde, y una buena parte de los billetes de banco, fueron invertidas en procurar el enterramiento de los restos de Arturo lejos de la fosa común. Para esta difícil tarea valióse Ludovico de los piadosos oficios de la Hermandad de Caridad, establecida cerca del cuartel de Inválidos.

Cumplido este, a su juicio, ineludible deber, y después de haber acompañado a Cristián Volganf, que se ocupaba en la venta de sus trenes, Ludo-

vico, ya dueño de sí, dirigióse resueltamente al hotel de Stella Lucy.

Caía el sol, y hallábanse, como siempre, en el salón de confianza Mme. Eduvigis y las niñas rubias, comentando con énfasis y lúgubres espasmos oratorios el palpitante acontecimiento.

La entrada de Ludovico produjo exclamaciones afectadas, estudiados lloriqueos y fútiles observaciones; mas ni una sola frase dió a entender que el hallazgo de las perlas negras fuese conocido por Madame ni por sus amigas. Stella, perfectamente tranquila, y parca, por demás, en el curso de la conversación, deploró la desgracia de Law; pero no se olvidó de indicar por lo bajo a Ludovico que lo esperaba aquella noche.

El joven salió del hotel convencido plenamente de la lealtad de Stella y anhelando el momento de volverla a ver.

A hora conveniente, y previos los sabidos preliminares, Ludovico seguía de nuevo a Dominica al través de los pasadizos misteriosos, habiendo confirmado, con el testimonio de ésta, sus deducciones sobre la procedencia y paradero del collar fatídico.

Precisos eran, sin embargo, todo el esplendor de las gracias de Stella, todo el prestigio de su provocativa hermosura, para hacer olvidar el funesto nimbo de sombra que parecía rodear su cabeza.

Al presentarse Ludovico, su cuello sin adornos, acaso intencionadamente, parecía demandar la ne-



gra sarta de perlas alcanzada a tanta costa por el criminal Arturo.

Llegado el momento oportuno, Eisseman, aventurándolo todo, exigió a Stella la explicación del enigma, mostrándole la carta de Arturo y confesándole, al propio tiempo, su posición difícil y precaria. Ni el rostro de Stella perdió una sola de sus reposadas líneas, ni se alteró en lo más mínimo el timbre suave de su acento. Ludovico se vió libre de la insoportable carga de sus dudas, y supo, con placer, que la joya fatal había sido deshecha y arrojada a la cisterna del jardín por mano de la fiel y previsora Dominica.

Dulces confidencias siguieron a tan difíciles afirmaciones. Pocos momentos después la carta delatora ardía al contacto de la llama de la palmaria, y uno de sus calcinados y negros residuos, impulsado por el viento, y a la manera de esos insectos de negras alas que suelen penetrar en las habitaciones, se detenía fantásticamente sobre el seno desnudo de Stella Lucy.

XLII

Siete días después de esta entrevista, que fué seguida de otras, cuando el iluso joven se creía más seguro de la posesión de su tesoro, encontró en el hotel de Stella, y en calidad de contertulio, a

un rico *yankee* conocido en París por sus locuras y por sus *ingenios*.

¡Raro caso! Cristián Volganf había vendido a este mismo *yankee* sus carretelas y sus troncos ingleses, y Ludovico se sintió humillado en presencia de la mujer amada.

Observando la aduladora charlatanería de las niñas rubias y las genuflexiones de Mme. Eduvigis, Ludovico recordó involuntariamente su primera visita al hotel y el mal efecto que su presentación produjo en igual caso.

Las analogías fueron completas: aquella noche Stella cerró sus puertas a Ludovico, de la misma manera que las había cerrado a Arturo.

¿Qué nueva complicación se preparaba? ¿Qué genio maléfico se entretenía en desbaratar las dichas del joven en su plenitud más deslumbradora? ¿Por qué se amontonaban de nuevo las nubes en su horizonte apenas despejado?...

Inútiles consideraciones: la verdad del caso era que volvían a levantarse las sombras sobre la cabeza de Stella.

No atreviéndose a dar crédito a sus aciagas suposiciones, y en un acceso de desmedido amor propio, quiso martirizar a su vez a Stella ensayando un plan de campaña que hallaba su fundamento en la pasión que había creído inspirar a la hermosa napolitana.

Para ello, se decidió a no volver a verla durante tres días, a contar desde aquel en que había hallado cerrada la puerta de su pabellón secreto.

Así lo hizo. Pretextando una ligera indisposi-

ción, apenas salió de sus habitaciones los dos días primeros; y como Cristián Volganf sonriera incrédulamente al verle tomar una tisana, le aseguró, bajo su palabra, que se sentía mal del corazón y de la cabeza.

Un resultado lógico produjo en el ánimo de Ludovico la reclusión voluntaria que tan cándidamente se había impuesto.

Abultados por la tenacidad de los recuerdos los placeres que había apurado en brazos de Stella; embellecidos por efecto de perspectiva los tesoros de aquella belleza fácil y asequible, el joven sintió crecer su pasión, su deseo o su capricho, convirtiéndose para él en necesidad imperiosa la posesión de la sobrina de Mme. Eduvigis.

Asombrábase él mismo considerando cómo se desarrollan interiormente las prodigiosas raíces de los deseos, cómo abarcan por entero nuestro ser y cómo impulsan, al cabo, nuestra actividad toda hacia los cuatro vientos del extravío.

Los móviles que habían arrastrado al crimen a Arturo Law eran ya para él claros y comprensibles.

Impaciente, en la tarde del tercer día, decidióse a visitar el hotel del boulevard des Capucines, aun a trueque de encontrar al lado de Stella la atildada personalidad del rubicundo *yankee*.

Volcó su cofre, como suele decirse, y se encaminó a la mansión de su adorada, batallando interiormente con sus dudas y sus presentimientos.

Al divisar el edificio detúvose como si le hubiera asido una mano de hierro y palideció pro-

fundamente. Las puertas del hotel estaban abiertas de par en par y multitud de personas de ambos sexos salían y entraban alternativamente.

El aguijón de lo desconocido le hizo avanzar de nuevo, hallándose, al cabo, confundido en aquella marea flotante.

Pronto conoció de lo que se trataba. Multitud de objetos, muchos de ellos de él conocidos, eran remolcados por los que salían, escuchándose en el interior del patio la voz campanuda de un faraute de ventas públicas, que declaraba a pregón el número y calidad de los objetos subastados.

Un témpano del Rhin que hubiese caído sobre el corazón de Ludovico le hubiera causado impresión más grata que el espectáculo que se presentó a sus ojos.

Lo inesperado aturde; lo temido pulveriza: Ludovico sintió que latían sus sienes y que se le iba el pavimento bajo las plantas.

Algunos instantes transcurridos diéronle aparente tranquilidad, y pudo darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo. Un elegante mayordomo presidía las operaciones y daba órdenes acá y allá para el buen término del acto.

Acercóse al corro de compradores. Subastábase en aquel momento el joyero de ágata y oro donde Volganf sepultara los diamantes rosas, y Ludovico logró adquirirlo sacrificando para ello uno de sus billetes de quinientos francos.

—Decidme, buen amigo—se atrevió a decir, acercándose con aparente jovialidad al elegante

doméstico—, ¿a quién pertenecen los efectos de esta almoneda?

—¡Caballero—repuso el mayordomo, interpretando a su manera la pregunta de Ludovico—, son los muebles inútiles de Mme. Eduvigis Cour de Lucy, que acaba de partir para Rusia: podéis llevarlos sin cuidado!

—Dispensad mi impertinente curiosidad—añadió Eisseman alargando un excelente tabaco al desconocido—: ¿Su sobrina Stella la ha acompañado también?...

El mayordomo miró a un lado y a otro, como para dar a su respuesta el valor de una confianza, y contestó al joven en voz baja:

—¡Psch!... ¡Como ello se ha de saber muy pronto, no tengo inconveniente en confiároslo! La hermosa Stella ha partido también para Moscou en compañía de nuestro amo el rico *yankee* Mr. Jhon Steley!...

Ludovico, rojo de vergüenza, dió las gracias a su complaciente interlocutor.

Sabía mucho más de lo que hubiera deseado saber.

XLIII

Los hombres son niños grandes que se enfurecen y lloriquean cuando les arrebatan inopinadamente uno de esos juguetes de redondas formas y sedoso cabello a los que solemos llamar mujeres.

El mismo muñeco que debe ser más tarde dado al olvido o arrojado al fango, constituye en el momento de la privación el mayor de nuestros tesoros; vale tanto o más que nosotros mismos.

Ludovico, vuelto a su encierro, se dejó caer desalado en una poltrona y rompió a llorar como un chiquillo. Aquel primer alfilerazo le había hecho el efecto de una verdadera puñalada.

Su cándida ceguera llevaba el merecido premio: Stella le había despedido ignominiosamente, sin tomarse la molestia de noticiárselo; de peor manera que si se tratase de su jardinero o de su microscópico lacayo.

Devorado por el despecho, levantóse rápidamente, y cogiendo con el ímpetu de un párvulo contrariado el inofensivo joyero comprado en el boulevard, lo arrojó colérico sobre la alfombra y lo pisoteó hasta pulverizarlo.

Una carcajada franca, espontánea, estrepitosa vino a turbar su infantil desahogo. La puerta de la habitación había sido entreabierta sigilosamente, y el rostro espresivo de Cristián Volganf apareció entre las dos hojas.

—¿Qué es eso, caro Ludovico?...—dijo adelantando el cuerpo y apoyando sus manos en las maderas gimnásticamente—. ¿Se os ha vuelto el juicio?... ¡Si seguís así presto acabaréis en una casa de orates!...

El joven, encendidas las orejas como cuando sorprendía sus picardigüelas el padre Oblongo, no supo qué contestar. Bajos los ojos, pasóse la mano por la frente y se arrojó de nuevo en la butaca.

Cristián, entretanto, recogió con cachaza los tristes restos del inocente útil de tocador y fué a sentarse al lado del joven con su solicitud acostumbrada.

—Veamos qué nueva contrariedad os aqueja, y perdonadme el haberos interrumpido de este modo—dijo apoyando su mano familiarmente en el hombro de Ludovico.

—¿Pero no sabéis nada?—dijo al fin, deseando hacer partícipe a Volganf de sus sufrimientos—. ¡Se ha marchado a Rusia en compañía de Mr. Jhon!... ¡la pérfida... la traidora!...

—¿Pero quién?...

—¡Stella!...

—¡Bah, bah!... ¿Y eso os sorprende?—contestó Cristián con voz reposada—. Cosa muy natural es ésta. Vos no podíais sostener las necesidades de *su rango*, y os ha dado una prueba de afecto evitándoos las pendientes del crimen y de la ruina...

—¿Pero sólo existe el amor al oro sobre la tierra?...

—No, seguramente, querido amigo—dijo el mentor dejando caer sus palabras sílaba a sílaba—, existen otros amores; pero suele ocurrir con frecuencia que los dejamos a nuestra espalda.

Ludovico enmudeció como siempre: la sombra ideal y amorosa de la hija de *Homúnculus*, batiendo sus alas, se había levantado en la penumbra de sus pensamientos.

—Por lo demás—siguió diciendo Volganf—, debéis convenir conmigo en que exageráis vuestra desgracia. Stella nada os ha negado más que su

afecto a perpetuidad; dad, pues, al César lo que es del César, y no detengáis a la materia en el plano inclinado.

El joven volvió a estremecerse. Comprendía las alambicadas reconvenções de Volganf; más aún, creía que brotaban del fondo mismo de su pecho.

—¡Tenéis razón!—dijo, recordando vagamente las misteriosas palabras que Cristián le dijera con motivo de la redoma fantástica—. ¡Stella nada me ha negado más que la satisfacción de mi vanidad ridícula! Estoy tranquilo y satisfecho...

Cristián, comprendiendo todo el valor de aquella confesión suprema, cogió una mano de Eisselman entre las suyas y la estrechó cariñosamente. Después se entabló entre ambos una conversación indiferente, que fué templando poco a poco las hondas melancolías del educando.

XLIV

El tiempo es el gran curandero de las heridas del espíritu. No hay hierba milagrosa, signo hebraico, ni filtro de la Edad Media que iguale ni sobrepuje sus maravillas. Cura con el dolor mismo, y cicatriza las llagas haciéndolas sentir de continuo.

Volganf se encargó de hablar cotidianamente de Stella a Ludovico, y de hacerle comprender el verdadero lugar que ocupaba en el mundo aquel her-

moso cuerpo que, por una de esas aberraciones que se explicaba Proudhon, encerraba un alma fría y malévola como el puñal de los *condottieres* de su país.

Un terrible detalle, alcanzado por las inquisitorias de Cristián Volganf, vino a borrar por completo el voluptuoso recuerdo de las noches del hotel Lucy.

“Stella solía pasear por las márgenes del Newa llevando al cuello un magnífico collar de perlas negras, apreciado en muchos miles de francos.”

.....

Pocos meses después el asesino de Mr. Giraud era sentenciado a muerte.

XLV

Corrieron los días. Ludovico, completamente curado de su pasajero capricho, ocupaba sus ocios como de costumbre.

La crisis económica se había resuelto favorablemente, gracias a las gestiones del procurador Andersen, y Volganf nada escatimaba a las exigencias de su educando. Bien es verdad que se habían suprimido los troncos ingleses y que se procuraba no derrochar el oro inútilmente; pero, en cambio, la bolsa de Volganf estaba dispuesta para todo evento y hallábase propicia para atender a las

necesidades que imponían al joven sus recreos y sus compromisos sociales.

Durante la penuria de su hacienda, Ludovico había adquirido ciertos hábitos que redundaban en beneficio de su educación, ayudándole a llevar a cabo esa difícil tarea a que damos el expresivo nombre de *matar el tiempo*. Antes de entregarse a sus ocupaciones de hombre elegante, visitaba los museos y las bibliotecas.

Las galerías del Louvre, ese templo del Arte cuya apoteosis esculpieron Fidias y Cánova, habían logrado cautivar su atención de tal modo, que no hubiera sido absurdo creer que se hallaba enamorado de un trozo de mármol como Pigmalión, o de una pobre tabla como Apeles.

Precisos son estos detalles para comprender los acontecimientos que vendrán, y no hay riesgo en añadir que Ludovico se consolaba con el trato de la Venus de Milo y la Bacante, de la mala pasada que le había jugado la sobrina de Mme. Eduvigis.

Estudiando líneas y comparando contornos, comenzó a iniciarse en los misterios de la plástica y a tener exacta idea del verdadero lujo de las formas.

También en aquellas horas de éxtasis artísticos le asaltaron caprichos imposibles y deseos irrealizables: púsose furioso por no poder contemplar los brazos de la célebre Venus ni el seno mutilado de una bella estatua pompeyana.

Como en él toda afición era pasión, y todo deseo necesidad imperiosa, relacionando los cuerpos de piedra del Louvre con los cuerpos de carne y hueso de los Elíseos o del *Château des fleurs*, se

entregaba a caprichosas fruiciones y creía resolver problemas estéticos de gran trascendencia. Más de una vez la implacable realidad dejó buriadas sus esperanzas, haciéndole comprender que la naturaleza no siempre redondea las formas como el cincel ni esmalta los campos como la paleta.

En este estado las cosas, y sin que acontecimientos dignos de notarse vinieran a turbar la existencia, casi sedentaria, de Ludovico durante este período, desarrollóse y tomó lugar en su historia el inesperado episodio que os voy a referir.

XLVI

¡Acca-Centaura! ¡Acca-Centaura! Este nombre campeaba una mañana, en letras colosales, sobre todos los biombos de París, llamando la atención de los transeuntes y de los *touristes* de boulevard.

¿Quién era esta Acca-Centaura?... La pregunta podía contestarse al punto, tomando un billete para los ejercicios ecuestres, gimnásticos y acrobáticos que habían de tener lugar aquella noche en el Circo Parisiën.

Acca-Centaura era una de esas celebridades nómadas cuyos retratos, multiplicados prodigiosamente, llenan de distinto modo y en variadas posiciones los escaparates de las grandes ciudades. Era

una hermosa amazona de veinte abriles, con perfil romano y músculos de acero, contratada por monsieur Cabot para figurar entre las atracciones de su Circo.

¿Cuál era su verdadero nombre? ¿De dónde procedía?... ¡Quién lo sabe!... ¿Brotaba del fango de la sociedad como esas brillantes burbujas que suelen levantarse del légamo, o se encontraba en el polvo como esas piedras preciosas que se desprenden de un aderezo entre el giro vertiginoso de una redowa? De un modo o de otro, lo cierto es que aparecía ante los espectadores como uno de esos astros pasajeros a los que no se les conoce orto ni ocaso.

De noche, casi desnuda; de día, fastuosamente ataviada, presentábase siempre incitante y deslumbradora, ya sobre la arena del Circo montando un potro árabe, negro como las sombras, ya en el Parque o en el Hipódromo rigiendo un poderoso alazán andaluz. Su mirada, dominadora como la de Medusa, hacía temblar a los hombres y desesperar a las mujeres. Señalaba su tránsito como el rayo, trazando una estela de fuego.

Su principal habilidad consistía en la manera de regir los corceles y seguirlos, como la sombra al cuerpo, en lo más rápido de la carrera. Así como el célebre Quasimodo de *Nuestra Señora* solía convertirse en parte integrante de su campana, Acca-Centauro formaba, por decirlo así, parte de su balgadura en ciertos volteos increíbles y vertiginosos. Sus compañeros, recordando a los centauros de la fábula, medio-hombres y medio-caballos,

la habían bautizado con aquel expresivo nombre de guerra.

Más notable era aún Acca-Centaura en el manejo de la ballesta y del arco indio. Sus tiros eran tan certeros, que detenía con la flecha una moneda de oro arrojada al aire, y rodeaba a un hombre de viras sin tocar a uno solo de sus cabellos.

Hacía tres noches que ejecutaba tan difíciles maniobras en el Circo Parisiën, y cada vez era más aplaudida y admirada. París entero parecía estar sumiso bajo la piel de tigre de su montura o pendiente de la cuerda de su arco.

Acompañaba a la amazona, con el carácter y calidad de pareja, una especie de Hércules, elegante y apuesto, que dividía con ella los sueldos y los laureles, y cuyo rostro franco y formas atléticas eran muy del agrado de los espectadores.

Este acróbata, que hacía ejercicios maravillosos en la barra fija y el doble trapecio, servía de caballero a Acca-Centaura en todas sus excursiones, y se llamaba en el mundo del arte Smit el Alcides.

Desconocidos eran también los vínculos que unían a Smit con Acca-Centaura, habiéndose averiguado tan sólo que uno y otro se amaban entrañablemente. En efecto, él era el que enjaezaba el corcel de la amazona en los ejercicios expuestos; él era el que la salvaba de los escollos en las carreras; él era, en fin, el que la acompañaba, después del espectáculo, a sus habitaciones del Hotel *Bleu*, de las que se servía como de cosa propia.

En el difícil trabajo de las saetas, Smit era tam-

bién el que se colocaba, en académica posición, sobre el figurado tronco de árbol, recibiendo con estoica calma y perfecta tranquilidad las agudas puntas de acero, que venían a clavarse en círculo alrededor de su cabeza. El silbido aterrador de las saetas, que debía percibir distintamente en medio del supremo silencio que reinaba siempre durante esta atrevida maniobra, no lograba hacerle pestañear ni estremecerle. Robustecía la idea del entrañable afecto que se profesaban Smit y Acca-Centauria la severidad de la amazona para con esos galanteadores de oficio que gasta en flores, aleluyas y palomas mucho más de lo que valen frecuentemente esas otras palomas, no campesinas, que anidan en los vestuarios y entre bastidores.

Acca-Centauria era una beldad flexible, pero hasta cierto punto casta y bravía; a lo menos tal era el concepto que merecía a los rebuscadores de reinas de talco y emperatrices de cartón dorado. Un enjambre de abejas zumbaba, en vano, en torno de aquella flor, al parecer no tocada; un mundo de larvas y mariposas procuraba, en vano también, saturarse en su cáliz y adormirse sobre sus hojas.

Ludovico había oído elogiar a aquella celebridad del día, sin dar la menor importancia a los encomios que de su habilidad y donosura solían hacer los abonados al Circo de Mr. Cabot.

Esto nada tenía de raro. Haciendo una vida hasta cierto punto contemplativa, y cuidándose poco de lo que no se le ponía ante los ojos, era difícil que uno de tantos bólicos artísticos como atravesaban de continuo el horizonte de París fijase su

atención ni le distrajera de los *graves* estudios plásticos a que se había hipócritamente dedicado.

Puede asegurarse que Ludovico no hubiera conocido a Acca-Centauro si la maraña de la casualidad no lo enredara de nuevo. En determinadas circunstancias, el hombre vuelve a caer apenas ha logrado levantarse: la vida es un pintoresco Gólgota, en el que no basta ensangrentarse una vez sola.

XLVII

El Hotel *Bleu*, situado cerca del Circo Parisiën, era un estrambótico pasaje, formado por dos enormes caserones unidos por la espalda, en cuyo recinto se encontraban jardines, picaderos y galerías de baños, y cuyas dos puertas de entrada daban a calles distintas.

Al través del estucado moderno y de la flamante pintura de sus pesados artesones, un buen observador hubiera encontrado casi todos los trazos de la antigua fábrica, y señalado a su portada más moderna la época de Ana de Austria y Mazarino.

La portada antigua, alarde churrigueresco del peor género, menospreciada justamente por los propietarios, no tan sólo por su mal gusto arquitectónico, sino por abrirse en una calle estrecha y solitaria, había creído permanecer fiel a las tradi-

ciones de su elevación dejando a las nuevas construcciones adelantarse en línea recta y abriendo en la acera una especie de plazoleta o entrante, que el ornato público se había cuidado de cerrar con una verja incómoda y desairada.

Cerrado así aquel espacio, formaba un extenso trapecio, cuyos paralelos venían a ser las casas construídas a un lado y otro de la portada monumental. Los balconillos con persianas verdes de aquellos frentes a la moderna parecían mofarse de las hojarascas, cariátides y figurones repartidos acá y allá sobre sus viejos intercolumnios.

Si los dueños del Hotel *Bleu* habían relegado al olvido la gran portada, no sucedía lo propio respecto al espacio comprendido en la figura geométrica citada. Apropiándolo al uso más agradable, habían plantado acacias y eucaliptus, tendido cuadros de romero y boj, dotado de cenadores los cuatro ángulos y abierto de la puerta a la verja un arrecife suficiente para dar salida a carruajes y cabalgaduras. De este modo, no sólo era aquel sitio de agradable recreo para los huéspedes, sino de suma utilidad para el tráfico de la casa.

Las habitaciones altas adyacentes a la fachada vieja de los intercolumnios eran las ocupadas por Smit y Acca-Centaura.

XLVIII

En el ala izquierda de las nuevas construcciones, y dando vista al jardinillo de paso del Hotel *Bleu*, había establecido David Mensonge, joven pintor amigo de Ludovico, su modesto estudio y su pequeño depósito de antiguallas.

Por el escaso precio de un cuarto piso, y desde alturas propias del genio, encontraba cuanto le era indispensable: excelentes luces, flores cercanas y vistas monumentales.

No eran éstas únicamente las ventajas que la proximidad del Hotel le proporcionaba. Una combinación económica de gran trascendencia había resuelto hacía muchos meses. Siéndole imposible pagar buenos modelos, y necesitando del natural según los preceptos pictóricos, se servía de los huéspedes del Hotel, trasladándolos a sus tablas y a sus cartones sin que advirtieran la maniobra.

Unas veces acechaba a las hermosas extranjeras que se asomaban a las antiguas balaustradas; otras espía a los bebedores de cerveza que bajaban al jardinillo; las más, en fin, observaba con un antejo, montado al efecto, las escenas íntimas que tenían lugar en los aposentos interiores, mal cubiertos por pesados cortinajes de damasco. Los jugadores de ajedrez eran, sobre todo, sus víctimas favoritas: aquellas cabezas inmóviles y meditabundas servíanle de ordinario para acomodarlas a los

genios estratégicos, a los maestros de Filosofía y a los soberanos de la *Hampa*.

Para dar la última idea de sus desaguisados, baste decir que un día, teniendo que bosquejar una *Aparición de la Virgen de Lourdes*, sirvióse del rostro simpático y delicado de una marselesa, que permanecía inmóvil en una poltrona a causa de su próximo alumbramiento.

XLIX

Pocos días después de la instalación de Smit y Acca-Centaura en el Hotel *Bleu* penetró Ludovico, como de costumbre, en el estudio de su amigo Mesonge, sorprendiendo al artista ante el caballete *manchando* una tabla con celeridad vertiginosa.

Conociendo el misterio de los originales de su amigo, Eisseman dió rienda suelta a la risa antes de examinar la nueva obra, y como práctico en esta usual estratagema dirigió la vista a las habitaciones altas del Hotel, donde suponía, con razón, que debía encontrarse el modelo.

Era tarde: a juzgar por la cólera con que David arrojó el tiento y los pinceles, el modelo había desaparecido dejando al artista con un palmo de narices.

—¡Vive Dios, que no quedará sin concluir aunque sea preciso llevarme al Circo el caballete!—ex-

clamó el artista, casi sin dar al joven las buenas tardes.

Ludovico miró la tabla y quedó sorprendido agradablemente. Trazado a rápidas pinceladas, y de esa manera indecisa en que aparecen las primeras intenciones de un cuadro, veíase el bellissimo apunte de una artista cirquense, mal cubierta con mallas de seda y plateados caireles, y cuyas formas, reveladas por suaves contornos, tenían una realidad encantadora e incitante.

—¡Modelo número 108!...—dijo el artista con aire satisfecho, señalando la tabla a su amigo, en actitud melodramática.

Ludovico no volvió a sonreirse; antes bien, quedó un tanto ensimismado y pensativo.

—¡Veamos quién es esta preciosidad!...—exclamó después de una corta pausa, sin separar los ojos de la pintura.

—Pero ¿no la conoces?—repuso Mesonge con artística indiferencia—. Es Acca-Centaura, la célebre reina de las amazonas. ¡Soberbio cuello!... ¿No es verdad? ¡Magníficos hombros!... ¿No te parece? ¡Seno enloquecedor!... ¿No es cierto?

Ludovico hizo una señal afirmativa a cada pregunta de David Mesonge y deletreó por vez primera el extraño nombre de Acca-Centaura.

L

En tanto que David Mesonge refería a Ludovico cómo, a favor de su anteojo, había podido sorprender a Acca-Centaura probándose ante un espejo su provocativo traje de mallas, abrióse de par en par la puerta monumental del Hotel y aparecieron en ella dos soberbias figuras ecuestres.

Eran Acca-Centaura y Smit, que salían, según costumbre, a dar un paseo a caballo por los alrededores del Parque Alto o los arrecifes del Bosque de Bolonia.

—¡He ahí mis modelos 108 y 108 bis!—dijo Mesonge señalando a la hermosa y a su caballero.

Ludovico pudo recrearse a su sabor en la celebrada pareja.

Llevaba ella un poderoso alazán de media sangre y ostentaba un rico traje de terciopelo gris sin ningún género de adornos. En cuanto a él, vestía y montaba según las últimas prescripciones de la moda inglesa.

Eissemán encontró en el rostro de la amazona algo irresistible e inexplicable. Sus cabellos de ébano, su frente pálida, sus ojos sombreados y expresivos, sus labios un tanto gruesos, rojos y entreabiertos, revelaban uno de esos organismos meridionales o asiáticos cuyas pasiones son como el sol de las canículas o el simoun de las arenas.

Según la feliz expresión del pintor Mesonge, su

modelo número 108 hubiera podido ser Dido, Judit o Juana la Loca.

—¡Esta noche iremos al Circo Parisiën!...—dijo Ludovico a su amigo, que sonreía con aire satisfecho.

—¡Convenido! ¡Así refrescaré mis impresiones! —repuso el artista preparándose a limpiar los pinceles.

La singular pareja cruzaba entretanto el arrecife del jardinillo y desaparecía por la verja de hierro. Eisseman la siguió con los ojos hasta que la ocultaron los ángulos salientes de la acera, y se dijo a sí mismo mientras bajaba los innumerables escalones que conducían a aquel *elevado* templo del arte:

—¡Esa mujer tiene los brazos que le faltan a la Venus de Milo!...

LI

Aquella noche el complaciente Volganf, accediendo a las insinuaciones de Ludovico, tomó un palco bajo en el Circo Parisiën e instó a David Mesonge para que con ellos lo ocupase.

Los ejercicios estaban muy animados y el empresario Cabot de enhorabuena. Gimnastas, equilibristas, clowns y artistas ecuestres hallaban los aplausos del público y se esmeraban en sus respectivos trabajos.

Al fin apareció Smit, y poco después Acca-Centauro. Los jóvenes pudieron recrearse a sus anchas en las gracias naturales de la arrebatadora amazona y aplaudir una vez y otra sus notables volteos parthos y sus peligrosos tiros de flecha.

Eisseman la contemplaba trémulo, encantado, absorto. Las galerías del Louvre no guardaban en sus mármoles nada parecido a aquella estatua viva, que por una especie de sarcasmo provocativo se presentaba ante el público sin otro velo que una rica malla de seda, bajo la cual palpitaban las formas, y un corpiño de terciopelo, prolongado por anchos flecos de oro y vistosa pasamanería.

Los ojos podían seguir sin obstáculo los suaves contornos de aquel hermoso cuerpo, cuyas líneas, de ideales inflexiones, no había podido sorprender del todo el pincel *traicionero* de David Mesonge.

La concurrencia atronaba el Circo con sus palmas y bravos, y lluvias de ramos de flores rodaban entre el polvo que levantaban los cascos de su corcel, libre del freno y de la cincha.

Volganf decía, dirigiéndose impremeditadamente a Ludovico:

—¡Es una hermosa mujer!...

Mesonge borroneaba en su cartera, con calma estoica, cada vez que la artista se presentaba en académico escorzo sobre su dócil cabalgadura.

El palco ocupado por Cristián, David y Ludovico se hallaba a uno de los lados de la gran puerta interior del Circo, por cuya rampa cómoda y suave escapaban de la arena jinetes y caballos para penetrar en sus respectivos departamentos.

Cuando Acca-Centaura terminaba la última vuelta de su carrera de obstáculos y subía la rampa de la gran puerta, entre una salva de atronadores aplausos, Ludovico, que aplaudía también como un desesperado, inclinándose sobre la balaustrada de su palco, dejó escapar involuntariamente su perfumado pañuelo, que fué a caer sobre la rampa y casi bajo el corcel de la vencedora artista.

El noble animal, avezado a recoger objetos semejantes en sus diarios ejercicios, tendió los brazos gallardamente, arqueó el cuello carnosos y elástico, y antes de que su hermosa dueña advirtiera tan ágil artimaña levantaba el lienzo y lo sostenía entre sus belfos cubiertos de espuma.

Los espectadores aplaudieron la espontánea acción del *inteligente bruto*, y Acca-Centaura, que comprendió al cabo la particularidad del suceso, inclinóse graciosamente sobre el cuello del corcel, y asiendo la prenda con habilidad suma, buscó en torno suyo al malicioso propietario.

Ludovico se levantó del asiento, y la bella amazona, acercando su caballo, cuya cabeza quedó casi a nivel del palco en que se hallaban Cristián, David y Ludovico, entregó el pañuelo a este último, saludando con una expresiva inclinación de cabeza.

El público aplaudió de nuevo, y Ludovico sintió abrasada su piel por una calentura extraña. La mano suave y ardiente de Acca-Centaura había encontrado a la suya entre los revueltos dobleces de la prenda.

LII

En toda serie de acontecimientos graves hay detalles pequeños que determinan sus direcciones y son como los hilos imperceptibles que la fatalidad anuda.

Una flor que vuela, una sombra que pasa, un pañuelo que cae, suelen influir de tal modo en nuestra voluntad y en nuestro pensamiento, que traen a la memoria la moneda por que fué reconocido Luis XVI en Varennes y el guía que contribuyó a la pérdida de la batalla de Waterlloo.

Nada notable había ocurrido en esta noche, y, sin embargo, Ludovico era presa de una nueva pasión, tanto más violenta cuanto que parecía convidar sólo a la culpa.

Al salir del Circo Parisiën bogaba de nuevo en esos peligrosos mares cuyas orillas son frecuentemente el hastío, la desesperación o el desengaño.

—¿Por qué el corazón humano—se preguntaba a sí mismo—sufre tan frecuentes y heterogéneos sacudimientos? ¿Por qué se suceden en él las pasiones y los caprichos como las imágenes en la linterna y los celajes en el horizonte? ¡Floraia, Stella!... ¡Acca-Centaur! ¿Cómo comprender esta sucesión contradictoria?...

A pesar de las imprudentes frases escapadas a Eisseman antes y después del episodio del pañuelo, Volganf nada había comprendido, o disimulaba como de costumbre. Mesonge, por el contrario, atisbó al punto la impresión que su modelo número 108 había causado en Ludovico y prometió ayu-

darle en la conquista bajo la sola condición de hacer un cuadro que representara a Armida y Reynaldo, luego que su amigo se hallara en la situación del héroe de Torcuato Tasso.

Como prueba irrecusable de la eficacia de su protección, ofreció a Eisseman su estudio, atalaya inapreciable, punto estratégico de gran importancia, teniendo en cuenta la proximidad de sus balcones con los viejos intercolumnios del Hotel, frecuente paradero de la codiciada ave de paso.

La casualidad, puesta al servicio de Ludovico, había estrechado las distancias proporcionándole una serie de circunstancias suficientes a abrir las páginas de una flamante novela amorosa. Con alguna extrañeza de Volganf, que al fin pareció darse cuenta de las maniobras de su educando, se encaminaba todas las tardes al estudio de su amigo y ocupaba una y otra noche el palco bajo del Circo Parisiën.

Mesonge, tipo original al cual bastaba que un cuerpo estuviese animado por el soplo de vida para que le fuese indiferente por completo; que hubiera deseado que el mundo entero permaneciese inmóvil para poder trasladarlo a un lienzo sin límites; artista a macha-martillo, que se cuidaba poco de penetrar en la interioridad de las cosas, se burlaba alguna que otra vez de los éxtasis eróticos de Ludovico, y decía a su amigo, en tanto que éste, sin hacerle caso, espiaba los balcones de la amazona:

—¡Desengáñate, Ludovico, las Acca-Centauras y las Venus de Milo nunca suelen pertenecer a un solo hombre!...

Una tarde, en la que se encaminó Eisseman al estudio de Mesonge, a primera hora, encontró al incansable artista copiando, como de costumbre, las meditatedas fisonomías de los jugadores del cenador, aunque dispuesto a abandonar la tarea por una de sus frecuentes contrariedades.

—¡Temprano te dejas ver!—díjole con ruda franqueza—. Todavía no se ha dignado hacerlo mi modelo número 108. En cambio, he allí el 108 bis, que debe haber almorzado fuerte.

Ludovico siguió con los ojos la dirección que le marcaba el dedo de Mesonge y descubrió, en efecto, a varios hombres que disputaban groseramente, con motivo sin duda de una partida de ajedrez, puesto que los monarcas de marfil y ébano, la caballería blanca y negra y el grueso de los ejércitos de ambos colores habían rodado hacía un momento sobre la arena, juntamente con el ancho tablero o plano cuadrículado de operaciones.

Al rumor de la contienda, que sin la intervención de los huéspedes del Hotel hubiera pasado a mayores, Acca-Centaura, cubierta con una sencilla bata blanca, peinada al descuido y revelando en su rostro un vivo despecho y un malestar profundo, apareció en el balcón monumental, abarcando con una mirada sombría el revuelto grupo de alborotadores. Entre ellos gesticulaba y manoteaba, con todos los síntomas de la más completa embriaguez, su compañero Smit el Alcides.

Ludovico experimentó verdadero pesar al sorprender aquella vergonzosa escena, que venía a revelar una triste particularidad de la vida interna

de Acca-Centauro. En efecto, si eran ciertas las hablillas del vulgo; si existía algún estrecho vínculo entre el Hércules y la amazona, fácil era colegir que la grosería y vulgaridad del uno había de reflejarse inmediatamente en la otra.

Un detalle inesperado vino a involucrar más aún las arriesgadas cavilaciones de Ludovico. Cuando el Hércules penetraba por la gran puerta, dando voces y tumbos, Eisseman y su amigo pudieron observar que Acca-Centauro se retiraba del balcón y se arrojaba en un confidente ocultando el rostro entre las manos.

LIII

Suele suceder con las empresas amorosas lo que con las figuras geométricas y los cestos de guindas. Tras el punto viene la línea, tras el ángulo el triángulo; tras una guinda una pareja, tras la pareja todas las guindas del cesto.

La partida de ajedrez a cuyo jaque-mate había asistido Ludovico venía a dar una nueva forma a su pasión por Acca-Centauro. A pesar de la ruda lección que en este punto había recibido de Stella, creía firmemente que su nueva Dulcinea era un pobre ser inmolado en aras de una especulación fatal y misteriosa.

Mesonge sonreía incrédulamente y trataba de

convencer a Ludovico de que no llegaría nunca el caso de pintar su cuadro de Reynaldo y Armida, si no dejaba de fantasear inútilmente y se atenía a la apariencia verdadera o falsa de las cosas.

—¡Empeño inútil—decía a su amigo—el de la voluntad humana, que se empeña en traspasar los límites de la forma aparente para caer en vanas materialidades! ¡Tan amigo soy de lo superficial, que a no ser por las exigencias artísticas jamás hubiera estudiado el desnudo!...

¡Quién sabe si Mesonge tenía razón!

LIV

Según afirmaba Eisseman, la atalaya estaba próxima a convertirse en baluarte. Esto era sumamente fácil: hallábase situada casi al nivel de los intercolumnios y formaba con ellos un pequeño triángulo equilátero, cuya hipotenusa estaba marcada por las visuales de Ludovico.

La interesante artista recordaba sin duda la poética escena del pañuelo y había notado la insistencia de aquel mudo observador, eternamente clavado tras las maderas.

Una tarde la alegría de Eisseman no tuvo límites. Acostumbrada Acca a hallar al joven en los balcones próximos, y creyéndolo de la vecindad, detuvo en él sus grandes ojos con encantadora insistencia y lo saludó cortésmente.

Aquel saludo, que nada indicaba más que una fina muestra de cortesía, fué para el seminarista una fuente de halagadoras esperanzas, que se esforzó en convertir en provecho propio. Desde este punto, tanto en el Circo como en el boulevard, tanto en los balcones del Hotel como en el Bosque de Bolonia cambiáronse los saludos y las miradas, y se estableció entre ambos una verdadera inteligencia de los ojos.

Volganf comprendió al fin que entre Acca-Centaura y Ludovico empezaba a jugar una peligrosa telegrafía, y Smit hubo de parar la atención en la frecuencia con que se detenía el corcel de la amazona bajo el palco señalado con el número 48.

Así las cosas, y pocos días después de la escena báquica del cenador, Mesonge recibió a Ludovico con los brazos abiertos y en la actitud de un conquistador seguro del triunfo.

—¡*Delhenda Cartago*, querido!—exclamó con voz estentórea, señalando al balcón de los intercolumnios—: ¡esta noche verás, hablarás y admirarás al modelo número 108, a la incomparable y aérea Acca-Centaura!

—¿Cómo es eso?—preguntó Eisseman con visible ansiedad y asombro.

Eisseman no pudo disimular su alegría. La fortuna, según la feliz expresión de aquel soldado del *Macbeth* sonreíale como una complaciente prostituta; la ocasión brindábale, no con su único cabello, sino con abundantes mechones.

—Acepto la proposición—exclamó estrechando la mano del pintor con imprudente vehemencia—;

no dejaremos de asistir esta noche a los ejercicios.

Así fué en efecto. Excusando la compañía de Volganf, muy ocupado entonces en sus asuntos económicos, Ludovico se encaminó, en compañía de Mesonge, al Circo de Mr. Cabot, siendo acompañado por éste, en el primer descanso, al saloncillo de los artistas.

Era este saloncillo una pieza *confortable* y deliciosa, de marmórea chimenea y alfombrado pavimento, a la cual afluían los cuartos de vestir de las principales partes de la compañía, y en cuyas paredes, cubiertas de dorados espejos, escalonábanse, por riguroso orden, las fotografías de las celebridades artísticas que habían pernoctado en el edificio.

Profusos candelabros, blandos divanes y cómodas mecedoras favorecían el propósito de los charladores de oficio y daban pábulo a tertulias improvisadas, que solían prolongarse hasta el alba.

Fraguábanse allí apuestas ecuestres, sueltos encomiásticos y escrituras anticipadas; no siendo raro, a pesar de la rectitud de la Empresa, el concertarse alguna que otra vez, y *sotto voce*, empeños arriesgados y peligrosos.

A la sazón, por abusos fáciles de comprender y difíciles de narrar, Mr. Cabot permitía a muy pocos amigos la entrada en aquel palenque de la murmuración y de la confianza: eran de ordinario los elegidos algunos elegantes títulos, dos o tres reputados banqueros y varios representantes de la prensa.

Ludovico y Mesonge penetraban allí bajo la

égida del empresario y podían *campar por su respeto*.

El saloncillo estaba muy animado y presentaba el heterogéneo aspecto propio de los lugares de su especie.

Aquí un atildado *dandy* departía mano a mano con un clown embadurnado; allí una pareja de fornidos trapeceistas probaba las fuerzas de un pollo físico, gran amigo de la gimnasia; en este lado un panzudo Rosthchild hacía la rueda a cierta elástica volteadora, capaz de jugar con su humanidad a la pelota; más lejos, en fin, y de ésta, de aquélla y de la otra parte, destacábanse interesantes tipos y grupos pintorescos.

LV

Ludovico recorrió con los ojos el saloncillo hasta escudriñar sus cuatro ángulos, y no encontrando lo que buscaba se decidió a aguardar pacientemente. Sentóse, pues, al lado de un caballereite amadonado, cuya nariz revolucionaria parecía retar a sus cercanas cejas, y el cual hacía voltear su bastoncillo con grave riesgo de las mandíbulas de los circunstantes.

No había caído Ludovico en el asiento, ni notado, por tanto, vecindad tan peligrosa, cuando el apuesto *dandy* se dirigió a él insidiosamente pre-

guntándole si visitaba por primera vez el Circo y cuál era su opinión respecto a la habilidad y hermosura de *la Centaura*.

A estas preguntas, que por lo rápidas e imprevisitas le parecieron una descarga de fusilería, apenas contestó el joven; sin embargo, el *titi* hubo de encajarle mil tonterías más, entre las que aseguraba tener declarada guerra a muerte a *Acca-Centaura* por altiva y presuntuosa.

Dispuesto estaba Ludovico a replicar con aspereza a tales sandeces cuando se alzó el portier de uno de los vestuarios y apareció la amazona. Muchos de los circunstantes se levantaron; algunos se acercaron a saludarla: Ludovico no se atrevió a moverse de su asiento.

Mesonge y Mr. Cabot vinieron en su auxilio: tratábase de la celebridad del día y era del caso una presentación en regla.

Cuando entre Ludovico y *Acca-Centura* se cambiaron las ceremoniosas palabras indispensables, ella no tuvo dificultad en recordar que había visto al joven otra vez, citando a este propósito la original ocurrencia del pañuelo.

Si Ludovico hubiese estado en entera posesión de sí, habría notado el estremecimiento profundo que la bella volteadora sintió al estrechar su mano y escuchar su nombre, así como la niebla de disgusto que cubrió su semblante al notar que Smit se aproximaba al grupo. Era indudable que por esas misteriosas afinidades que creen haber explicado los fisiólogos, se habían establecido entre ambos peligrosas atracciones.

En el segundo intermedio Ludovico volvió a ver a Acca-Centauro; más aún, tuvo la suerte de sentarse al lado suyo.

A pesar de la patente vigilancia de Smit, que tenía la prudente costumbre de estorbar este género de comunicaciones, Ludovico y Acca-Centauro hallaron medio de entablar uno de esos diálogos, al parecer sin importancia, cuyos estudiados conceptos, dados ciertos antecedentes, suelen expresar algo más de lo necesario.

Ambos se adivinaban, se comprendían, iban algo más allá de la frase y de la idea aparente: los ojos, cómplices imprudentes de los labios, daban el verdadero molde a sus disimulados pensamientos.

Al separarse, Ludovico tenía la convicción de que se le había comprendido, y Acca-Centauro la seguridad halagadora de que a la tarde siguiente vería a su nuevo admirador tras las persianas del balconcillo.

—¡Alégrate!—decía Mesonge a Ludovico, en tanto que se dirigían al boulevard Montmartre—; Acca-Centauro es libre, Mr. Cabot acaba de revelarme el misterio.

Después añadió en tono jovial y chancero:

—¡Reynaldo vuela a los brazos de Armida!... Mañana preparo el lienzo para mi cuadro.

LVI

Ludovico no quiso separarse de Mesonge sin conocer la causa de afirmación tan lisonjera.

El pintor entonces refirió a su amigo cómo Acca-Centauro y Smit se habían conocido en el seno de una compañía de juglares y saltimbanquis; por qué serie de insignificantes acontecimientos se habían avezado a vivir el uno al lado del otro, y qué motivos habían impulsado a la heroína a jurarle solemnemente ser su fiel desposada, si no su legítima compañera.

De las confidencias de Mr. Cabot resultaba que extraños esponsales, semejantes a la práctica del *cántaro roto* (1), se habían verificado ante el padre moribundo de Acca-Centauro; que Acca-Centauro había aceptado estos esponsales por razones puramente utilitarias, y que entre ella y Smit mediaba un abismo, que el gimnasta, a pesar de su ardiente pasión por la joven, no cesaba de llenar de champagne, jamaica y vino de Oporto.

Ludovico, que conocía en la historia las prácticas del aduar, no se explicaba la segunda parte: a los esponsales de la tribu seguía de cerca la posesión, y en este sentido la pureza de Acca-Centauro

(1) Entre ciertas razas nómadas, el casamiento se verifica tradicionalmente, rompiendo un cántaro ante el más anciano de la tribu.

parecía hasta cierto punto problemática. Si esto no era así, si permanecía pura e intachable, si cruzaba incólume como fantástica salamandra por la ancha hoguera de las pasiones terrestres, preciso era convenir en que debía poseer un corazón de diamante y una voluntad de acero.

Estas últimas consideraciones constituían para el seminarista un halagador incentivo. Domar una belleza nómoda, hacer caer a sus pies una voluntad poderosa e inflexible, rendir, en fin, la virtud o las preocupaciones de raza de Acca-Centaura era una colosal empresa a la que sus impulsos naturales le arrastraban.

El nombre de Acca-Centaura resonaba ya en su oído como una música singularísima, cuyas notas participaban a la vez de la voluptuosidad y del vértigo, de la revelación del arte y de la plenitud de la pasión. En ciertas imaginaciones no es posible señalar el límite de un capricho o de un íntimo afecto: para Ludovico, aunque esto parezca contradictorio, en la especie de éxtasis plástico a que Acca-Centaura lo sumiera, cabía perfectamente un sentimiento elevado y puro, libre de finalidad e interés.

Al separarse de Mesonge, se deslizaba de nuevo por el plano inclinado.

LVII

Aunque Volganf había comprendido perfectamente que en el cerebro de su educando se forja-

ba una nueva epopeya amorosa, dejábale hacer sin oponerse en lo más mínimo. En este nuevo extravío prestaba, como de ordinario, su pasiva complacencia, y aunque había siempre en sus observaciones un fondo burlón y sarcástico, carecían de fuerza moral para Ludovico, acostumbrado a sus rarezas y genialidades.

Si Eisseman meditaba alguna vez en las extravagancias de su Mentor y volvía a los vagos recuerdos de *Homúnculus* y sus redomas, desechábalos al punto como necias creaciones de su imaginación calenturienta.

A la tarde siguiente de su presentación en el saloncillo volvió a ver a Acca-Centauro en los intercolumnios y se cambiaron los expresivos saludos de costumbre. Mesonge, que era la actividad personificada, había dado a su amigo valiosas noticias: el Hércules amaba a Acca-Centauro con delirio y la respetaba extremadamente; asegurábase, sin embargo, que en las ocasiones en que el jerez o el oporto trastornaban su cabeza, demandaba obligaciones que éranle negadas de continuo.

Bajo los auspicios de tales revelaciones, volvió Ludovico a visitar el saloncillo del Circo Cabot.

Los momentos no podían ser más favorables. Smit se hallaba sobre la arena, concertando y disponiendo los útiles necesarios para una *batuda americana*, y Acca-Centauro se reclinaba indolentemente en una mecedora, dando la espalda al caballero fatuo y preguntón, ya conocido de Ludovico.

Ella lo recibió con una amable sonrisa, y mo-

mentos después enfrascábanse los dos en una charla íntima. Mesonge, que seguía disimuladamente las peripecias de aquel pecador empeño, pudo notar el fuego y el recato de la conversación, y la rapidez vertiginosa con que ambos devoraban los conceptos.

Transcurrido algún tiempo, y como si los separase el son penetrante de la campana que anunciaba el comienzo del espectáculo, Acca-Centaura dejó su asiento, con señaladas muestras de disgusto, y se perdió tras el portier cercano, pálida, aunque majestuosa como una reina destronada.

Como la curiosidad del pintor se hallaba picada vivamente, acercóse a Ludovico, que permanecía inmóvil en su asiento, y, remolcándolo hacia los pasillos próximos, interrogóle atropelladamente.

—¡Jamás podrás imaginarte—dijo Ludovico a su amigo, haciendo esfuerzos sobrenaturales por ocultar su emoción—las revelaciones que esa mujer acaba de hacerme...! ¡Me ama, Mesonge... me ama... y, a pesar de ello, no volveré a escuchar una sola palabra de sus labios!

LVIII

Ludovico explicó en breves frases a su amigo cómo Acca-Centaura había correspondido a su declaración amorosa, confesándole con inusitada

franqueza *¡que lo amaba!*, cómo, en fin, abriendo el libro de su misteriosa existencia, le había revelado que jamás faltaría a un solemne juramento prestado ante el cadáver de su padre, en virtud de cuya promesa estaba ligada a Smit para siempre.

—¡Luego no es libre...!—exclamó Mesonge, interrumpiendo a Ludovico.

—¡Es la prometida de Smit, pero muy pronto será su esposa!—repuso tristemente.

Mesonge, no tan soñador como su amigo, pero artista al cabo, quedó maravillado de tan extrañas revelaciones. Una mujer que, en la primera entrevista, declaraba su amor a un desconocido; que le abría, con inusitada franqueza, las puertas del santuario de Eros, para cerrárselas rudamente; que se atrevía a desafiar las borrascas del mundo con la frente alta y el corazón en la mano, era, sin duda alguna, ejemplar rarísimo y no coleccionado, piedra singular y preciosa, no montada aún en nuestros aderezos sociales.

Ya en el palco, y comenzados los ejercicios, el pintor buscó en el semblante de la hermosa volteadora las huellas de aquella pasión súbita. Ni la más leve sombra de flaqueza empañaba su frente, limpia y majestuosa como un escudo pulimentado; cuando miraba hacia el palco ocupado por Ludovico, la serenidad del deber se reflejaba en aquellas grandes pupilas negras.

LIX

En el segundo descanso, Ludovico voló al saloncillo en alas de sus deseos. Al entrar dióse de manos a boca con el importuno *dandy* enemigo de Acca-Centauro, el cual lo detuvo, con su acostumbrada soflama, intentando contarle el último desaire que había recibido de la artista y sus propósitos de ruidosa venganza. Incepábale Ludovico duramente, a tiempo que Acca-Centauro salía de su vestuario, ya cubierta con el traje de calle y ostentando sobre sus sedosos cabellos una diadema natural de pequeños nardos.

Sea que los gruesos bordes del portier rozaran la cabeza de Acca-Centauro, o que alguno de sus airosos movimientos hicieran perder a la flor su lugar perfumado, el caso fué que uno de los diminutos y blancos florones de la diadema se desprendió bruscamente y cayó volteando sobre la alfombra.

Ludovico fué a inclinarse galantemente para devolver la flor a su dueña, pero le fué imposible efectuar tan sencilla maniobra. Con gran sorpresa suya, el fatuo y grosero interlocutor de Ludovico adelantósele rápidamente, y, poniendo su planta, armada de gruesas suelas inglesas, sobre la diminuta e inocente flor, dejola aplastada totalmente.

—¿Qué hacéis...?—exclamó Ludovico rugiendo como un león y alzando en agresiva actitud su ma-

no derecha, que hubiera caído sobre el rostro del elegante a no haberse interpuesto el pintor Mesonge.

—¡Evitaros trabajo!...—repuso el petulante caballero con estúpida sonrisa.

—¡Estáis equivocado, señor mío!—replicó Eise-man con rabia al oído de su antagonista—. ¡Me imponéis el de castigaros cumplidamente!

Acercábanse ya los curiosos, y era inminente el escándalo, cuando Acca-Centaura, comprendiendo la gravedad de la situación, y obedeciendo acaso a secretos impulsos, paró los golpes de la maledicencia explicando el suceso de un modo natural y satisfactorio. Según su aserto, ambos caballeros habían tratado de devolverle su nardo; mas uno de ellos tuvo la desgracia de ponerle el pie encima, y la pobre flor había perecido trágicamente.

Aseguró después, con una franca carcajada, que semejante desgracia había sido causada por los quevedos de Mr. Perotte, y que, por lo tanto, el ruidoso altercado quedaba reducido a una sencilla cuestión de óptica.

El temor del ridículo, y las maliciosas sonrisas con que fueron acogidas las palabras de Acca-Centaura, cerraron los labios de los contendientes, que volvieron a ocupar sus asientos, balbuceando equívocas disculpas. Smit, que se había acercado al grupo, frunció el áspero entrecejo y dejó caer sobre Acca-Centaura una larga mirada.

LX

No hay que decir que hubo entre Ludovico y el llamado Mr. Perotte inmediatas explicaciones, que dieron satisfactorio resultado: un desafío al amanecer, a espada y a primera sangre.

La fortuna, queriendo reservar sus favores para determinados éxitos, no quiso acompañar a su protegido en este peligroso acto, y dejó el acero del *dandy* rozar la frente del seminarista.

Algunas gotas de sangre bastaron para dejar el amor propio en su lugar y el honor sobre las nubes. En esta ocasión, como siempre, el desafío había sido fiel a las preocupaciones que lo engendraron.

Volganf, al ver a Ludovico pálido y ensangrentado, se puso grave por vez primera. Oyó, sin embargo, con la tranquilidad y cachaza que le eran propias, los detalles del lance, referidos por Mesonge, y no hizo reconvención de ningún género al amigo de su educando.

Los exquisitos cuidados de un cirujano hábil no pudieron evitar al paciente las consecuencias naturales de la herida. Ludovico estuvo sumido largo tiempo en el letargo característico de estas peligrosas lesiones, y sólo al cuarto día de la ocurrencia volvió a hallarse en estado de coordinar sus ideas. Volganf lo cuidó con gran solicitud, y, durante los accesos de fiebre, no se separó un instante de su cabecera.

A la caída de la tarde del quinto día hallábanse Mentor y educando entretenidos en una de aquellas pláticas, siempre enfadosas para el incorregible predestinado, cuando se abrió la puerta del dormitorio y apareció David Mesonge.

Traía la pequeña bandeja de plata destinada a depositar las tarjetas y la colocó sobre el lecho, conservando algunas de aquellas elegantes cartulinas en la mano diestra.

Volganf, comprendiendo cuán grato había de serle un rato de confidencias mutuas, se levantó para marcharse.

—¿Qué sabes de ella?...—preguntó Eisseman al pintor, con visible ansiedad, tan pronto como se cerró la puerta tras la espalda de su sombrero acompañante.

—¡Hoy, nada, por desdicha; mañana, quizá demasiado!—dijo Mesonge, en tanto que deletreaba entre dientes los nombres impresos sobre las tarjetas y les daba vueltas y papirotazos.

—Pero ¿no la has vuelto a ver?...

—Tranquilízate y medita seriamente—añadió el pintor, notando la excitación de su amigo—. Hace dos días que se han suspendido los ejercicios, con motivo de una leve indisposición de Acca-Centaura, y no se reanudarán hasta el sábado próximo.

—¡Es extraño!...—repuso Ludovico, maravillado de tan rara coincidencia.

—¡Pues mucho más extraño es lo que vas a oír!—añadió Mesonge, levantando con aire triunfal las tarjetas enigmáticas—. ¡De esa bandeja de plata, de esa colonia de apellidos presos entre kaes,

jotas y dobles eses he sacado la baraja egipcia, el hilo de Ariadna que ha de guiarnos por el laberinto de tus amores!... Veamos, ¿dónde te hacen la barba?...

Ludovico no pudo contener la risa al oír las atropelladas palabras de su amigo; sin embargo, contestó, en el mismo tono, que tenía costumbre de acicalarse en el salón de Monlantdry.

—¡Soberbio!...—añadió el pintor—. ¡Pues admírate, afortunado joven; he aquí un peluquero a quien tu salud ha tenido sin sombra!...

Y al decir esto, presentó a Ludovico tres de aquellas tarjetas, en las que Eisseman leyó, no poco admirado:

BOULIN, PELUQUERO.

BOULIN, PELUQUERO.

BOULIN, PELUQUERO.

Mesonge contemplaba a Ludovico con aire de triunfo.

—En verdad que no conozco a ese Mr. Boulín ni sé a qué debo tan señaladas muestras de afecto—exclamé un poco picado de la superioridad que, en sus propios asuntos, parecía demostrar el émulo de Apéles.

Este, después de gozarse un tanto en la viva impaciencia de su amigo, le dijo sin más preámbulos:

—Pues bien, ¡estas tarjetas son... de Acca-Centauro!

Ludovico lanzó una estrepitosa carcajada. La relación que podía existir entre un peluquero desco-

nocido y su hermosa amazona le parecía ilógica y carnavalesca.

—Ríete, pero escucha—repuso Mesonge con gravedad cómica—; Boulin y su esposa, la joven peinadora Mme. Clarette, son mis vecinos y viven a la espalda del Hotel Bleu, a cuyos huéspedes sirven frecuentemente.

Eisseman dejó de sonreír; las últimas palabras de Mesonge vinieron a dar luz a sus locas hipótesis y ancho campo a sus imaginaciones.

—¡Eres el diablo!—dijo mientras apoyaba su mano trémula en el hombro de su amigo—. ¿Supones, acaso, que ese Fígaro de nuevo cuño esté dispuesto a servir a mis empeños amorosos?

—¡Apostaría mi mano derecha!...

—¡Vamos, no seas niño!—dijo Ludovico, saboreando, a su pesar, la grata miel de la victoria.

—Esta misma noche he de saberlo—dijo Mesonge con su acostumbrada pertinacia, dejando a Eisseman este nuevo enigma que descifrar, y escapando como un relámpago.

LXI

Los hechos vinieron a confirmar las conjeturas de David Mesonge.

Acca-Centaura, sabedora del lance e intranquila por la suerte de Ludovico, había exigido a su jo-

ven peinadora Mme. Clarette que procurase conocer el estado del herido con la cautela correspondiente. La *costilla* de Mr. Boulin había creído oportuno traspasar el encargo al bueno de su marido, y éste, aprovechando la ocasión, daba a conocer su establecimiento.

Madame Clarette era una joven pizpireta y habladora, que había sido retratada al óleo por David Mesonge a cambio de los largos abonos que éste tomaba en la peluquería de su marido. Entre estos cónyuges y el pintor había, por lo tanto, mutuos servicios y amistosas correspondencias.

La ágil peinadora gozaba de justo renombre y era visitada por las artistas del Circo Cabot. Acca-Centaura prefería peinarse en su elegante saloncito, henchido de flores y esencias caprichosas.

Fácil era con estos datos explicar el hallazgo de las tarjetas de Mr. Boulin entre las visitas de Ludovico: en este punto Mesonge había encontrado la clave del enigma.

Acca-Centaura, impresionada al cabo y dotada de ese amor propio femenino, tan imprudente cuando es lisonjeado de cierto modo, había dado uno de esos pasos de que solemos arrepentirnos siempre tarde. Ella, tan ruda, tan voluntariosa, tan encastillada en sus promesas, se había rendido sin batallar, por un alarde de impremeditada osadía, sin sospechar acaso su rendimiento. Ludovico arriesgaba la vida por una sola flor desprendida de sus cabellos, y este delicado rasgo de cariño merecía una cortés correspondencia. Al encargar a Mme. Clarette que inquirese el estado del joven,

creía cumplir con un deber de cortesía que en nada podía comprometerla.

La noticia del desafío habíale disgustado tanto, que pretextó una ligera indisposición para eximirse de sus trabajos ordinarios. Smit, sombrío y caviloso, se entregó durante aquellas noches de asueto al lansquenet y al château-margaux.

LXII

Pocas horas después de su entrevista con Ludovico, penetraba el pintor en la peluquería de Mr. Boulin y conferenciaba con los esposos.

Aprovechando un *mutis* del elegante Fígaro, Mesonge demandó a Mme. Clarette protección para su amigo; quedando concertada, después de graves dificultades, una entrevista que Mme. Clarette había de proporcionar, por una vez sola.

La manera de llevar a cabo el intento era de una gran sencillez. Acca-Centaura hacía visitas vespertinas a su amable peinadora, y bastaba que Ludovico la siguiese, penetrando por la puerta de escape de la peluquería.

No dice la historia de qué hechizos se valió Mesonge para arrancar a Mme. Clarette tan arriesgadas concesiones, ni cuál fué el precio verdadero de favor tan valioso; sólo se sabe que Ludovico, quedó maravillado con la relación de este servicio, para él increíble e inestimable.

LXIII

En la tarde próxima, Ludovico, conservando aún la venda, y mal envuelto en un ancho abrigo, se dispuso a hacerse conducir a las cercanías del Hotel Bleu.

Inútil fué que Volganf le advirtiese, con marcada intención, cuán nocivas podían serle las húmedas brisas del crepúsculo; inútiles también las insinuaciones, pues, contra su costumbre, no afectaban la forma de mandato; hízose el sordo y se acomodó en el cabriolé que lo esperaba en la puerta.

Una vez frente a la casa de Mme. Clarette, esperó la llegada de Acca sin apearse del carruaje. De este modo el espionaje tenía todas las trazas de seguridad y discreción propias del caso.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Acca-Centauro, seguida de su pequeño groom, adelantó a buen paso por la acera, y se perdió en el portal de la casa indicada.

Pocos momentos después Ludovico bajaba del carruaje, subía la escalerilla franqueada por Mr. Bouliny hallábase en presencia de Acca-Centauro.

LXIV

Grande fué la sorpresa de la amazona. Su pasión enérgica y su orgullo bravío helaron simultáneamente la palabra en sus labios, y apenas contestó al expresivo saludo del seminarista. Reconvinó duramente a Mme. Clarette, rechazó a Ludovico, que se disponía a arrojarse a sus plantas, y quedó inmóvil, petrificada, con los labios desdeñosamente entreabiertos y las pupilas fijas en un punto imaginario.

—¡Me habéis preparado una celada que nunca os perdonaré!—dijo a Eisseman con acento altivo, aunque un tanto triste, disponiéndose a ganar la puerta.

—¡Perdonadme, Acca!—contestó Ludovico, cerrándole el paso—. Deseaba daros las gracias por vuestros cuidados y escuchar vuestro acento por última vez. ¿Me concederéis este favor?...

Crecía la agitación de la amazona y la ruda lid que libraba consigo misma. El amor, al cabo, ganó la batalla: arrojó sobre el confidente su costoso abrigo de cachemira, buscó con los ojos a madame Clarette, que discretamente los había dejado solos, y exclamó dirigiéndose a Ludovico, que la contemplaba extasiado:

—¡Supuesto que os han vendido mi secreto, supuesto que nada puedo ocultaros, preciso será que os escuche y que me oigáis a la vez! ¿Qué esperáis de mí después de lo que habéis sabido?...

—¡Que me permitáis amaros y decíroslo una y mil veces!—exclamó el seminarista tomando asiento al lado de la amazona y tratando de apoderarse de una de sus manos pequeñas y nerviosas.

—Ya os he advertido que es vano vuestro empeño—repuso Acca con acento insinuante y doloroso—; que tengo encadenada mi vida a la vida de un hombre, y que jamás faltaré a la fe jurada.

—¡Vaga promesa... juramento roto por vuestro pensamiento acaso!...

—¿Sabéis lo que vale una promesa para mí, para Acca-Centaura, para la hija de la tribu, para los que vivimos del recuerdo y de la tradición?... Si porque os confesé que podía amaros, si porque no usé con vos el torpe disimulo, si porque me habéis sorprendido bajo el pabellón de mi tienda creéis tener derecho a infamarme, a arrastrarme, a hacerme juguete de vuestras liviandades y caprichos, me habéis juzgado mal, por Dios; que antes arrojaré mi carne a las plantas del que recibió mi juramento.

Acca-Centaura, al hablar así, temblaba, rugía, quería escapar, y permanecía, sin embargo, clavada en su asiento: aquella naturaleza franca e indómita se retorció, como Lacoonte, en una angustia suprema.

La tarde espiraba ya, y un rayo del sol poniente, penetrando por los cristales del cierro, daba relieve a aquel rostro conmovedor, a aquella boca suspirante, a aquellos ojos negros y dominadores, bajo cuyos rosados párpados brillaba el relámpago de una pasión volcánica y profunda. A verla Mesonge,

hubiera comprendido mejor la luz y la manera de algunos retratos de Rembrandt.

Ludovico, alucinado por aquella expresión magnífica de pasión terrena, sintió reflejarse dentro de sí tan sublime momento, y correspondió a las peligrosas confianzas de Acca-Centaura con afirmaciones elocuentes y apasionadas. Las negativas de Acca-Centaura fueron rechazadas apurando los más locos y aventurados argumentos: promesas, protestas, quejas, suspiros, exigencias tiernas y continuadas, todo fué puesto en juego por el seminarista, cuya imaginación y cuyos sentidos se hallaban agujoneados por el dulce acicate de la esperanza.

Lo que debía suceder sucedió al cabo: Acca-Centaura se convenció, aunque tarde, de que después de ciertas peligrosas declaraciones no hay correspondencias imposibles. Cuando, ya oculto el sol, asomaba el crepúsculo con su cortejo de limpias estrellas, la amazona, contemplando extática a Ludovico, repetía estas frases, que Eisseman no pudo olvidar jamás:

—¡Quiera el cielo que nunca os arrepintáis de haber triunfado de mí!

LXV

No es fácil explicar la satisfacción de Ludovico después de su entrevista con Acca-Centaura. Al verle volver risueño y triunfante, Volganf pareció

entristecerse, pero no dijo una palabra. Mesonge, que lo aguardaba, se deleitó grandemente con la relación de la amorosa aventura, y Eisseman pudo satisfacer a su sabor esa tendencia expansiva del corazón humano, que nos induce a dilatar en cierto modo nuestros goces haciendo confidentes de ellos a los que están cerca de nosotros.

Graves dificultades tuvo que vencer Ludovico para procurarse las siguientes entrevistas. Mme. Clarette se negó al principio a que se efectuaran en su nido azul y perfumado, y fué preciso todo el influjo de Mesonge para rendir aquella virtud lesbiana con frontispicio moderno.

Hallábanse, al fin, los jóvenes por cuarta vez uno junto al otro, dispuestos a anegarse en un beso, en un suspiro, en una gota de llanto, cuando la peinadora llegó a interrumpir sus tiernas pláticas, entregando a la amazona un pliego lacrado y sobrescrito. Acca-Centura tomó la carta con visibles muestras de disgusto, y Mme Clarette se disculpó, asegurando que Smit la había remitido con urgencia.

Acca-Centura frunció el altivo entrecejo, y rompió la nema con mano nerviosa. Ludovico se estremeció: las contrariedades comenzaban para él siempre que se creía en el golfo de la dicha.

Al recorrer las primeras líneas, el rostro correcto y expresivo de Acca se descompuso notablemente; la fiereza nómada se reveló en las leves arrugas de aquella frente antes tersa y serena; sus ojos se iluminaron con un relámpago de cólera, y el voluptuoso arranque de su cuello perdió el ondulan-

te trazo a impulsos de una contracción dolorosa. Ludovico la contemplaba admirado. Acca-Centauro, transformada así, tenía la salvaje magnificencia de las sacerdotistas drúidicas.

—¿Qué es eso?...—exclamó levantándose rápidamente y devorando con los ojos aquella epístola inesperada e importuna.

—¡Mi castigo!—repuso Acca-Centauro serenándose poco a poco—. Smit acaba de rescindir nuestro contrato en el Circo Cabot, y de firmar, por poderes, mi nueva escritura para Florencia.

—¡Eso no puede ser, puesto que no se ha contado con tu beneplácito!—contestó Ludovico vivamente contrariado—; mas aunque así fuera, en último caso, ¿no puedo yo seguirte hasta el fin del mundo?...

—No es eso lo grave—replicó tristemente Acca-Centauro—; Smit lo sabe todo, y se vengará de ti y de mí.

—¡Fantasías!

—No lo dudes. Smit acaba de enviarme esta carta con la aviesa intención de turbar mis goces; con el propósito de hacerme conocer mis perjurios y mis fingimientos...

Acca-Centauro, sombría y preocupada, meditó un instante, estrujando en su crispada diestra la carta enviada por Smit; después estrechó apasionadamente entre las suyas la mano trémula de Ludovico y exclamó con acento un si es no es insinuante y terrible:

—¡Ludovico, déjame continuar mi amarga ruta por el mundo!... ¡Abandóname! ¡No trates de unir

tu suerte a mi suerte!... ¡Lo he jurado, él vive, y nos hemos de separar!

—¡Imposible, imposible! — contestó Ludovico, exaltado por la pasión y por los obstáculos—. ¿Quién podrá intentarlo sin intentar una locura? ¿Quién podrá hacerme retroceder ya, si estoy dispuesto a dar por ti hasta la última gota de mis venas?

—¡La sombra de mi padre o el puñal de Smit!... —baluceó Acca-Centaura mirando en torno suyo con una especie de supersticiosa pavora y desprendiéndose violentamente de los brazos del seminarista.

Procuró en vano detenerla. Aquellas extrañas palabras se repitieron en su oído mezcladas con el rumor seco y rápido que levantaban los pasos de la amazona al alejarse.

LXVI

Para tener la clave de los acontecimientos siguientes, preciso será conocer la respectiva situación de Smit y Acca-Centaura.

Prometidos esposos, compañeros de la niñez, unidos por el doble vínculo de los peligros y los aplausos, no podían, sin embargo, entregarse el uno al otro.

Ella lo soportaba, pero sin amarlo: las maneras

bruscas del atleta, su trato grosero y sus instintos sensuales repugnaban a la amazona, que, a la manera de una Minerva nómada, simbolizaba la fuerza y la estabilidad del pensamiento.

Acca-Centauro había jurado ante el cadáver de su padre que sólo la muerte la separaría de Smit, y este juramento era para la amazona, firme, sagrado e inmutable como el de los dioses por la laguna Estigia. El cántaro roto entre ella y el Alcides, cuyos pedazos habían arrojado ambos a los cuatro vientos, no podía volver a guardar el agua de los odres bohemios. Smit era, pues, el dueño legítimo de Acca-Centauro.

Por esto dejaba al Alcides tomarse ciertas libertades autoritarias, y sufría sin protesta el que los curiosos impertinentes de los distintos puntos que atravesaban, los creyesen algo más que simples desposados. Dispuesta a permanecer fiel a su juramento, aun a costa de su reposo, halagaba las esperanzas de Smit, permaneciendo casta y libre realmente.

El Alcides, por su parte, comenzaba a inquietarse con las continuas excusas de Acca-Centauro. Desconfiado y receloso, importunaba a cada momento a la amazona, ahogaba en oporto y rhin sus negativas y sus excusas, y hasta se permitía encubiertas amenazas. Esto no explicaba, sin embargo, la ruptura de los contratos del Circo Cabot. Acca-Centauro lo había comprendido perfectamente.

Smit, que sospechaba de su prometida, teniendo

la certeza de sus infidelidades y devorando en silencio la amargura, había tomado su partido y le daba la voz de alerta aprovechando la ocasión.

LXVII

Ludovico salió de casa de Mme. Clarette preocupado y caviloso. Como siempre, lo anómalo y lo incomprensible venía a mezclarse en sus asuntos y a desbaratar sus propósitos.

Stella había halagado su vanidad para pisotearla después; Acca-Centaura parecía tener la misión de brindarle un raudal de deleites, cuyas encendidas ondas habían de deslizarse por el cauce del remordimiento y del llanto.

Los lazos que unían a Smit y Acca-Centaura no podían desatarse impunemente; el juramento solemne, una vez roto por la amazona, debía pesar como una maldición sobre su hermosa cabeza; así se explicaba Eisseman sus sombríos temores y sus frases vagas y ambiguas.

Luchando con estos y otros pensamientos, marchaba Ludovico hacia el boulevard, cuando encontró a su amigo Mesonge. Al tener noticias de tan nuevas complicaciones, culpó de todo a la torpeza de Mme Clarette, e hizo notar a su amigo la particularidad de haber encontrado a Smit la tar-

de anterior envuelto en un ancho redingot de co-
chero y recatándose de los transeuntes.

Varias fueron las suposiciones hechas por los
jóvenes; mas, hallándose perplejos para resolver
el problema, pensaron interrogar cautamente a
Mr. Cabot.

Así lo hicieron en efecto. Llegados al Circo
a la hora de costumbre, díjoles el amable empresa-
rio que Smit, por sí y como apoderado de Acca-
Centaura, había rescindido los contratos, con la
sola concesión de trabajar por última vez la noche
inmediata. Entretanto, y para calmar el mal efec-
to que esta noticia había de producir en los espec-
tadores, el activo especulador había contratado
dos gemelas circasianas, cuya notable identidad de
rostros, formas y aptitudes tenía la inmensa ven-
taja de no producir peligrosas rivalidades. Meson-
ge encontró raro y extravagante cuanto ocurría a
Ludovico, y creyó oportuno inclinarle al olvido de
aquella deidad oscura y anfibológica. ¡Vanos es-
fuerzos! Eisseman aseguró que no habría obstácu-
lo, por grande que fuese, que le hiciera desistir de
su empeño, añadiendo que estaba dispuesto a se-
guir a Acca-Centaura, no ya a Italia, sino al cabo
del orbe.

LXVIII

A la mañana siguiente, Mesonge, que se dirigía al boulevard Montmartre, pudo leer este reclamo artístico, repetido cien veces en los biombos del tránsito:

CIRCO CABOT
FUNCIÓN EXTRAORDINARIA, ETC., ETC.
¡DEBUT DE LAS GEMELAS CIRCASIANAS!
—
III POR ÚLTIMA VEZ III
TRABAJOS INDIOS
de las celebridades europeas
SMIT Y ACCA-CENTAURA

La lectura de este insinuante anuncio dióle alas para llegar a las habitaciones de Ludovico, al cual encontró contrariado y meditabundo. No había vuelto a saber de Acca-Centaurea y temía, con razón, una nueva complicación desagradable.

Después de meditar seriamente en la manera de proporcionarse datos seguros sobre lo ocurrido, ambos amigos se decidieron a hacer un viaje de exploración alrededor de la peluquería de Mr. Boulín.

No quiso la suerte que logran desenredar la madeja. Mme. Clarette había sido llamada por una de sus parroquianas de alto coturno, y no debía

volver hasta la noche: era, pues, preciso resignarse a aguardar la hora de los ejercicios. Ni una letra, ni un aviso, ni el más pequeño signo de inteligencia había podido Eisseman conseguir un momento antes de abrirse las puertas del Circo. Las guardias en la atalaya no dieron tampoco resultado favorable. Acca-Centaura, contra su costumbre, no había recorrido ni una sola vez los pesados cortinajes del balcón de piedra.

LXIX

Llegó la hora deseada. Mesonge, con su habitual cachaza, y Ludovico, ceñudo e impaciente, tomaron al fin su puesto en la rotonda antes de comenzar el espectáculo. Volganf apareció poco después en el palco, con gran sorpresa de los jóvenes, que no acertaron a disimular su disgusto.

El Circo estaba bañado en luz. Una distinguida concurrencia se había dado cita para los trabajos de aquella velada, y la perspectiva que ofrecía el Circo era animadísima y pintoresca.

Blondas, terciopelos, flores naturales y de artificio, plumas, armiños y piedras preciosas, combinándose y concentrándose acá y allá a favor de los reverberos, producían la caprichosa ondulación de un lago fantástico.

El programa era de los más escogidos, y la par-

te encomendada a Acca-Centaura y Smit de las más aplaudidas y peligrosas. Tratábase del ejercicio llamado de San Sebastián; del hábil y arriesgado juego de las saetas.

Con el fin de dar cabida a las gemelas de Circasia, los ejercicios indios se habían colocado en el último tercio de la primera parte, inmediatamente después de los equilibrios hípicos de *la rueda dentada*. Preciso era, por lo tanto, que Ludovico y Mesonge se resignaran a no ver a Acca-Centaura hasta después del descanso.

La frente plegada del seminarista revelaba su honda preocupación. Cuando hay tormentas en el alma, se abren los imperceptibles surcos del pensamiento. Ludovico era presa de sus deseos voraces y de su sed insaciable de triunfos terrenos. Temiendo una nueva perfidia de Acca-Centaura, se creía capaz de adoptar todas las formas de la venganza y del escándalo.

Volganf, aun fijándose en Ludovico, penetraba difícilmente en su pensamiento: el rayo de sol pasa con dificultad al través del agua estancada de las lagunas.

Pasados los primeros ejercicios entre justos aplausos, tocó su turno a la celebrada pareja.

Acca-Centaura apareció en la rampa montando un poderoso corcel, que llevaba del diestro Smit; dando al aire las sedosas crenchas de su cabellera, y provocando con el lujo de sus formas, palpitan-tes bajo la malla, la admiración de los espectadores.

Ludovico sintió estremecerse todo su ser, estre-

chó locamente la mano de Mesonge y se alzó instintivamente del asiento. La amazona lo miró sin duda, pero no inclinó como otras veces la cabeza. Un buen observador hubiera podido notar, sin embargo, la palidez intensa que al través del artístico colorete descompuso aquella fisonomía hermosa y expresiva.

Smit sorprendió acaso este leve signo de inteligencia, pues sacudió con tal fuerza la rienda del corcel de Acca-Centaura, que el fogoso bruto se encabritó velozmente. Diríase que una chispa eléctrica, hallando en aquellos cuerpos excelentes conductores, les había hecho sentir su descarga al propio tiempo.

Los preparativos para los ejercicios se terminaban entretanto.

Alzóse en la arena el ancho tronco de encina, figurado por una tabla gruesa, que se mantenía perpendicular a favor de estribos y tornapuntas; cercóse aquella especie de árbol exótico por un grupo de clowns pintarraqueados y cubiertos de ajorcas de latón y plumas de colores, y un triunvirato de viejos incas de luengo pelo y caprichosas dalmáticas adornadas de soles de talco, después de ejecutar un baile guerrero y simbólico, ofreció de rodillas a Acca-Centaura el arco y las flechas, trofeos de la habilidad y de la bravura.

El silencio solemne, precursor del peligroso juego que iba a seguir a estos inocentes preliminares, corrió como por encanto por todo el ámbito del circo; la música, que había acompañado con una alegre marcha daomeyana la entrada triunfal de

Acca-Centauro, calló también, como aterrorizada, y el Alcides fué atado al tronco simuladamente.

Toda la atención de los espectadores hallábase solicitada de un modo tenaz por aquel grupo escultórico y caprichoso. El semicírculo de horrosos caribes arrodillados en torno, cuyos penachos formaban movibles iris sobre la arena; la expresión artística de Smit, colocado en la actitud de esos santos cristianos, cuyas convulsiones supo interpretar tan al vivo el *Españoleto*; Acca-Centauro cayendo sobre su corcel inmóvil, a la manera de esas estatuas de bronce fundido modeladas por los grandes maestros, eran, sin duda, motivo suficiente para suspender el ánimo más indiferente y perezoso.

Llegó el instante supremo, la hábil tiradora armó su arco y paseó en torno la mirada dura y radiante. Los ejercicios dieron principio, como de costumbre, cubriendo de flechas un grupo de hojas figuradas en el tronco donde hallábase atado Smit, y trazando cerca de la cabeza del gimnasta nimbos y triángulos de acero.

Terminado este peligroso ensayo, la amazona hizo caracolear su corcel, y se acercó al tronco que servía de picota a Smit, con la idea de arrancar las flechas clavadas en el maderaje. Aplausos y acordes de la orquesta cubrieron este corto interregno, en que se permitía respirar a los espectadores. Mesonge y Volganf, excéntricos y despreocupados, contemplaron con lástima a Ludovico, que seguía estático y afanoso los menores movimientos de Acca-Centauro.

Al acercarse Acca a Smit, éste palideció profundamente y dirigió a la amazona algunas palabras que sólo fueron perceptibles para ella.

Graves y terribles debieron ser, porque Acca-Centaura volvió a su puesto demudada. Eisseman, que observábalo todo, sintió un inexplicable desasosiego al ver de nuevo el arco armado en manos de la que él creía su infiel amante.

Los verdaderos espectadores, indiferentes siempre a las tormentas íntimas de los *histriones* y *saltimbaquis*, creían muy del caso la conmoción de la artista; esto aquilataba el juego y ponía de manifiesto la verdad y el peligro de la maniobra.

Entretanto Acca-Centaura atirantó su arco y dejó partir una nueva flecha, que fué a clavarse cerca del hombro de Smit, rozando sus carnes, sin que uno solo de sus músculos se dilatara ni se contrajera. Otra, otra y otra siguieron, con la misma precisión y acierto, el contorno ondulante de su brazo y las curvas marcadas por la región axilar izquierda. La tranquilidad comenzaba a reinar entre los circunstantes; la habilidad de la amazona estaba probada suficientemente.

A pesar de esto, algo fatídico debió reflejarse en el rostro de Acca-Centaura, cuando todos los ojos siguieron uno de sus rápidos movimientos, y de pronto surgieron de la muchedumbre gritos de sorpresa, de horror y de angustia. Su mano pequeña y blanca había tendido el arco bruscamente, y una de las viras, traidora y fatal como un mensaje de muerte, partiendo en oblicua dirección, fué a clavarse en el pecho de Smit. El atleta, lanzando

un ¡ay! desgarrador y rompiendo sus débiles ligaduras, cayó desplomado sobre la arena, revolcándose en un charco de sangre.

Aquella flecha le había atravesado el corazón.

LXX

Imposible sería describir con todos sus detalles tan sangriento episodio.

Acca-Centauro, cubriéndose el rostro con ambas manos y arrojándose violentamente sobre el cuello de su corcel, fué recibida por los robustos brazos de los incas; los indios, arrojando sus penachos y sus inútiles escudos de cartón, rodearon el cuerpo de Smit, templado aún con los últimos efluvios de vida; los reproches, las acusaciones, los ayes de angustia, las muestras de piedad y de indignación partieron al propio tiempo y de todos lados. Unos demandaban perdón para la amazona; otros la señalaban con el dedo: era la ronca marea de la opinión, que se levantaba, crecía y amenazaba llegar al cielo.

Ludovico, presa de una violenta emoción, y sin darse cuenta de su imprudencia, quiso volar al sitio de la catástrofe: Volganf lo detuvo, y el joven apoyó horrorizado la cabeza en el hombro de Mesonge.

Cumplidas ciertas formalidades legales, el ca-

dáver de Smit fué conducido a un salón situado en la planta baja del mismo edificio, donde se le improvisó un sencillo lecho de muerte. Acca-Centaura, separada de aquel sitio por gentes officiosas, volvió a sus habitaciones del Hotel Bleu en un coche cerrado, y sumida en un letargo, peligroso a juicio de los galenos.

Conocidos los tiernos lazos que unían a Smit con Acca-Centaura, no recayó la menor sospecha sobre la amazona. Como, después de todo, Smit no era más que un romano expuesto a caer bajo el filo del *gladium*, o un trapequista a quien no se vedaba el salto mortal postrero, la catástrofe tenía una explicación lógica y convincente.

¿Qué cosa más natural que un domador de fieras sea estrangulado o roído por sus falaces compañeros de industria? ¿Qué cosa más disculpable que un boxeador provoque en su contrario el último vómito de sangre?

Una flecha extraviada algunas líneas, un juguete inútil, un juego ejecutado torpemente; ¡he aquí todo lo acontecido! El espectáculo del Circo Cabot se suspendía sin razón palmaria: en España muere el lidiador y sigue alegremente la corrida.

No hay que decir que fué inútil y poco escrupuloso el sumario instruido en averiguación de los hechos. Acca-Centaura parecía doblemente desgraciada: era hermosa, lloraba, y, como Frinea, causaba lástima a los jueces. A los pocos días del trágico suceso se la veía triste, solitaria y cubierta con paños de luto, bajo las naves góticas de Nuestra Señora.

LXXI

¿Qué hacía entretanto Ludovico?...

Intranquilo, caviloso, irritado con las burlas de la suerte, apenas se atrevía a sostener las frías miradas de Cristian Volganf.

Tan originales sucesos llenaban su imaginación de los antiguos fantasmas, y le traían a la memoria las redomas fantásticas de la casita de Colonia. Mil veces juró pedir cuenta a su sombrío mentor de las fatalidades que le cercaban, y mil veces volvió a reirse de sí mismo, creyéndose alucinado neciamente, y juzgando lógicos y naturales los acontecimientos, que se eslabonaban, después de todos, con rigorismo terco y desastroso.

¿Movía la mano oculta de *Homúnculus* aquellos autómatas de carne y hueso con el solo propósito de hacerle sufrir las consecuencias de sus liviandades? Nunca pudo saberlo: la madeja de la realidad produce a veces tan complicados enredos, que la combinación más hábil, la maga más caprichosa podría con dificultad aventajarla.

Acca-Centaura había seguido lógicamente el rumbo de sus ideas extrañas y originales. Apasionada de él, dispuesta a ser suya, considerando a Smit único obstáculo para sus dichas, fiel a preocupaciones superiores a ella misma y a las leyes internas, inducida, en fin, por algún otro desconocido resorte, había llevado a cabo aquel crimen.

tanto más terrible y espantoso, cuantas más probabilidades tenía de pasar sin el castigo y sin la infamia.

Por otra parte, ¿qué fuerza de pasión no suponía en Acca-Centaura aquel hecho excepcional y terrible? ¿Qué desbordamiento de cariño hacia él no delataba aquella catástrofe sangrienta? Ludovico, que se hallaba en un estado anormal durante esta meditación, trajo a cuento relaciones lejanas e inconexas, y quiso explicarse las anomalías del mundo moral con las anomalías del mundo físico.

Recordó el organismo de la víbora, tan sabiamente dispuesto para el mal; pensó en la pobre paloma, presa eterna de las aves rapaces; revistó en su mente las propiedades de las distintas faunas terrestres, y una extraña síntesis, para cuya elaboración puso la boa su aliento, el corcel su nobleza, el chimpancé sus apetitos y el pavón su ostentoso plumaje de oro y lapislázuli, fué el resultado final de sus abstracciones.

LXXII

—¡Mátame o morirás!...—Tales fueron las palabras que Smit dijo en voz baja a Acca-Centaura poco antes de ser atravesado por la flecha traidora. Ludovico hubiera podido notar la mirada

fría y oblicua que dirigió el Hércules hacia su palco, y la violenta emoción que este imprudente reto había causado en la bohemia. Seguro de que se le engañaba, y siéndole insoportable la vida sin la posesión de aquella fatal hermosura, Smit se había decidido a jugar el todo por el todo; a arriesgar en la última prueba nada menos que la existencia. Trazándose esta conducta obedecía a un principio tan egoísta como heroico: conocía perfectamente a Acca-Centauro, y tenía la convicción de que, una vez puesta en la difícil disyuntiva, obraría como siempre, sin hacer traición a sus sentimientos.

La solución, una vez tomado tal partido, no podía serle desfavorable. Si temblaba la mano de Acca-Centauro; si la flecha acerada no venía a clavarse en su pecho, nada tenía que temer del predominio de un rival tan poco importante. Si, por el contrario, Acca-Centauro amaba como ella era capaz de amar; si estaba perdida para él; si una de sus flechas llegaba a cortar el hilo de su vida, a más de saldar sus cuentas terrenas, podía tener la fruición de morir a sus manos, dejándola manchada de sangre, e imposibilitada, por tanto, para caer en brazos de su enemigo.

Los hechos, como se ha visto, habían venido a demostrar la triste verdad de estas conjeturas; pero en aquel azar supremo, los dados de la fortuna arrojaron los más tenebrosos de sus puntos.

¿Qué había sido Smit, un alma cándida, un mártir o un loco?...

LXXIII

El crimen de Acca-Centauro quedaba, como muchos, en la sombra; pero la bohemia debía sufrir el riguroso castigo impuesto al criminal por el crimen mismo.

Luego que el cuerpo del desgraciado Alcides fué honrado por esta nueva Artemisa con una sepultura de mármol de Génova, la amazona pensó en recoger el fruto de su extravío. Su pequeño groom, huérfano enfermizo y complaciente, que hacía tiempo la seguía en sus peregrinaciones y que adoraba en ella a su madre adoptiva, fué el encargado de entregar a Eisseman una lacónica misiva en la cual citaba al joven a su nueva habitación, nido oculto y precioso, que había podido proporcionarse en la margen izquierda del Sena.

Al recibir Ludovico aquellas letras breves y apasionadas, no supo qué partido tomar, y permaneció indeciso algún tiempo. Por una parte, sus torpes inclinaciones le impelían hacia aquella hermosa tentación, que había llegado, por él solo, a la apoteosis del crimen; por otra, una repugnancia instintiva y natural lo apartaba poco a poco de su lado.

Mas ¿quién puede detener las trombas y los deseos? Ludovico se decidió al cabo: disimuló, engañó a Mesonge y a Volganf y, tomando, al oscurecer, un coche de plaza, hallóse de nuevo entre los brazos de la amazona.

La realidad vino a decirlo bien pronto cuál es el verdadero valor de los placeres terrenos. Cuando entre las guijas del raudal transparente divisamos el cuerpo escamoso del reptil, nos alejamos sedientos y horrorizados. Tal ocurrió a Ludovico en su primera entrevista con Acca-Centauro. Su pasión por la amazona era un tanto estética: adoraba en Acca a la mujer y a la estatua juntamente; sus éxtasis ante ella tenían siempre algo de los del artista ante la línea palpitante y el escorzo vivo; necesitaban de la paz del espíritu y de la impunidad de la posesión. He aquí por qué no era posible que Ludovico volviera a deleitarse entre los brazos de aquella hermosura criminal. El mármol de la Venus estaba manchado con el repugnante óxido: Acca-Centauro había perdido a Eisseman para siempre.

Por otra parte, aquella mujer, presa del vértigo, sentía con el fuego del aduar y acariciaba como la leona; sus besos quemaban, sus brazos enlazaban como las serpientes del Laocoonte; sus dedos rosados tenían algo de retráctiles, como la garra; el roce de su epidermis causaba en el seminarista la extraña impresión que suele producir el dorso suave de la pantera.

Ludovico sentía algo insoportable al lado de Acca-Centauro.

Su posesión, que habría constituido para él la dicha suprema, era, después de la catástrofe, una dolorosa expiación, a la que no tenía valor para resignarse.

En vano la bohemia procuró disimular a sus ojos

el terrible acontecimiento; en vano sus halagos y sus ternezas, centuplicados por la impunidad, quisieron cubrir el cuadro de la escena espantosa del Circo: Ludovico no era lo bastante impuro para dejar de estremecerse entre sus brazos, ni lo bastante torpe para hacer causa común con el crimen y con la infamia.

La venganza que el Hércules había imaginado cumpliase letra a letra, fatalmente. Smit tenía razón. El amor es un niño medroso y voltario, que no gusta de más crímenes que los que él suele cometer a mansalva. Cuando el objeto amado se mancha de sangre, Eros plega las alas y se separa, arrastrando consigo a sus hermanos los deleites.

La amazona, que comprendió con admirable instinto esta verdad, impelida por el frenesí de la pasión, procuró asir aquel corazón que se le escapaba y propuso a Ludovico que la siguiera a Nápoles.

Eisseman no se atrevió a contrariarla; quiso engañarse a sí mismo, y aceptó la proposición de su amante con aparente entusiasmo.

La partida debía verificarse al toque de ánimas, el día siguiente, y con las debidas precauciones para burlar las insidiosas pesquisas de Volganf y los espejuelos de las comadres del vecindario, que estaban más atentos de lo que era menester a las entrevistas de los amantes.

La margen izquierda del Sena, por la parte del puente próximo, fué designada para punto de partida, y una barca de paso, con toldo prolongado, para primer medio de transporte. De allí habían

de pasar, a favor de las sombras, a un oscuro fiacre apostado en la orilla opuesta.

La fuga estaba dispuesta sabiamente: veamos por qué Acca-Centaura partió sola después de largas angustias.

LXXIV

Fácil es suponer la lucha gigante que consigo mismo entabló Ludovico antes de decidirse a unir su destino al de una mujer apasionada y peligrosa.

Vínculos que no podría romper con facilidad, iban a estrecharlo fatalmente; lazos que le eran ya molestos y dolorosos, iban a anudar su existencia sabe Dios cómo, y hasta dónde.

Y, sin embargo, debía dudar, y dudaba; frente a estas consideraciones levantábanse fatalmente sus contrarias: Acca-Centaura sólo por él era criminal; sólo por él se había decidido a arrastrarse en el fango; sólo a él amaba frenéticamente. Las horas corrieron sin que el seminarista tomase una resolución decisiva, y el momento de la partida se acercaba a pasos agigantados.

Al toque de ánimas, Ludovico, calenturiento e indeciso, permanecía aún en su habitación, llena de sombras, y se afanaba en vano por someter su voluntad a la última prueba.

Sus razonamientos iban y venían, saltando en pedazos como olas de materia vidriosa y quebradiza; el tiempo apremiaba; Acca se desesperaba, acaso, por su tardanza, y acusábalo de falsía por vez primera.

Los rumores de la noche traían algo de burión y de sarcástico a su oído fino y delicado: el Sena parecía llamarlo cautelosamente, con voces salidas de entre el tumulto de aquel París voltario y libidinoso.

Ludovico sufría el tormento de la indecisión, eterno castigo de los caracteres débiles.

Al fin, por una de las frecuentes reacciones que se verificaban en aquella alma caprichosa, decidióse a llevar a cabo su intento, y comenzó a reunir, a oscuras y con mano nerviosa, algunos objetos preparados de antemano. Después abrió la puerta del gabinete, cruzó una pequeña antesala, en uno de cuyos frentes se hallaba el dormitorio de Cristián Volganf, y miró recatadamente por el ojo de la cerradura.

Su sombrío mentor no se hallaba allí, afortunadamente, y podía escapar sin riesgo alguno.

La maniobra tocaba a su término. Eisseman volvió silenciosamente a su cuarto y se aprestó a recoger lo más indispensable.

La fatalidad, sin embargo, lo había dispuesto de distinto modo. Al levantar el portier del gabinete un torrente de luz entró de golpe por sus ojos, y la negra silueta de Volganf destacóse fantásticamente del espejo colosal que cubría el muro frontero,

agigantándose por un extraño fenómeno de óptica y recortándose cada vez más, por oscuro, sobre un fondo de rayos color de violeta. Aquella aparición tenía para él un carácter conocido, pero indescriptible; era la misma visión que se le había aparecido en la antesala de Stella Lucy, el propio juego de fantasmagoría que le había sido anunciado la noche de su llegada a París, al descubrir la misteriosa caja que contenía la redoma.

Ludovico se restregó los ojos para convencerse de que no soñaba, y sintió algo semejante al ascua que quema la carne o al trozo de nieve que lleva el frío hasta los tuétanos. El color de la redoma había cambiado; la luna del espejo reflejaba con terca precisión el perfil siniestro de su acompañante, ocupando un foco luminoso irradiado por la importuna vasija de cristal. Aquello era una realidad reveladora; una voz de alerta que no podía relegarse al olvido. Aunque tarde, había llegado la hora de retroceder.

Eisseman quedó inmóvil un punto, sin acertar a mover ni aun la lengua; apoyado en el quicio, sosteniendo con los dedos crispados de espanto el pesado portier de la entrada, especie de telón de boca de aquella decoración, digna del *Macbeth* o del *Roberto*. El efecto no podía ser más seguro: Acca-Centaura aguardaría en vano a Ludovico en las angustiosas horas de la noche aquella.

—¡Maldito seas, genio maléfico o insoportable jugador de manos!...—exclamó por fin Ludovico, arrojando con violencia una silla sobre el espejo, que se rompió ruidosamente, dejando de reflejar la

imagen diabólica—. ¿Por qué han de ser tan mudas tus correcciones y tan tardías tus advertencias?...

Estas palabras resonaron de un modo singular en las bóvedas del salón contiguo: parecía que un mundo de bocas invisibles repetía con acento burión y sarcástico: ¡¡¡tar... días... ad... ver... ten... cias!!!

LXXV

Al estruendo producido por el cristal que se rompía, Cristián Volganf, precedido de un camarero con luces, apareció en la puerta del gabinete.

Tomó una de las bujías y su elegante abrigo de manos del fámulo, a quien despidió con un gesto, y quedó frente a Ludovico, midiéndole de alto a bajo con la mirada más natural del mundo.

Eisseman, sorprendido como en otras ocasiones, desconcertóse un tanto y bajó los ojos. Cristián Volganf le preguntó sin afectación ni descortesía qué era lo que le ocurría y por qué daba aquel nuevo espectáculo, hijo de sus genialidades.

El seminarista, no pudiendo comprender de qué medios valíase su misterioso mentor para hacerle víctima de aquellas fantasmagorías originales, quiso corresponder con la hipocresía y el disimuló, y trató de disculpase torpemente.

Volganf le cortó la retirada y afrontó la difícil coyuntura, pidiéndole cuenta de aquel nuevo raptó de cólera.

—Vamos, Ludovico—le dijo—, sed franco; decidme qué nueva complicación os traen vuestras locuras, y procuremos remediarla.

El joven comenzó a dudar, como siempre, del testimonio de sus sentidos, y sintió vergüenza de su acción atropellada. Volganf estaba allí, severo, frío como siempre, pero como siempre tranquilo y afectuoso. ¿Cómo podían tener realidad las caprichosas ficciones que acá y allá le asaltaban?

—Perdonadme, mi respetable amigo—contestó a Volganf con profunda amargura—; desde que tuvisteis el capricho de hacerme ver aquellas endiabladas redomas soy víctima de no sé qué extrañas alucinaciones. Puesto que nada os puedo negar, sabedlo todo: luchaba en este momento con una de mis perpetuas liviandades; pensaba marchar a Italia en unión de Acca-Centaura, cuyo carruaje me aguardará en vano en la orilla izquierda del Sena, por la parte de San Honorato.

—¡Bien hacéis en quedaros!—exclamó Volganf con su acostumbrado laconismo y esquivando la contestación de la parte más importante—. ¡Bien hacéis en quedaros, repito! Las cadenas y las libreas deben arrojarse en la primera ocasión, y antes de que se acomoden a nuestro cuerpo; por lo demás, en compañía de esa mujer no serían vuestros grillos de oro ni vuestra casaca de paño de Francia.

Este diálogo, que prometía ser curioso, fué in-

terrumpido por la llegada del groom de Acca-Centaura, que había sido mandado por la impaciente amazona al boulevard Montmartre.

Dirigióse a Ludovico, y le presentó una tarjeta en la que sólo se leía la palabra *¡Ven!* trazada con mano insegura. Eisseman contempló aquella expresiva sílaba con lástima, hizo un esfuerzo supremo sobre sí mismo; y, sacando su lapicero de plata, escribió más abajo: *¡Imposible!*

Después devolvió la tarjeta al adolescente.

LXXVI

Acca-Centaura partió sola, desesperada, herida en lo más profundo del alma por el duro arpon del desprecio.

Con su claro instinto femenino comprendió que no volvería a ser dueña de aquel corazón amado; y, como no podía lloriquear y lamentarse como otras mujeres, juró vengarse del ingrato que en tan hondo abandono la dejara después de arrastrarla al abismo.

El nombre de la célebre artista se borró poco a poco de los fastos circenses, y, como ocurre frecuentemente, otras nuevas estrellas fugaces vinieron a ocupar los biombos públicos y las columnas de la Prensa. Los ídolos del circo y del coliseo no tienen gloria póstuma: pasan como deslumbradores

cometas, sin dejar tras sí más que pálidas estelas; cuando no se les aplaude, se les olvida.

Acca-Centaura volvió a confundirse con ese hervir vividor desconocido que se llama el vulgo de las gentes. Ni un solo periódico italiano dió la noticia de la llegada a Nápoles de la célebre volteadora. Ludovico no tuvo el menor indicio de su paradero.

.....
.....

LXXVII

Algunos días después de la partida de Acca-Centaura, Volganf reconvenía cariñosamente a Ludovico y le hacía comprender cuán criminales eran sus extravíos y cuán caros los escasos momentos de placer que le había proporcionado su última conquista.

Pesaroso y avergonzado, prometióle solemnemente no aventurarse en semejantes empeños, y se ofreció a tomar un nuevo género de vida más conforme con la dignidad humana y menos expuesto a complicaciones tenebrosas. Mesonge, que asistía a esta entrevista, tarareaba entretanto los bailables de *Fausto*, y haciendo señas a su amigo con disimulo:

—Desengáñate — decía a Eisseman luego que Volganf los dejó solos—, lo que ha de suceder está

escrito: tú, como yo, has nacido para consumirte a puras sensaciones, y en vano procurarás anegarte en la árida contemplación y en el intangible mundo del espíritu.

Mesonge tenía razón: Ludovico era uno de esos seres cuyo exceso de vida los lleva de deseo en deseo y de choque en choque hasta el último término de su carrera.

LXXVIII

Entretanto llegó el estío, con sus días calurosos y sus noches pesadas e insoportables.

Las emigraciones a los puertos de mar y a los establecimientos balnearios comenzaron como de costumbre, y el alto París se arrojó en masa hacia los cuatro vientos.

Volganf indicó a su preocupado educando que podía organizar una excursión veraniega en compañía de Mesonge, puesto que a él le llamaban a Colonia asuntos urgentes.

Ludovico no quiso aceptar la incitante propuesta de Volganf, y declaró formalmente que no deseaba otra cosa que vivir en la soledad y entregarse con ardor al estudio.

Volganf volvió a repetir su oferta a los pocos días, haciendo notar cáusticamente a Ludovico que aquella era precisamente la época de las vacaciones, y Mesonge se burló, como el tentador del poe-

ma de Goethe, de los vanos propósitos de su amigo.

Bien comprendía Cristián que las negativas de su educando eran meditadas y torpes alharacas. Llegado el momento en que debía partir Volganf para Colonia, Mesonge puso en su conocimiento que Ludovico hacía *el sacrificio* de acceder a sus deseos, y se hallaba dispuesto a pasar los meses próximos de estío en los frescos albergues de la patria de Guillermo Tell.

Cristián no se admiró ni trató de indagar la causa de tan rápido cambio; antes al contrario, dió poderes a Mesonge para que trazaran a placer y de consuno el itinerario, y entregó a Ludovico, al día siguiente y sin más explicaciones, cartas-órdenes y billetes de banco.

Los preparativos de marcha se llevaron a cabo con una celeridad vertiginosa. Pocas semanas después Volganf se despedía de los jóvenes *hasta la caída de las hojas*, y Mesonge y Ludovico partían para Ginebra con la bolsa provista y sin más guía que sus pasiones. Esta dulce libertad había sido el cebo de que el pintor se valiera para decidir a Ludovico a cerrar sus libretes y a emprender la campaña.

Volganf seguía, como se ha visto, haciendo gala de una complacencia hiperbólica.

LXXIX

Difícil y prolijo sería seguir paso a paso esta parte de la historia de Ludovico. Fecunda en acontecimientos, no dejó en su existencia más que una sola marca indeleble.

El travieso Mesonge, cuya influencia se dejó sentir desde los primeros días de la expedición, arrancando al joven a sus melancolías, lo acomodó a sus contemplaciones artísticas y a sus calaveradas.

Noches perdidas al borde de la ruleta o del faro; tardes empleadas en pasear por los transparentes lagos de Lemán y de Neufchatel; mañanas pasadas en las pendientes de los Alpes o en las célebres queserías, refugio de las robustas aldeanas del cantón; bailes, tertulias, peligrosas excursiones; amores de una hora o de una velada; orgías animadas por la presencia de muchachas fáciles y licenciosas: tal fué el fruto y el empleo de la mayor parte de aquellos días de asueto y de locura, durante los cuales Ludovico consiguió aniquilar sus recuerdos y hacer de Floraia, Stella y Acca-Centauro sombras fugaces de sus escasas horas de meditación.

Mesonge, a quien estaba encomendada la jefatura de la campaña, cuidó de distribuir el tiempo y los francos generosamente concedidos por Cristián haciendo deliciosas estaciones.

Costearon los Alpes, subieron de Sion a Schaf-

fuse, y del Lemán al Costanza, y se deleitaron en Angsthots y Fasntruht, baños situados en el cantón central de Lucerna, y animados a la sazón por una concurrencia numerosa.

Lucerna, con sus corteses habitantes y su clima fresco y agradable, los retuvo en su seno más tiempo del que permitía la consigna. Las curiosidades artísticas e históricas de esta bella ciudad, asentada como una profetisa sobre los escombros del faro que le dió su nombre, deleitaron grandemente a los jóvenes y proporcionaron sabroso pasto a sus aficiones diversas.

Mesonge halló paisajes tales como los del valle de Entlibuch, y Ludovico monumentos como el monasterio de las Ursulinas y el templo gótico de San Leogedario: para complemento de delicias, las bolas y los naipes fueron al pintor escandalosamente propicios durante su estancia en Lucerna.

Pocos días antes de partir, y en una mesa de juego, hicieron conocimiento y trabaron amistad con un joven italiano de excelente familia y carácter franco y simpático. Titulábase conde de San Angelo, y viajaba en unión de una niña melancólica y bella, que se decía su hermana: Ludovico recordaba haberla visto algunas tardes sobre el lago, reclinada indolentemente en su barquilla y acompañada de una respetable quintañona.

La joven no era una de esas hermosuras que cautivan y encantan al que las contempla: su rostro tenía, sí, la idealidad y la tristeza como reflejo; era blanquísima y delicada como un nardo, pero nada decía a los avarientos ojos de la materia.

El conde era, por el contrario, un tipo varonil y expresivo, alto, musculoso, de mirada tenaz y dominadora, aunque de trato afable y de finas maneras.

Desde el primer momento fué Ludovico tan simpático a San Angelo, que éste sólo se hallaba bien en su compañía. Le ofreció su casa, presentóle a Marietta, que así se llamaba la joven, y le intimó cariñosamente a pasar algunos días en Florencia, su ciudad natal, luego que terminara la corta campaña veraniega.

La melancólica florentina no pareció mostrarse menos aficionada al amigo de su hermano. Ludovico conservaba en sus modales la simulada candidez del seminario, y tenía el suficiente talento para aparecer en una conversión cualquiera, cortés, decidor y apasionado.

Varias tardes se hallaron en las márgenes del lago o en las deliciosas alamedas del Reuss, y volvieron juntos a Lucerna. El conde se reía con toda la boca de las ocurrencias de Mesonge, y Marietta clavaba en Ludovico sus tristes ojos azulados, como preguntándole si la amaba.

La víspera de la partida de los jóvenes, el conde y su hermana, Mesonge y Ludovico visitaron juntos el célebre convento de Berominolis, poco distante de la capital, y tuvieron ocasión de estrechar sus amistosos lazos, ocupando el mismo ómnibus y comiendo a la misma mesa. Mesonge dijo diabluras a la quintañona; Marietta se puso muchas veces colorada como una guinda; San Angelo bebió más de lo regular a la salud de su joven es-

posa, a la sazón en Liorna, y Eisseman, en fin, pudo conocer en las sencillas y apasionadas frases de la hermana del conde que aquel corazón podía ser suyo con sólo aventurar una palabra.

Llegada la hora de partir, el conde consiguió formal promesa de ser visitado por ellos en el mes próximo. Cuando Ludovico se despidió de Marietta, la melancólica niña estrechó sus manos tiernamente, y, quitándose una camelia de su tocado, dijo contemplando al joven casi con lágrimas en los ojos:

—¡Guardadla hasta nuestra vista, y no la deshojéis, por Dios!

LXXX

Después de perder algunas semanas y algunos cientos de francos en los cantones del Sur, Mesonge y Ludovico determinaron cerrar las páginas de su excursión veraniega visitando las playas del mar toscano. No fué poca parte en ello el espontáneo ofrecimiento del conde de San Angelo: siendo Florencia una de las ciudades más favorecidas por las artes, pensaban hacer estación en ella, pasar a Nápoles y regresar a Francia por el golfo de Génova.

Consecuentes con estos propósitos, atravesaban los Apeninos en los primeros días de septiembre y se hallaban a las pocas horas en Florencia.

La corte de los Médicis, la patria de Dante, se ofreció a los jóvenes con sus famosos edificios y sus pórticos poblados de estatuas. Ludovico dedicó su primera visita a la Venus de Cleómenes y a la Sabina de Juan de Bolonia.

El conde de San Angelo recibió a sus amigos con tan marcada distinción, que quiso darles hospedaje en su propio palacio. La alegría de Marietta no tuvo límites al ver de nuevo a Ludovico, que le devolvió su camelia seca, cuidadosamente colocada en una preciosa cajita de sándalo.

.....

Con tal rapidez se sucedieron los acontecimientos, que ni el mismo Ludovico pudo conservar sus detalles en la memoria. A los pocos días de su estancia en Florencia sus pasiones favoritas habían formado la exposición del más negro drama; el nudo del más terrible episodio de su existencia.

La esposa de San Angelo, joven napolitana de sorprendente hermosura, locamente enamorada de Ludovico, se había entregado a él, profanando, como Lucrecia, su mismo tálamo, para que la culpa alcanzase el último escalón de la infamia. A ruegos de Lucila, que así se llamaba la condesa, Eisseman trató de cubrir sus liviandades con el escudo de los amores de Marietta. La pobre niña, muchos días después de haberse llevado a término aquel triple empeño de deshonor, profanación y perjurio, se creía cándidamente la prometida del joven huésped.

—¡Siempre lo anómalo y lo contradictorio sobre la tierra!—decía el seminarista, refiriéndose a

esta triste época de su vida—. ¡Mi ser era el complemento del ser de Marietta, y, sin embargo, la llama dulce y vaga de sus ojos azules no levantaba en mi pecho ni una sola chispa de amor!

El conde, cuyo carácter franco y generoso se revelaba continuamente en las distinciones de que colmaba a sus amigos, favorecía con su imprudente confianza los torpes manejos de los culpables.

Mesonge, asombrado del inicuo proceder de Eisseman y de la volcánica pasión de Lucila, se preparaba a abandonar aquella casa, cuyos techos cubrían la imprudencia y el escándalo.

En cuanto al seminarista, gozaba de uno de esos triunfos efímeros que satisfacen el amor propio en sus más altas esferas. No se trataba de una entretenida vulgar, de una reina de teatro, de una dama adocenada. La mujer que había seducido pertenecía a la clase más elevada de la sociedad; era una de esas beldades aristocráticas cuyas carretelas salpican de lodo al resto de las mujeres y cuyos salones, enriquecidos por todos los dones de la moda, son como el dorado templo en que se les rinde culto y vasallaje.

Su cuerpo, acariciado y oprimido por las telas más ricas y costosas, no podía separarse más que por una violenta abstracción, de sus joyas ni de sus vestiduras: como suele acontecer con cierto género de ostras, hubiera dejado de tener existencia real sin su nácar y sin sus perlas.

Floraia fué para Ludovico un ángel; Stella un demonio; Acca-Centaura una estatua: Lucila era

tan sólo la mujer, tal como la sueñan el orgullo y la fortuna.

Las costumbres del gran mundo no eran tan familiares a Eisseman que dejaran de embriagarlo de un modo nuevo y prodigioso. Su imaginación calenturienta no hubiera podido concebir un cuadro semejante al que ofrecía el baile verificado en el palacio Orlandini, al cual tuvo ocasión de asistir en compañía del conde, ni jamás experimentó fruición satánica parecida a la que turbaba su ser en el momento en que, lanzándose en un torbellino de perfumes y de diamantes, ante el mismo San Angelo y toda la nobleza de Florencia, llevó por primera vez a Lucila entre sus brazos.

LXXXI

La estancia de Ludovico en el palacio de San Angelo no podía prolongarse sin despertar las sospechas del conde o los celos de la engañada Marietta. Eisseman, a quien agobiaba el peso de su nueva culpa, propuso a Lucila una separación momentánea.

Apasionada e indiscreta, Lucila se burló de los temores de su amante y dejó correr las horas, anegándose en los torpes éxtasis de la culpa.

No se hizo esperar el fuego del cielo. Una tarde en que, aprovechando la ausencia de San Angelo,

hablaban los amantes guarecidos bajo el toldo de hiedra de un oculto cenador, creyeron oír la voz chillona y débil del groom del conde—joven pálido y enfermizo cuya fisonomía creía Ludovico haber contemplado otras veces—, y poco después la pobre Marietta, abriéndose paso entre las enredaderas como un espectro, apareció ante ellos lanzando un ¡ay! desgarrador y cayendo desplomada sobre el musgo.

El terror de Lucila y Ludovico fué tal, que hubieron el uno del otro, como criminales que oyen la voz de trueno de la justicia, dejando abandonada a la infeliz Marietta entre los brazos del lacayo.

¡Cosa extraña! Al cruzar Ludovico por la calle de álamos que conducía a la verja, para volver por disimulado camino al pabellón del palacio, creyó ver bajo el ancho sombrero de paja de una ramilleteira, que compraba flores al anciano guarda del jardín, el rostro hermoso, y terrible a la vez, de la volteadora Acca-Centaura.

LXXXII

El conde, que en compañía de Mesonge solía perder los días ocupado en comprar antiguos originales con que enriquecer su galería, volvió aquella tarde a la hora de costumbre y no pareció notar el mal estado de su hermana ni la sombría nube

de tristeza que se extendía como un sudario sobre la frente de su amigo y la de su esposa.

Decidor, y más cariñoso que nunca, hizo los honores de la mesa con exquisito esmero, y hasta se permitió una genial filípica sobre el poco apetito de sus comensales.

Marietta refirió con visible torpeza cómo había sido presa de un rarísimo vértigo en el jardín y de qué modo pudo dársele auxilio; Lucila balbuceó algunas frases deplorando aquella imprevista ocurrencia; Mesonge y Ludovico temblaron, y por los ojos del conde pasó un relámpago de cólera, que sólo fué observado por el enfermizo lacayejo, que llenaba su copa de lágrima-cristi.

Terminada la comida, Ludovico hizo recaer hábilmente la conversación sobre sus asuntos propios, manifestando al conde su deseo de regresar a Francia. Mesonge, que comprendió cuán importante era robustecer este propósito, manifestó sus vivos deseos de partir al día siguiente.

El conde protestó de un modo gentil, pero enérgico, contra el proyecto de sus amigos, y se opuso a que se llevara a efecto, comunicándoles, como importante secreto de Estado, que al amanecer habían de acompañarle todos a su hacienda del valle del Arno, con el propósito de visitar el antiguo castillo de sus mayores, situado en un lugar pintoresco, en cuya sala de armas se había de organizar por los campesinos, sus arrendadores, una fiesta clásica, que proporcionaría al pincel de David Mesonge asunto para un lienzo inimitable.

Sólo después de conocer el verdadero estado in-

terno de cada uno de los personajes que tomaban parte en esta trascendental escena puede comprenderse el efecto producido por la proposición de San Angelo. Las circunstancias excepcionales en que cada cual se hallaba, les hicieron enmudecer juntamente, y fué aceptada sin réplica aquella excursión, que venía a complicar de una manera pasmosa el curso de los acontecimientos.

En tanto que se servía el te, el conde sostuvo la conversación, que se apagaba, dió órdenes a diestro y siniestro, y ponderó las excelencias de las jiras campestres; luego, haciendo sentar a su lado a Eisseman, se entretuvo en hojear un libro en folio, cuyos grabados, de raro mérito, llamaron la atención de Mesonge.

Ludovico se estremeció profundamente al deletrear el título de la obra, que campeaba en letras de adorno sobre su lujosa portada. Era el *Mazepa* de Byron, sombrío poema en que se refiere la cruel venganza que tomara cierto conde palatino de un rival menos infame que él, y de una esposa menos culpable acaso que la fácil Lucila de San Angelo.

LXXXIII

Como se habrá podido sospechar, el conde lo sabía todo.

No era él, sin embargo, quien había osado le-

vantar la punta del negro velo que cubría su decepción y su deshonra; una carta misteriosa, que hallara, sin saber cómo, en su papelera, lo puso al corriente de las culpables relaciones de su esposa con el que era, a la vez, su huésped, su amigo y su presunto hermano. El autor de la epístola brindábale, *en comandita*, una sabrosa venganza.

La delatora misiva estaba escrita en redonda letra de mujer, y terminaba de este extraño modo:

“... vuestro groom conoce la historia, me idolatra y será mudo como un puñal, y fiel como un perro. Dadle vuestras instrucciones.”

Seguía esta firma: *Acca-Centaura*.

San Angelo, herido en lo más caro, hubiera despreciado el aviso, si el lacajejo pálido no se hubiera cuidado de mostrarle aquel mismo día a Lucila y Ludovico recatados tras las enredaderas y entretenidos sabrosamente en dulces coloquios de amor. La nube de sangre que pasó por sus ojos pudo apenas disiparse con el recuerdo de la terrible venganza que el billete le ofrecía, y el hombro del groom conservó muchos días después la marca cárdena de los dedos del conde, cuyos ímpetus había refrenado heroicamente el niño para que no desbaratase con una imprudente explosión el diabólico proyecto de la amazona.

Cómo se hallaba *Acca-Centaura* en Florencia, y por qué medios había llegado a sorprender los nuevos amores de Ludovico, fácil es adivinarlo; su despecho, su desesperación, su amor propio, herido mortalmente, la habían provisto de esa fuerza sobrenatural que todo lo salta, de esa actividad in-

creíble que suele personificarse en el ángel malo. Supo, a costa de su fortuna, hasta los más leves detalles de la existencia de su antiguo amante, y logró tener siempre a su lado espías mudos e incorruptibles.

Cubierta con un disfraz de ramilletera, habló ella misma a San Angelo, luego que supo el efecto producido por su carta; terminó, con el auxilio del conde, el desarrollo de sus maquiavélicos planes, y, ya completa la obra satánica, pudo sonreír, satisfecha de sí propia, en tanto que se entregaba como una costosa mercancía en brazos de un pobre lord que, loco de amor por ella, pugnaba en vano por hacerla su esposa.

LXXXIV

Los acontecimientos parecían tejerse en el telar del diablo Cojuelo; es decir, sucedíanse con una rapidez vertiginosa.

La jira campestre iniciada por San Angelo era la primera malla de la red, el primer eslabón de la cadena, la chispa precursora del incendio.

Ludovico, como ocurre frecuentemente a aquellos que sólo obedecen al impulso de sus pasiones, ora levantadas, ora bastardas y rastreras, creía su culpa menos grave por juzgarla culpa de amor, y buscaba en su lógica escolástica algún ingenioso

silogismo para acallar el grito de su conciencia, que parecía gritarle desde el fondo de un océano cubierto por revoltosas olas de fuego: "Has destrozado el corazón de una virgen, burlado a un amigo, deshonrado a un esposo, mancillado el techo que te brindara franca y tierna hospitalidad. ¡Si después de esto crees que te queda por deshojar alguna flor sobre la tierra, sueñas como un loco o te equivocas como un bellaco!"

La retórica no vino en auxilio del seminarista en esta ocasión; pero sus torpes deseos cubrieron de verdes ramas el precipicio. Conociendo a Marietta, cuya candidez y credulidad corrían parejas con el cariño que en mal hora le profesara, creyó fundamentalmente que lograría convencerla de su inocencia antes de regresar a Francia, y que sus adúlteros tratos continuarían ignorados y defendidos. No dejaba de preocuparle la semejanza del lacayo del conde con el de Acca, ni la sombra de la ramilleteira de la verja; pero estas apariciones, como las de Volganf, a la sazón en olvido, creíalas vanos esquemas de su asombrado pensamiento.

Tal era el estado de las cosas la víspera de la excursión al valle del Arno. Mesonge, sin conocer la tortuosa dirección de las ideas del conde, ni el verdadero estado de las relaciones de Ludovico y la condesa, comprendió con admirable intuición cuán graves complicaciones debía traer el nuevo día, y se entretuvo en arreglar su equipaje. Marietta dejó su traje blanco y lloró amargamente. En cuanto a la condesa, fué a arrojarle, más cariñosa que nunca, en los brazos de su esposo.

LXXXV

En cumplimiento de las órdenes del conde, al romper el alba se abrían con estrépito las anchas puertas cocheras del palacio y se preparaban y guarnecían dos cómodos familiares de campo. Tres horas después, Lucila, San Angelo, Marieta, Ludovico, Mesonge y el lacayejo pálido, tomaban plaza en ambos vehículos y partían de Florencia a todo correr de los caballos.

Después de cinco horas de camino, durante las cuales reinó una animación vaga y ficticia, llegaron los viajeros a uno de los pintorescos deltas del Arno, y divisaron las blancas azoteas de la quinta perteneciente a San Angelo, precioso nido colgado en la colina, que, sin ser propiamente una posesión de recreo, tenía excelentes condiciones para ser habitada.

El arribo de los condes fué saludado con alegres vivas por los labriegos, que se agruparon solícitos en torno de sus amos, abriendo de par en par la puerta grande y mandando de paso a los chiquillos echar a vuelo la esquila del oratorio. La nueva de la llegada de los propietarios transmitiéndose rápidamente a los predios cercanos, y los arrendadores y sus familias llegaron en tropel a besar las manos de la señora condesa.

Mesonge hubiera henchido su cartera de apuntes, a estar menos preocupado con la marcha de

los sucesos: bajo los álamos, sobre el musgo, tras el respaldo de los asientos rústicos del *señorío*, graciosos grupos de campesinos contemplaban con curiosidad a los nobles viajeros y se disputaban el honor de bailar una tarantela ante el aristocrático concurso.

Aquella fiesta improvisada al aire libre se prolongó hasta la caída de la tarde, hora en que se sirvió la comida de los señores en la gran cocina de la hacienda. El conde consiguió verse libre de aquellas honradas gentes manifestándoles que necesitaba descansar para proseguir al amanecer su interrumpido viaje al castillo.

Pocas palabras habían podido cruzar hasta entonces Ludovico y Marietta; sin embargo, fueron las suficientes para que el seminarista lograra calmar la desconfianza de la inocente niña con ingeniosas disculpas: no ocurrió lo propio con Lucila: bien fuera casualidad extraña, o efecto del disimulado estudio del groom, lo cierto fué que ésta no pudo hablar a solas con Eisseman, y que, ya en la mesa, los ojos de ambos, buscándose al través de los candelabros interpuestos, delataron torpe y cándidamente su desesperación y su impaciencia.

El conde, por su parte, estaba tranquilo, decididor, risueño; iba, venía, se multiplicaba: parecía hallarse tan satisfecho, que, sólo porque Ludovico ponderó las excelencias del vino del Rhin, y Lucila el grato sabor de las setas del Trasimeno, mandó montar a caballo a cuatro de sus escasos servidores, ordenándoles severamente no volver de Florencia sin traerse las provisiones deseadas.

Al terminar la comida hizo notar San Angelo la conveniencia de entregarse al descanso. En efecto, había cerrado la noche y estaba decidido partir al amanecer del día siguiente. Marietta, que, sin saber por qué, se hallaba atacada de un extraño sueño, y Mesonge, que achacaba su creciente languidez y continuados bostezos a la cuarta copa de Madera, aceptaron sin discusión la propuesta del conde y se levantaron vacilantes de la mesa.

Sólo Lucila y Ludovico anduvieron remisos en dejar sus asientos y se miraron más de una vez con notorio desasosiego. El conde, que sorprendió acaso aquellos fuegos fatuos de su deshonra, se mordió los labios con tal fuerza, que tuvo que paladear su propia sangre.

LXXXVI

Ya en silencio la quinta, y retirado Ludovico al aposento que se le había destinado en compañía de Mesonge, meditó seriamente en el cúmulo de casualidades que se habían dado hasta aquel punto, y vió algo extraño y artificioso en cuanto le rodeaba.

Intranquilo y molesto se acercó a Mesonge, que se había arrojado en su lecho sin desnudarse apenas, y le asió de un brazo, primero suavemente y después con todas sus fuerzas, sin conseguir des-

pertarlo. Esta circunstancia le hizo temblar y palidecer. La respiración fatigosa y difícil de Mesonge parecía indicar ciertamente que se hallaba bajo el fatal influjo de un narcótico.

No había que dudarlo. Las sutilezas del conde, el encargo de las setas y del vino del Rhin, y la intempestiva modorra de su amigo, decían bien a las claras que se fraguaba algo terrible en torno suyo.

Cruzaba aún por la mente de Eisseman el último de estos tenebrosos pensamientos, cuando un confuso tropel de gentes que golpeaban los postigos de la hacienda, y gritos y cercanas detonaciones, indicaron al seminarista que el edificio había sido asaltado por alguna de esas partidas de bandoleros calabreses que suelen vagar con frecuencia por la cordillera central toscana.

Aunque jamás había oído de cerca esos ruidos desconcertados, precursores del pillaje y de la matanza, no se amilanó sin embargo; antes bien, acarició la esperanza de que el arribo de los salteadores le proporcionaría el medio de escapar a la venganza de San Angelo.

Entretanto nuevos gritos partieron de las habitaciones interiores y anunciaron a Eisseman la proximidad del peligro: por último, el estrecho corredor que conducía al gabinete retembló con el estrépito de las armas, y tres hombres hercúleos, de atezado rostro y largo cabello, desnudos de pecho y piernas como Vulcano, se arrojaron con rapidez sobre Ludovico, amordazándole con un pañuelo anudado y atándolo fuertemente.

Tan brusca fué la acometida que no pudo defenderse ni lanzar un solo grito. Al poco tiempo se hallaba en el mismo coche que le había traído a la quinta, en compañía de Lucila, desmayada casi a sus pies, y de San Angelo, que departía tranquilamente con uno de aquellos cíclopes medio desnudos. Era indudable que el saqueo de la quinta había sido cosa convenida y sólo tenía por fin, justificar su desaparición y la de Lucila, poniendo al conde a cubierto de las inquisitorias de la justicia.

El carruaje partió a una señal dada por el conde, lanzándose como alma dada al diablo por las asperezas y sinuosidades de abruptos y no frecuentados senderos. Durante la vertiginosa marcha, Ludovico no pudo darse cuenta de sus impresiones; tales fueron los terrores y sospechas que sin interrupción le asaltaron.

Las sombras de la noche; el silencio que reinaba en el carruaje; las pupilas de San Angelo, que solían brillar en las tinieblas como las del gato; el cuerpo inerte de Lucila, cuyas indecisas formas se percibían en el fondo del vehículo como inútil despojo, todo esto juntamente embargaba su ánimo y le preparaba para las terribles escenas que sin duda iban a sucederse.

Nada, sin embargo, le hacía adivinar que en su última hora, que ya creía cercana, pudiera levantarse ante él la sombra encantadora y terrible de la bohemia Acca-Centaura. Doblegado bajo el peso del infortunio de Lucila y de la fría venganza del conde, apenas si sus pensamientos iban más allá de las malhadadas tardes de Florencia.

LXXXVII

Después de tres horas largas de camino, grandes espectros y enormes masas oscuras se levantaron ante el carruaje: estaban cerca de Sarravall, y en un recodo apartado donde comenzaba a levantarse la enorme espalda del Apenino y a enmarañarse su verde cabellera de árboles.

El carruaje se detuvo, sonaron algunos silbidos, y un grupo de fantasmas, de igual catadura que los salteadores de la quinta, rodeó el vehículo, colocando a Lucila en unas parihuelas rústicas y a Ludovico en una especie de sábana de mallas.

Remolcándolo así como un fardo, y seguidos del conde, que aún no había despegado los labios, cree Ludovico que anduvieron largo rato entre las breñas, hasta llegar a una pequeña explanada cercada de pinos, en la que se levantaban tres o cuatro chozas pertenecientes, a no dudar, a una de esas tribus de herreros bohemios que recorren aún nuestras ciudades de Europa, llevando al hombro sus bigornias y sus penates.

Ante la choza del centro ardía una hoguera alimentada por lentiscos, y cuyas llamas vivas y rojas daban a aquel lugar un tinte triste y pavoroso.

Nada faltaba a esta escena para asemejarse a las diabólicas noches de Valpurgis: de una parte, esqueletos de árboles y gigantes de granito; de otra, trasgos y engendros agrupados en torno a la llama. Para que lo fatídico llegara al colmo, Lu-



cila abrió los ojos a este punto y exhaló un ¡ay! ahogado.

El viento frío de la noche hízola tornar a la horrible penumbra de la existencia.

LXXXVIII

Gran prisa debía correr la ejecución del fatal proyecto de San Angelo, a juzgar por el movimiento que se notó al dejar sobre el musgo y cerca de la hoguera a Lucila y a Ludovico.

Cuatro de aquellos fornidos bohemios obedecían las órdenes del conde, y volvieron al punto trayendo del diestro un soberbio caballo de las marismas, en cuyos bruscos movimientos, roncospresoplidos y poderoso juego de piernas se adivinaba fácilmente que jamás se había sometido al freno ni al acicate.

Delante del corcel y de los harapientos cíclopes, dirigiendo la difícil maniobra y alumbrando el tránsito con una antorcha de enebro, adelantóse una mujer de incomparable hermosura. Ludovico sintió estrecharse el círculo de hierro de sus dolores al descubrir su rostro bello y ceñudo como el del ángel despeñado de Milton...

Aquella mujer era Acca-Centauro...

LXXXIX

¿Qué iba a pasar allí?... Difícil era adivinarlo. Hallábanse reunidos Acca-Centauro y San Angelo; el hombre ofendido y la mujer despreciada. Para Ludovico eran ya claros los acontecimientos. San Angelo contaba con una aliada implacable y poderosa.

Conocido el carácter de la amazona, y teniendo en cuenta la fría premeditación con que San Angelo había puesto en práctica su tenebroso proyecto, no tenía que esperar de sus enemigos conmiseración ni tregua. El perdido cariño de Acca tampoco hubiera podido servirle de escudo: Lucila, hermosa aún en su desesperación, estaba allí todavía para mantener vivos sus celos.

Penetrado de esta verdad, y perdida toda esperanza, aguardó resignado su última hora. Lucila, en tanto, arrojada como él en tierra, desgarraba sus carnes y se retorció en horribles convulsiones.

Al cabo, Acca-Centauro y el conde, que habían departido en voz baja largo rato, dieron las últimas instrucciones a los ejecutores de su venganza, y se acercaron simultáneamente a las víctimas.

La bohemia miró a Ludovico de un modo indescriptible y separó de su boca el pañuelo que lo amordazaba; San Angelo, por el contrario, rechazó brutalmente a Lucila, que se arrastraba a sus pies, y arrancó de su cuello, dejándole señales rojas, un

grueso calabrote de oro en cuyo medallón solía llevar la condesa su retrato.

El seminarista permaneció mudo y sombrío. ¡Raro caso! Los gritos desgarradores de la condesa fueron sofocados con el fatal pañuelo húmedo y templado aún por el aliento de su amante.

El drama tocaba a su término; aquel extraño maridaje de venganzas iba a concluir rápidamente. Los hercúleos hijos de Bohemia untaron los belfos espumosos del caballo con una pomaça excitante, formada de grasas y mostaza silvestre; luego llenaron las cavidades de sus orejas de granos de azogue y finísimas puntas de acero; por último, ciñeron su cuello con una especie de horcate o collar de hierro claveteado, en cuya parte superior se abría un ancho taladro, suficiente para sostener a modo de hachero o cuja de lanza, una gruesa antorcha de resina.

Preparado así el bruto, otros cíclopes despojaron a las víctimas de sus ropas, y, asiéndolas con increíble maestría, las acomodaron, cuerpo contra cuerpo y como fácil carga, sobre el lomo del montaraz corcel, atándolos con cuerdas enceradas y dejándolos adosados a la manera de esas estatuas yacentes que descansan sobre los sepulcros de nuestras catedrales.

Ya acomodados, no sin que acompañara a la maniobra la estúpida risa de los ejecutores, uno de éstos clavó en el collar de hierro la antorcha encendida y se preparó a romper con su cuchillo las trabas del brioso corcel, cuyos esfuerzos por escapar eran poderosos e incesantes.

La luz de la antorcha cayó de lleno sobre aquellos cuerpos expuestos al escarnio, y el conde y Acca-Centaura bajaron a su pesar los ojos. Ninguno de los famosos modelos de la estatuaria antigua hubiera podido competir con aquella palpitante agrupación, escorzada por el espanto y el dolor más vivo. Tan terriblemente estético era el conjunto, que no dejaba adivinar todo lo impío del suplicio. Aquellos ásperos lazos que unían a los culpables en el sendero de la muerte tenían algo de la sublime dulzura de los torbellinos que arrastraban a Paolo y Francesca en el segundo círculo del Infierno.

El conde, martirizado acaso por este pensamiento, y juzgando pálida su venganza, volvió rápidamente sobre sí mismo.

—¡Hermana mía—exclamó dirigiéndose a Acca-Centaura y deteniendo por un brazo al bohemio que se disponía a cortar las trabas del corcel y a cruzar el látigo sobre sus ancas—, vuestra tisana es demasiado dulce! ¡Permitidme que vierta en el vaso la última gota de hiel!...

Y, sin aguardar respuesta de la amazona, arrancó de las manos del bohemio el afilado cuchillo, y, lanzándose rápidamente sobre el grupo atarazado, lo hundió hasta el mango en el seno desnudo de su esposa.

Un grito involuntario de horror se escapó de la boca de Acca-Centaura, y produjo el desvanecimiento de Ludovico, que había resistido hasta entonces heroicamente.

La luz de la antorcha cayó de lleno sobre aquellos cuerpos expuestos al escarnio, y el conde y Acca-Centaura bajaron a su pesar los ojos. Ninguno de los famosos modelos de la estatuaria antigua hubiera podido competir con aquella palpitante agrupación, escorzada por el espanto y el dolor más vivo. Tan terriblemente estético era el conjunto, que no dejaba adivinar todo lo impío del suplicio. Aquellos ásperos lazos que unían a los culpables en el sendero de la muerte tenían algo de la sublime dulzura de los torbellinos que arrastraban a Paolo y Francesca en el segundo círculo del Infierno.

El conde, martirizado acaso por este pensamiento, y juzgando pálida su venganza, volvió rápidamente sobre sí mismo.

—¡Hermana mía—exclamó dirigiéndose a Acca-Centaura y deteniendo por un brazo al bohemio que se disponía a cortar las trabas del corcel y a cruzar el látigo sobre sus ancas—, vuestra tisana es demasiado dulce! ¡Permitidme que vierta en el vaso la última gota de hiel!...

Y, sin aguardar respuesta de la amazona, arrancó de las manos del bohemio el afilado cuchillo, y, lanzándose rápidamente sobre el grupo atarazado, lo hundió hasta el mango en el seno desnudo de su esposa.

Un grito involuntario de horror se escapó de la boca de Acca-Centaura, y produjo el desvanecimiento de Ludovico, que había resistido hasta entonces heroicamente.

La sangre roja y ardiente de Lucila, brotando con fuerza de la herida, había salpicado su rostro.

Como todo lo inesperado aturde, aquellas gentes quedaron un tanto suspensas con tan imprevisible acontecimiento.

El conde se aprovechó del pasajero estupor de sus cómplices y ordenó con voz de trueno lo que había de seguir. Acto continuo las trabas del corcel fueron cortadas, el látigo crujió sobre sus lomos, y el bruto, suelto y desbocado, se abrió paso al través de los árboles con desesperada carrera, arrastrando a la luz de la antorcha aquel *montón de carne lasciva*.

El extraño grupo se recortó un momento entre los pinos, a favor de la llama, y perdióse al cabo como fantástico engendro en las profundidades del bosque.

XC

Ludovico recordaba apenas algunos detalles de esta espantosa carrera.

El viento frío de la noche, helando el sudor sobre sus desnudos miembros, y los descarnados brazos de las encinas, desgarrando sus carnes, volvíanlo a la vida en medio del torbellino, dejándole ver, como entre las gasas de un sueño, los precipicios y las cortaduras que su corcel salvaba a ciego escape.

El tormento sufrido por el héroe de Byron no podía compararse al del seminarista. Mazeppa, entregado como él a las iras de los despeñaderos sobre un caballo salvaje, no arrastraba consigo la prenda real de su culpa; sufría solo, había dejado tras sí el hermoso cuerpo del delito, y podía preocuparse con el aullido de los lobos y el vuelo fatídico de las cornejas. Ludovico, por el contrario, unido como la hiedra al tronco al cadáver de Lucila, sentía como Caín y Sísifo la carga eterna. Sus hombros descansaban junto a los hombros helados de su amada; la espuma sanguinolenta de aquellos labios caía tal vez sobre los suyos, secos y ardientes; cada uno de los estremecimientos del bruto, que corría y corría sin descanso, le hacía experimentar el choque terrible de aquellas formas rígidas y desgarradas, fuente otras veces de inacabable placer.

Las estrellas, que brillaban como pupilas de Dios en el espacio; los obstáculos que salvaba con loco ímpetu la cabalgadura; la móvil llama de aquella antorcha, sacudida en vano por el viento, y cuyas gotas ardientes caían sin cesar sobre el cuello elástico del corcel como un aguijón aplicado por los espíritus de la noche, eran cosas apenas perceptibles para Ludovico, que sólo tenía sentidos para darse cuenta de la terrible compañía de Lucila, muerta y enlazada a él como la encarnación de su perfidia y de sus culpas.

El que hubiera podido seguir a aquel grupo fantástico, cuya sombra se prolongaba sobre las tajadas rocas, o se tendía danzando sobre los pan-

tanos; el que hubiera podido sorprender aquellos medrosos juegos de luz entre los abetos o en las profundidades del bosque; el que estudiara las escorzadas líneas de aquellos cuerpos desnudos, horriblemente revueltos; el que hubiera llegado a trasladar al lienzo aquel corcel, ora en las nubes, ora en los abismos de la tierra, ya saltando una roca pelada, ya dejando tras sí un grupo de encinas desgajadas por la tormenta, hubiera tenido una obra pictórica extraña y pavorosa, superior a las atrevidas concepciones de Hogart, el sombrío autor de *Los Suplicios*.

El seminarista no supo nunca cuánto tiempo duró esta inconcebible carrera de campanario. En aquellas soledades, y bajo aquel cielo sombrío, el tiempo no existía: cada minuto era una eternidad, y cada paso un tránsito sin límites. Recordaba únicamente que, cuando se agotaron sus fuerzas y se cerraron sus ojos, el corcel corría y corría, y la noche no había dado un solo paso sobre la esfera.

XCI

Es indudable que el caballo avanzó desesperadamente hasta el alba, cayendo en una hondonada fangosa, cerca de Luca, para no levantarse jamás.

Cuando Ludovico abrió de nuevo los ojos, hallóse entre los brazos de Cristián Volganf, en una pobre choza y envuelto en los amarillos rayos que

se escapaban de la redoma fantástica, colocada a guisa de lámpara de noche sobre una tosca mesilla de pino.

Las primeras luces del día, penetrando por la estrecha puerta del rústico albergue, mezclaban sus ráfagas de rosa con las tristes irradiaciones de la redoma, formando una media luz grata y suave.

Ludovico trató de coordinar sus confusas ideas y sintió que vacilaba su cerebro. El dolor de las ligaduras, cuya marca conservaban sus hombros; la vista inesperada de su mentor; el rayo amarillo de la redoma; por último, aquel nuevo albergue que le deparaba la fortuna, vinieron a despertar en su realidad más desgarradora los recuerdos de aquella noche infernal y pavorosa.

—¡Por el Supremo Juez! ¡Decidme si sueño o estoy despierto!...—dijo a Cristián, que permanecía silencioso junto a su lecho de pajas.

—Levantaos y lo sabréis—dijo Cristián, que él era, efectivamente, asiendo del brazo a Ludovico y ayudándole a incorporarse.

El joven, apoyándose en Volganf, y con la dificultad del paciente a quien acaban de amputar las piernas, se arrastró hasta la puerta de la cabaña.

A pocos pasos de allí dos hombres, vestidos con el traje característico de los pescadores de Liorna, cavaban apresuradamente una fosa. Al borde de ella, y próximo a caer al fondo, hallábase el cadáver de Lucila, rígido, amarillento, espantoso, cubierto de lodo y de sangre. La fosa acabó de abrirse, el cuerpo rodó bárbaramente por el plano inclinado, y cayeron sobre el rostro las primeras pa-

letadas de tierra. El seminarista lanzó una cargada histérica y rechazó a Cristián, que lo retuvo, sin embargo, entre sus brazos.

Todo había concluído.

XCII

—*¡Han caído las hojas y estoy a vuestro lado!*
—decía Volganf a Ludovico una tarde triste y nebulosa, ya en París, y poco tiempo después de estos extravagantes sucesos.

—Lo sé, maestro—contestó Eisseman con aire distraído, revolviendo entre el pulgar y el índice de su mano derecha un prematuro hilo de plata que acababa de arrancar de entre sus cabellos.

—Puesto que os sentís mal—continuó diciendo Cristián notando la extrema palidez del joven y el brillo cadavérico de sus pómulos—, podemos regresar a Colonia, donde os esperan antiguos amigos.

—Como queráis—repuso Eisseman con la docilidad de un niño y el desaliento de un anciano.

—A propósito de amigos—añadió *el de lo negro* presentándole una carta fechada en Florencia—: aquí tenéis la inesperada misiva que acabo de recibir: Mesonge y Marietta serán pronto el uno del otro.

Ludovico se estremeció al oír pronunciar estos

dos nombres y arrancó la carta de manos de Volganf, devorándola con los ojos.

En aquellas líneas se relataban los acontecimientos que siguieron al asalto de la quinta. El conde, vuelto al amanecer al valle del Arno, aseguraba que había podido escapar a duras penas de las manos de los salteadores; añadiendo con perfecta tranquilidad que Lucila y Ludovico se habían valido de los bohemios para poder huir a lejanas tierras, entregándose con toda seguridad a sus adúlteros tratos. Estrechado por Mesonge para que diese cuenta a los tribunales de uno y otro hecho escandaloso, se negó absolutamente a ello pretextando respecto al asalto de la quinta no haber habido que lamentar desgracia alguna, y tocante a la huída de los adúlteros, su indiferencia para cierto género de ultrajes.

Mesonge manifestaba en una extensa postdata, que después de lo pasado, y a no ser por la intranquilidad en que le tenía el paradero de Eisseman, la tal desgracia hubiera sido para él, dicha suprema. Durante este tiempo había tenido ocasión de conocer el noble corazón y las excelentes dotes de Marietta, a la que llamaría su esposa en justo desagravio.

Ludovico inclinó la cabeza con desaliento luego que hubo leído tales líneas; y queriendo apurar el vaso de los recuerdos tristes, suplicó a Volganf le dijese cuanto había acontecido la fatal madrugada de *aquella noche*, y los verdaderos móviles de sus fatales complacencias.

Volganf refirió, siempre con misteriosas frases

y oscuros conceptos, por qué casualidad le habían conducido hasta la hondonada dos pescadores liorneses a su paso por el valle de Luca, y de qué medios se había valido para tomar pasaje en Lior-na antes de provocar las pesquisas de la justicia. La última parte de la pregunta rehuyó contestarla, limitándose a decir reposadamente:

—Habéis obrado por vuestra libérrima voluntad y sin mi permiso; mas estad seguro que esta vez, como todas, han ido respaldados y con notas al pie mis cartas-órdenes y mis billetes (1).

Ludovico no se atrevió a preguntar más; recordaba, por desdicha, los continuos ¡Alertas! desoídos por él tantas veces.

—Conque volvemos a Colonia... ¿eh? añadió Cristián contemplándolo con lástima y dándole una cariñosa palmada en el hombro.

—¡Volvamos, sí, querido maestro!—repuso el seminarista llevando la mano al pecho y procurando en vano calmar el apresurado latido de su corazón.

—¿Mañana?...

—¡Cuando gustéis!...

—Sea mañana—dijo Volganf dejándolo menos intranquilo con esta última esperanza.

(1) No debe olvidar el lector que esta narración es esencialmente simbólica.

XCIII

Aquella noche Ludovico encontró sobre el velador de su dormitorio un retrato de mujer y un ramo de camelias blancas. El retrato era de Flo-raia, la olvidada hija del hombrecillo; las camelias estaban atadas cuidadosamente con una cinta color de cielo.

Como una gota de esencia hace dulce y perfumada toda el agua de un ánfora; como un solo rayo de sol hace huir todo un mundo de sombras, aquel retrato y aquellas flores ahuyentaron por un momento los duelos de Eissman y dulcificaron sus lágrimas.

Los días de Colonia, semejantes a esos paisajes deliciosos que vislúmbrense aun entre las brumas crepusculares, parecían llamar toda su atención y solicitar todo su pensamiento. Era indudable que Cristián Volganf le había hecho aquel presente simbólico para templar sus dolores y volver a abrir el horizonte ante sus ojos.

La marcha tuvo lugar al día siguiente, como se había convenido. Los brazos de la moderna Babel se abrieron y dejaron escapar la presa; el Sena desapareció, y surgieron como por encanto las márgenes del santo río.

Ya a vista de las torres de Colonia, y acomodados en la barca de paso, Cristián Volganf manifestó a Ludovico que iba a hacerle importantes revelaciones.

—Ya es tiempo—dijo con acento tan insinuante que llenó de júbilo el alma del joven—que acaben para vos las tinieblas y comience el reinado de la luz. Cuanto habéis pasado, cuanto habéis sufrido, necesario era para consolidar vuestra dicha futura, preciso para que tuviéseis claro concepto de la obra de las pasiones. Tras aquellos álamos—añadió señalando una risueña altura que se divisaba a lo lejos—se alza la casita blanca y encantada donde transcurrieron para vos tan dulces horas; allí os espera trémula, ansiosa, más enamorada que nunca Floraia, la hermosa Floraia, la virgen de vuestros primeros sueños, la mujer cuyos brazos serán para vos casto puerto a cuyo abrigo no os azotarán olas lascivas.

Homunculus, dispuesto a quebrantar vuestros deseos voraces y desenfrenados, que hubieran labrado de seguro la infelicidad de la que va a ser vuestra esposa, quiso templaros en la experiencia y me ordenó exponeros a las iras del mundo profano. He cumplido fielmente las órdenes del maestro; os he facilitado riquezas, que habéis arrojado al viento; os he rodeado de extrañas fantasmagorías y os he seguido como la sombra al cuerpo, rogando al tres veces santo que no apagara la lámpara de vuestra vida hasta que recibiera el casto óleo...

—¿Luego han sido vanos fantasmas tan sólo los seres que han surgido ante mí y pobres mentiras mis deleites y mis dolores?

—¡Quién sabe dónde está la línea que separa

la mentira de la verdad y la realidad de lo soñado!...—contestó Volganf solemnemente.

XCIV

Entretanto la barca tocó a la parte opuesta del Rhin. Ludovico y Cristián saltaron a tierra y subieron lentamente por la loma asidos del brazo. La tarde caía y doblaban los campanarios de Colonia.

—Más de prisa, más de prisa—exclamaba Ludovico remolcando a Volganf hacia la alameda, y sin reparar en que sus plantas se arrastraban con dificultad sobre los guijarros.

—¡Grata es la miel tras el ajeno, la luna tras la niebla y la felicidad tras la desdicha!—murmuró Volganf.

—¡Por fin!—dijo Ludovico, sintiendo ensancharse los pulmones al divisar los muros de la casita de *Homúnculus*, bañada aún a medias por el sol en ocaso, y velada en parte por discretos grupos de álamos y acacias.

—Mañana seréis el más feliz de los hombres—añadió Cristián, adelantándose.

A este punto, una de esas salmodias lúgubres y acompasadas, tan conocidas de Ludovico, resonó entre los árboles y por la parte de la casita, helando la sangre en las venas de Eisseman y maravillando al mismo Volganf, que quedó también sobrecogido de espanto.

—¿Qué es eso, maestro?—exclamó Ludovico temblando como la hoja del árbol y retrocediendo aterrorizado.

Volganf no supo qué contestar: un fúnebre espectáculo vino a revelar que la fatalidad, taumaturga más hábil que él, había completado la obra de *Homúnculus*.

Por la calle de álamos que conducía a la casa del hombrecillo avanzaba lentamente un entierro.

—¡Floraia ha muerto!...—rugió Ludovico diviso el féretro de raso blanco, que se balanceaba sobre las andas cubiertas de pálidas flores.

No se había engañado. Era la hija de *Homúnculus* la que llevaban a enterrar.

* * *

Cuenta Flatow que él mismo, paseando por aquel paraje, halló al antiguo seminarista pocas horas después casi sin vida entre los brazos de dos campesinos, y reconociéndolo, a pesar del extraño cambio de su fisonomía, lo hizo conducir al Seminario, donde se le prestaron toda clase de cuidados.

Los padres se admiraron, más aún que de tornar a ver al rebelde educando, del aspecto particular que ofrecía el rostro de aquel anciano de tan pocos años. El retórico padre Anselmo compuso con motivo de la muerte de Ludovico una la-

boriosa oración fúnebre, en la que se repetía ciento treinta y dos veces consecutivas el

¡Sic transit gloria mundi!

FIN DE LA NOVELA

Año 1880.

